

Carmelitas Descalzas de Duruelo (Ávila)

EL LUGARCILLO DE DURUELO



de Alba
) (091)

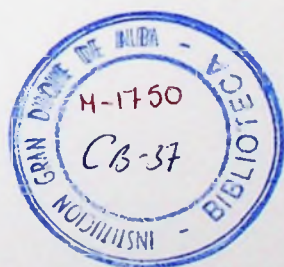
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA
INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

Serie Minor

Portada: Campanil
de la Ermita, sobre
el solar de la
primitiva Iglesia.

CDU 271.73 (460.189) (091)

Institución Gran Duque de Alba



 Institución Gran Duque de Alba

EL LUGARCILLO DE DURUELO



EL LUGARCILLO DE DURUELO

Carmelitas Descalzas de Duruelo (Ávila)



I.S.B.N. 84-86930-99-5

Depósito Legal: AV-190-1995

Imprime: Imprenta C. de Diario de Ávila, S.A.
Polígono «Las Hervencias». Ávila.

PRÓLOGO

«Venid, y veréis», como dijera el Maestro a aquellos dos discípulos de Juan en el comienzo de su vida pública. «Venid a este lugarcillo de Duruelo, y veréis la dulzura del encuentro con el Señor». Como Juan y Andrés. No olvidaréis los detalles, ni siquiera la hora en que comenzó el inolvidable encuentro.

Las páginas que siguen, escritas desde la experiencia viva de lo que este «lugarcillo» entraña y desde el gozo narrado de una historia vivida en la divina presencia, a esto con sencillez convidan e invitan: a venir y quedarse con el Señor largo tiempo, el que sea, toda la vida, sin notar apenas que pasa. Gozando sólo de Él, del embeleso de su palabra, de la dulzura de su presencia, de su animosa compañía, de la experiencia dichosa y admirada de sus divinas costumbres. Contemplando su rostro, en la soledad sonora del cara a cara; en la naturaleza apacible y sosegada de trigos y encinares; en la carne humana, llagada y crucificada, de su Hijo Unigénito y Señor único de todo lo creado y de nuestra historia; en su palabra encarnada y siempre viva, hecha memorial y Eucaristía, llegada a nosotros en su apostólica Iglesia, en sus santos, en san Juan de la Cruz y en santa Teresa, en madre Maravillas y en sus hijas.

A esto nos convida esta historia que nos ofrecen y regalan las monjas carmelitas de este rincón sagrado: a gozar de la dul-

zura de una vida de oración en verdad, que es «trato de amistad con Dios», como diría la santa; a sumergirse y a esconderse, lejos del mundanal ruido, en el Amado, en una vida oculta y escondida con Cristo en Dios; a retirarse, como el Señor, en la noche de nuestro tiempo, oscura por la increencia, y encontrarse con Dios, luz inmarcesible que todo lo ilumina, el que todo lo llena y todo lo entrega; a vivir la vida abrazada a la entera pobreza, sin tener nada, pero teniéndolo todo, porque se tiene a Dios, se está con Él, y sólo y nada más que Él basta.

Aquí sólo Dios cuenta; y entonces cuenta todo y todos cuentan; nada ni nadie es ajeno al que a Dios experimenta y goza de la dulzura de su presencia, de su compañía, de su amor, de su consuelo y alivio y de su infinita ternura. Aquí, por pura gracia, se entra en el secreto divino, llevado de la mano del Santo Espíritu y de los que Él ha guiado en el Carmelo Descalzo y Reformado: de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, cuya aura suave aquí sopla perenne y con fuerza.

¡Qué gran regalo de Dios a su Iglesia ha sido recuperar este «lugarcillo» de Duruelo!, el primero de la Reforma carmelitana de hombres, como el monasterio de san José para las mujeres, del que tanta vida ha brotado y brota para la amada Iglesia. Han cambiado los tiempos, se han modificado las construcciones, han mejorado los caminos, ha descendido el número de habitantes, pero todo sigue igual en el fondo, como aquel 28 de noviembre, primer domingo de Adviento de 1568: la misma pobreza, la misma soledad, el mismo trato de amistad, el mismo amor, la misma contemplación, la misma divina Presencia.

Toda la experiencia acumulada de siglos, desde su fugaz existencia hasta el traslado a Mancera, aquí se condensa en este nuevo Carmelo. Lo original se ha repristinado, reconstruido, y sigue vivo y con toda su fuerza. Se ha reconquistado y sigue vivo con toda su vida aquel pequeño rincón, con tanto amor escogido por la Santa, y donde pasó ella de los mejores

ratos de su vida. La intención de santa Teresa y de san Juan de la Cruz se ha recobrado, ha vuelto a nacer y vive con la frescura del primer día de su nacimiento, en este sitio tan «muy de Castilla y precioso», en este «lugar tan santo», verdadera joya y reliquia de la Reforma carmelitana. Aquí «se vuelven a oír las continuas alabanzas del Señor, que con tanto fervor resonaron en aquella soledad, y que fueron las primeras» de esta Reforma, para salud y gloria de la Iglesia.

Quien quiera beber de las fuentes teresianas y sanjuanistas que venga aquí y beba. Y quedará saciado. Y se dejará prendido por el agua que mana y por la suave brisa de la soledad de este «lugarcillo» de Duruelo, donde Dios sale al encuentro.

Cuán grande y rendido agradecimiento debo manifestar a estas monjas por el regalo de este libro. Verdadera invitación a venir a este lugar y a quedarse en él. Y cuando esto no pueda hacerse de manera permanente o asidua —éste es mi caso—, leer y releer una y otra vez estas páginas y trasladarse a él y vivir con ánimo y vigor renovado lo que allí se ve y se palpa, lo que allí se vive y experimenta. He leído varias veces, antes de hacer este prólogo, las páginas que siguen, y cada lectura más me recrea y hartó me deleita, como «lo deleitoso» del lugar; pareceme que allí me hallo; y con solo eso me contento.

Quiera Dios que estas páginas lleguen a muchos. Que éstos no se contenten con su lectura; vayan a este «lugarcillo de Duruelo»; queden saciados; vean.

† Antonio Cañizares, Obispo de Ávila



Institución Gran Duque de Alba

INTRODUCCIÓN

No hemos querido hacer un libro científico, por lo que no nos hemos excedido en citas de bibliografía, ni un estudio de Duruelo. Simplemente, queremos con este librito dar satisfacción a tantas personas que se acercan al torno a pedirnos algo sobre este santo lugar.

Ya por los años sesenta, hicimos una hoja fotocopiada muy escueta, que prácticamente se limitaba a detalles de cronología, más o menos exactos, de lo que habíamos leído en las Crónicas de la Orden. Hace un par de años, el padre de una de nuestras hermanas se ofreció por cuenta propia a imprimir esta hoja y a traducirla, igualmente, a varias lenguas: la tenemos, además de en castellano, en inglés, francés, alemán e italiano. Pero ni a los peregrinos ni a nosotras nos satisfacía lo que se decía allí; queríamos más.

Hablábamos en nuestras recreaciones de hacer algo más detallado, y, a quienes preguntamos, nos animaron. Así que, pusimos manos a la obra.

Los primeros capítulos no presentaban dificultad: con sólo acudir a las obras de nuestros santos padres, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y a lo que de ellos se ha escrito, no hacía falta más. ¿Y después? Sabíamos que en el archivo se guardaban escritos antiguos que, junto con un mapa muy curioso de 1787, regaló don Alfonso Bernáldez Ávila a la Sierva de Dios, madre Maravillas de Jesús, fundadora de este Car-

melo, allá por el año 1950. Empezamos a ojearlos y vimos con gran alegría que allí estaba colmado todo nuestro deseo. Y nos pusimos con ilusión a contar la historia de este rinconcito del mundo, «lugarcillo», como lo llamó Teresa de Jesús, que immortalizaron tanto la misma santa como Juan de la Cruz y, en nuestros días, la madre Maravillas de Jesús.

No busque otra cosa el lector. Los datos históricos están sacados de estos documentos de nuestro archivo, fechados desde 1612, hasta el último, de 1812, recién acabada la guerra de la Independencia, referentes al «Real monasterio de nuestra Señora del Monte Carmelo de la villa de Duruelo». Así de pomposo. Los capítulos de la segunda parte los hemos vivido nosotras mismas y transcribimos crónicas de la llegada de nuestras mayores.

Sólo nos movió a escribir estas páginas, como hemos dicho, el complacer a tantos peregrinos que llegan a este lugar, a «zaga de la huella de san Juan de la Cruz», de dentro y fuera de España. Y deseamos que sea todo a mayor gloria de Dios y de su Madre Santísima, cuya es nuestra Sagrada Orden del Carmen.

Carmelitas Descalzas de Duruelo

Primera Parte

LA CUNA DE LA ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS



Institución Gran Duquesa de Alba

CAPÍTULO I

«CARMELITAS CONTEMPLATIVOS»

SANTA Teresa de Jesús había hecho la Reforma del Carmen, que vivía la mitigación de la Regla primitiva que dio el Papa Eugenio IV, a raíz de la «peste negra» que asoló Europa, o mejor dicho, como consecuencia de la misma, pues la Bula de mitigación la concedió dicho pontífice el día 16 de febrero de 1432.

El día 24 de agosto de 1562 se inauguró el primer Carmelo Descalzo, en Ávila, bajo la protección de san José; el primer palomarcico de la Virgen, como la santa los llamaba. Fueron cuatro jóvenes, pobres y valientes, que, sintiéndose llamadas por Dios y atraídas por ella a esta apasionante aventura, profesaron en sus manos la primitiva Regla de la Orden de la Virgen, abrazando sus austeridades.

Todo se fraguó en el monasterio de La Encarnación, donde tantas gracias y mercedes del Señor Teresa había recibido.

El padre General de la Orden, fray Juan Bautista Rubeo, cuando en 1567 visitó a la madre Teresa en el Carmelo de San José, acogió gustoso este movimiento de Reforma carmelitana, como una rama florecida con savia de nueva vida en el vetusto árbol del Carmelo.

Teresa de Jesús comprendió pronto que necesitaba, en los conventos que empezaba a jalonar por la geografía de España,

frailes carmelitas que, viviendo su mismo estilo de vida contemplativo, de soledad y penitencia, pudieran servir de guía en la vida espiritual de sus hijas, y pudieran caminar juntos hacia la unión con Dios, por la senda de las virtudes y la oración, que ella misma trazó magistralmente en su *Camino de perfección* y en el *Castillo interior de las moradas*.

San Pedro de Alcántara en 1562 le había dicho en tono profético, cuando ella en sus conversaciones con el santo franciscano trataba de las hablas del Señor y de sus deseos de «vuelta a las fuentes» del primitivo Carmelo: «Podrá ser mueva el Señor algunos religiosos de la misma Orden que también se descalcen, con que se asegure más este modo de vida en las religiosas del monasterio que se ha de fundar».¹

A instancias de la madre Teresa, el padre Rubeo concedió licencia para que se fundasen dos monasterios de frailes que guardasen la misma Regla. Él los denominó más tarde «Carmelitas Contemplativos».²

¡Y surge san Juan de la Cruz!

Ella lo describe todo en su libro de *Las fundaciones*, a cuyos capítulos remitimos al lector. Basten aquí unas breves pinceladas, ya que queremos ocuparnos sólo de la historia de Duruelo.

Ha encontrado la madre Teresa dos carmelitas, un joven que le llena por completo, que se llama Juan de Santo Matía, que en la Reforma cambiará este nombre por Juan de la Cruz, y el prior de Medina, Antonio de Heredia, que muestra gran entusiasmo. A la santa le parece más difícil que el padre Antonio pueda adaptarse, aunque no cabe duda, tiene un gran mérito el querer cambiar tan radicalmente de vida. Fray Juan dice a la madre que, si se tarda, él se va a la Cartuja.

1568. ¡Ya tiene frailes la madre Teresa!

Y con prisa, se pone a buscar lugar. Tiene prisa y tiene tesón, y, sobre todo, tiene una gran confianza en Dios, porque no duda de que Él lo quiere. A Él se lo confía sin dejar, por

supuesto, de hacer diligencias, más o menos fructuosas. Ella nos lo cuenta así:

«Un caballero de Ávila, llamado don Rafael,³ con quien yo jamás había tratado, (no sé cómo, que no me acuerdo), vino a entender que se quería hacer un monasterio de Carmelitas Descalzos y vino-se a ofrecer, que me daría una casa que tenía en un lugarcillo de pocos vecinos (que me parece no serían veinte, que no me acuerdo ahora), que la tenía allí para un rentero que recogía el pan de renta que tenía allí».⁴

Precisamente la madre Teresa iba entonces a la fundación de Valladolid, y don Rafael le dijo que la casa «era camino derecho», yendo de Ávila, y que vería la casa al pasar.

¡Pobre madre Teresa! ¡Qué viaje a lomo de mula le esperaba! El capellán, Julián de Ávila, y dos monjas iban con ella.

Caminos de entonces, con el calor sofocante de un 30 de junio. Dicen que había calzada real sólo hasta Herreros de Suso. De allí, seguían veredas entre encinas, regatos, quebradas, tomillo y carrascas. No creemos que fueran mejores que los caminos de ahora, que ¡bastante malos son! Los viajeros iban perdidos. Probablemente, en vez de seguir la bajada a Blascomillán, debieron de tomar los senderos que se pierden en el monte y que se entrecruzan, unos para Gimialcón, otros para Salvadiós o Bercimuelle, sin dar con el que baja, a pocos metros de lo que sería el lugarcillo de Duruelo que le ofrecía el señor de aquellas tierras. Caminos preciosos, pero que para aquellos viajeros cansados debieron de ser de muerte. La santa lo cuenta así en sus *fundaciones*:

«Como el lugar es poco nombrado, no se halla mucha relación de él. Así anduvimos aquel día con hartó trabajo, porque hacía muy recio sol. Cuando pensábamos que estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino».⁵

Años más tarde, la madre Inés del Niño Jesús oyó contar a la madre Teresa que, camino de Duruelo,

«llegando a un lugarito, con mucha sed, le había dado un labrador un jarro de agua, y desde aquel día hasta el presente que lo conta-ba, ningún día había dejado de hacer oración, suplicando a Dios pagase aquel beneficio».⁶

Leemos en el capítulo XIII de *Las fundaciones*:

«Ansí, llegamos poco antes de la noche. Lugarcillo de pocos veci-nos, no serían veinte, como entramos en la casa, estaba de tal suer-te que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenía y la mucha gente del agos-to... Fuímonos a tener la noche en la iglesia, que para el cansancio que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela».⁷

¿Qué iglesia pudo ser ésta? La tradición señala como sitio donde el labrador dio de beber a los viajeros la alquería de Bercimuelle, y afirma también que la noche la pasaron en la igle-sia de dicha alquería, distante unos dos kilómetros de Duruelo. Aunque la iglesia actual fue edificada en 1877, sin duda en recuerdo de la anterior, a mano izquierda del caserío, en un montecillo, aún se ven los cimientos de la primitiva. Parece lo más verosímil. Además, consta en una cláusula del testamento del señor doctor don Antonio Gutiérrez del Mercado, canóni-go y tesorero de la iglesia catedral de Coria, que murió el 2 de marzo de 1638, en donde deja a los frailes una renta para tres misas cada año en Duruelo:

«y si fuese sacerdote el religioso que allí estuviere, las diga él y se le pague la limosna de dos reales cada una, y si no estuviese allí religioso de misa, las diga el cura de Bercimuelle en la misma ermita (la que los frailes están labrando), y se le pague la dicha limosna por ser, como es, cura de la dicha villa de Duruelo, y tener obligación por ser la cabeza del Beneficio a decir allí misa y a resi-dir, habiendo parroquianos».

Lo mismo dice hablando del aceite de la lámpara que se les dará a los frailes cuando tengan ermita, y mientras, que luz-ca en la parroquia de Bercimuelle, por ser la de Duruelo. En el mapa del Pleito, del que luego hablaremos, pintado en 1787, ya no se pone iglesia en Bercimuelle, sino sólo las tres casas que aún hoy vemos allí. ¿Se dejó arruinar al restaurar el con-

vento, como había pasado con las primitivas de los Descalzos de 1568 ó 1612? No sabemos. Habían pasado ciento cincuenta años.

La casita que hallaron «tenía un portal razonable y una cámara doblada con su desván y una cocinilla, este edificio todo tenía nuestro monasterio».

La hermana Antonia del Espíritu Santo, compañera de viaje, quedó horrorizada y «con ser harto mejor que yo y muy amiga de penitencia», dice la santa, no le parecía hubiese espíritu capaz de sufrir aquello. Julián de Ávila no se atrevió a contradecir a la madre; ya la iba conociendo y estaba convencido de que tenía hilo directo, como diríamos ahora, con Dios. Ella no se arredró ante lo que tenía delante de sus ojos, y, como si estuviera trazando algo grande en su imaginación ingeniosa, con esa intuición que el Señor le había dado, organizó, sin titubear, el convento de sus frailes: en el portal, la iglesia; en el desván, el coro, y la cámara alta para dormitorio.⁸

Fray Antonio y el «santico de fray Juan»⁹ —como ella le llamó más tarde—, tampoco se asustaron con la descripción que de su nuevo convento les hizo la santa fundadora. «En una pocilga»,¹⁰ dijo a la madre el padre Antonio, se hubiera metido por poder empezar la vida reformada.

Santa Teresa se llevó a fray Juan a la fundación que ella empezaba en Valladolid, y como por las obras de la casa estuvieron todavía varios días sin poner la clausura, ella misma pudo informar al joven carmelita de toda la manera de proceder de las Descalzas, «para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación, como de estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas».¹¹

San Juan de la Cruz partió para Duruelo a fines de septiembre de 1568, como lo había dispuesto la madre Teresa, para que «lo acomodase de manera que como quiera pudiese entrar en ella».¹²

La santa tenía prisa. Parece que temía algún estorbo; ya tenía experiencia de fundadora. Sabía que cuando las obras son de Dios, no puede faltar la contradicción.

Después de dar a fray Juan un hábito de sayal que estaba preparado para una postulante, y que la misma santa, con har-to consuelo, cosió con las hermanas, para allá lo mandó. Trabajo le daba.

Mientras tanto, a fray Antonio, como era el prior del convento de Medina y tenía que renunciar a su cargo, le encargó la madre que buscase algo allí para el ajuar y equipamiento de la nueva casa, y cuando pensó que ya tendría lo necesario, le llamó para que fuese a Valladolid, donde aún se encontraba ella. Él corrió muy ufano a enseñarle a la madre cuanto había adquirido. Escribe la madre fundadora:

«Vino a Valladolid con gran contento y díjome lo que tenía allegado, que era har-to poco; sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en har-ta gracia. Díjome que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido».

Cuando en recreación la madre lo contó a sus hijas, todas rieron de buena gana, y ella añadía: «Creo que aún no tenían en qué dormir».¹³

Mientras el padre Antonio coleccionaba relojes de arena, fray Juan, con un compañero, trabajaba con denuedo en Duruelo. El corazón, lleno de juventud entusiasta, le ardía en deseos de entrega y amor a su Dios. Este amor fue madurando a lo largo de su vida. «Tardóse poco —escribe la santa— en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho».¹⁴ Sin duda, la empresa debió de ser ardua, a juzgar por la descripción de la casita que ella misma nos hizo, como acabamos de ver.

Ya todo en orden, llegó al fin su esperado compañero, fray Antonio de Heredia, después de haber renunciado al Priorato de Santa Ana de Medina y haber prometido la primera Regla.

Él mismo confesó a la madre Teresa que

«cuando llegó a la vista del lugarcillo, le dio un gozo interior muy grande y le pareció que había acabado con el mundo en dejarlo todo y meterse en aquella soledad. Adonde ni al uno ni al otro se les hizo la casa mala, sino que les parecía que estaban en grandes deleites».¹⁵

El capítulo XIV de *Las fundaciones* suena a armonías de cielo. A él remitimos al lector. Tomamos este párrafo, que resume lo que la santa llevaba en el corazón al hacer la Reforma:

«Tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea, se nos hará todo suave, viendo que, mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad a donde son las moradas, conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro Buen Jesús».¹⁶

¡28 de noviembre! Escribe la santa de Ávila, con gozo manifiesto: «Primer domingo de Adviento, se dijo la primera misa en aquel portalico de Belén, que no me parece era mejor».¹⁷

¡Ya tiene la madre Teresa su primera fundación de Descalzos!

Pasan los días, pero no pasa para la madre el recuerdo de sus frailes. Se le va muy a menudo el corazón a Duruelo. Tiene aún fresco en la memoria aquel viaje de vueltas y revueltas por caminos sin fin, de montecillos, encinas y más encinas y aquella casica pobre y sucia, llena de insectos. Ahora ve a sus frailes descalzos, bien en aquel coro diminuto, bien en la cocina, entre los pucheros, donde también anda el Señor; y ¿qué comerán? No, no los puede olvidar, tiene un corazón de madre. Además, presiente la gran Obra que está comenzando en la Iglesia. Un deseo, muy femenino por cierto, le ronda constantemente: ver cómo marcha aquello.

La ocasión se le presentó con un viaje a la fundación que estaba haciendo en Toledo. Era Cuaresma. ¡Los sorprendió! No la esperaban. Fray Antonio barría la entrada. Escribe la santa:

«Como entré en la iglesita, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí».

Y no era ella sola:

«Dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar... El coro era el desván que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas. Mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa».¹⁸

¡Pobre fray Antonio! En eso le llevaba ventaja fray Juan, que era menudito y flaco.

Había entrado el invierno. La santa, que conocía bien los fríos de Castilla, supo calibrar qué penitencia era la de sus nuevos hijos; se enteró de que al acabar los Maitines a la media noche, se quedaban en aquel desván a tejavana. Por calefacción y abrigo, un poco de heno en el suelo para proteger los pies descalzos, y los hábitos, a veces, se les quedaban cubiertos por la nieve que entraba por las rendijas del techo de cañizos mal cubierto.

Con ellos ya entonces había dos padres de los Calzados, que querían renunciar a la mitigación de la Regla.

Estos primeros «Carmelitas Contemplativos», además de sus rezos y horas de oración, «iban a predicar a muchos lugares que están por allí, comarcanos, sin ninguna doctrina», y la santa se alegró mucho al saberlo, y también de que estuvieran sus frailes en un lugar

«donde no había cerca otros monasterios que cultivasen en la religión a aquellos campesinos. Iban, como digo, a predicar legua y media, dos leguas, descalzos (que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner) y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa. Con el contento todo se les hacía poco... De esto de comer tenían muy bastante, porque de los lugares comarcanos los proveían más de lo que habían menester».¹⁹

Fray Agustín de San José, a quien el santo dio la profesión, dice:

«Contábame el padre fray Antonio de Jesús que iban ordinariamente a predicar con mucha nieve, y dos y tres leguas de allí, y se volvían después de haber predicado sin desayunarse al convento, yendo y viniendo a pie, descalzos como digo de pie y pierna. Y que una mañana que había de ir a predicar cayó tanta nieve que le pare-

ció al padre fray Juan de la Cruz que el padre fray Antonio no fuese a predicar a pie, y así le buscaron un jumentillo para que fuese, y le metieron los pies en unas alforjas de heno, y para juntarle los hábitos le puso un alfiler gordo, y en lugar de meterlo por el hábito se lo metió por la pierna; y quejándose el padre fray Antonio, le dijo: "Calle, padre, que así irá más bien prendido". Y a la noche, como celador, le acusó el santo diciendo: "Vuestra Reverencia se quejó esta mañana cuando le incaba el alfiler".²⁰

La madre Ana de Jesús, compañera de la santa madre e hija muy querida, nos dejó varios testimonios de estos primeros años. Leemos en uno de ellos: «Nos contaba con gran gusto las menudencias que ellos les preguntaban».²¹ A veces a ella, Ana, también le tocaba presenciar estas conversaciones entre madre e hijos, y nos dice que era para concretar la forma de la nueva vida que empezaba, y sobre «el repartimiento del tiempo y del vestido y descalcez y observancia de la Regla sin mitigación».²² ¡Qué compenetración entre estos dos grandes santos!

También de esta época es tradición un hecho que hoy, en 1995, las gentes de los lugares cercanos afirman habérselo oído a sus mayores.

Sucedió al otro lado del camino de la casita de Duruelo. Allí está, así se llama todavía, el «Prado de la monja». Lo narran así.

Vino santa Teresa a ver a los frailes en una ocasión en que ellos andaban arreglando su huerto, y, aunque tenían carro para recoger las hierbas, no tenían vacas que tirasen de él. Habían acudido al dueño del prado de enfrente, y se las había negado. Súpolo la santa y se ofreció a ir ella a pedírselas. Le advirtieron que el hombre en cuestión era poco amigo de la religión y, por añadidura, mal acondicionado, pero ella no se asustó. Atravesó el camino con su compañera, entró en el cercado de las vacas y, sin más, le pidió una yunta, porque los padres la necesitaban. El dueño, malhumorado y con intención de reírse de las monjas, dijo con voz sonora a un criado que andaba con las

vacas: «Dale aquellas dos, pero que las coja ella, que quiero ver volar las tocas de las monjas por los aires». Las tales vacas eran bravas, pero la madre Teresa, sin inmutarse, tomó un bramante que había por allí y, atando a los dos animales, se los llevó como si fueran dos mansos corderillos. Esta es la historia que da nombre al prado que hay frente al viejo convento de los padres.

Y aún hay más, pues las vacas tenían hasta nombre. Se llamaba, la una —o el uno, que debían de ser toros—, Pinto, y el otro Vardino. Y, por supuesto, el hombre se quedó perplejo, viendo lo que veía, se convirtió y fue en adelante un gran amigo de los frailes.

NOTAS

¹ P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de san Juan de la Cruz*, cap.XIII, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, p.217.

² Cfr. P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de santa Teresa de Jesús*, cap.III,160, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1977, p.287.

³ Don Rafael Mexía o Velázquez Mexía.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, cap.XIII,2, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.550.

⁵ *Ibid.*,3.

⁶ P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O.C.D., *Procesos de Beatificación y Canonización de santa Teresa de Jesús*, Biblioteca Mística Carmelitana, Tomo I: Inés del Niño Jesús, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1934, p.424.

⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, cap. XIII,3, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.555.

⁸ Cfr. *ibid.*

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Epistolario*, carta 226,8, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1950, p.903.

¹⁰ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, cap.XIII,4, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.551.

¹¹ *Ibid.*,5.

¹² *Ibid.*, cap.XIV,1, p.552.

¹³ *Ibid.* p.552.

¹⁴ *Ibid.*,2, p.552.

¹⁵ *Ibid.*,3, p.552.

¹⁶ *Ibid.*,5, p.552.

¹⁷ *Ibid.*,6, p.553.

¹⁸ *Ibid.*,6,7.

¹⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, cap.XIV,8,9, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.553.

²⁰ *Memorias Historiales*, Biblioteca Nacional, Ms.13.482, J, nº63, fol.159v, Ed. Mancho I, p.300

²¹ P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O.C.D., *Procesos de Beatificación y Canonización de santa Teresa de Jesús*, Biblioteca Mística Carmelitana, Tomo I: Ana de Jesús, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1934, p.464.

²² P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de san Juan de la Cruz*, cap.XIV, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, p.230

CAPÍTULO II

PORTALITO DE BELÉN

EN Duruelo continuaba la vida sosegada de observancia, contemplación y asistencia a los pueblecitos de alrededor. Empezaron a llegar novicios.

Después de la visita de la madre Teresa, Duruelo vio llegar la del padre Provincial del Carmen, que comprobó, con gusto y emoción, cómo vivían aquellos heroicos frailes. Nombró prior al padre Antonio, y subprior y maestro de novicios al padre Juan de la Cruz.

Fray Juan, por su cargo, se ocupaba de las cosas de la casa, y se dedicó de lleno a iniciar en la vida descalza a aquellos novicios, sin dejar de acudir a sus ministerios. Y, como el pájaro solitario que luego nos describiría en el *Cántico*, subía por aquellos montes con «el pico abierto hacia el aire del Espíritu»; canciones de su alma enamorada, porque fray Juan estaba loco de amor de Dios, y por eso todo le hablaba de Él. «¡Oh, bosques y espesuras plantados por la mano del Amado».¹ Y por eso, como el pájaro de sus canciones, «que canta muy suavemente, porque las alabanzas que hace a Dios son de suavísimo amor», él se dejaba en la soledad enamorar de su Amado, envuelto en esa atmósfera de Dios, que sólo comprenden las almas que Él toca con su dedo, haciéndoles gustar de las inefables dulzuras que sólo ellos saben entender. Porque «los bie-

nes inmensos de Dios no caben ni caen sino en corazón vacío y solitario»,² y «no se da Dios del todo sino a quien se le da del todo»³ y «que no tienen algún color de afecto sensual, porque es abismo de noticia de Dios que la posee».⁴ Amor limpio, sublime, transparente, amores divinos que cuando los rozan los hombres sensuales, los ensucian. Viene bien aquí aquella frase de Cristo, nuestro Señor, en el Evangelio, cuando dice que no es bueno echar margaritas a los cerdos.

Fray Antonio, para los quehaceres de la casa, descansaba en fray Juan. Así él podía dedicarse más libremente a la predicación. La verdad es que lo hace muy bien, es lo que se dice un gran orador. Posee, además, don de gentes, va de acá para allá, y pronto traba amistad con los dueños de las fincas cercanas, personas de alta posición, que vienen a confesarse y recibir consejo de los frailes. Un gran amigo tiene el padre Antonio en don Luis de Toledo, señor de las Cinco Villas, pariente del Duque de Alba. Tiene su casa solariega en Mancera de Abajo, a siete kilómetros del convento, y le lleva a predicar a la iglesia del pueblo, donde hay un retablo traído por él de Flandes, del que la santa en sus *fundaciones* nos dice que «es un retablo grande, que yo no he visto en mi vida, y otras muchas personas dicen lo mismo, cosa mejor».⁵

Don Luis le pide que traslade el convento a su villa; él mismo les construiría el monasterio. Duruelo está muy apartado, con muchas incomodidades y malas comunicaciones.

El padre Antonio se dejó persuadir por todas estas razones. No consta que consultara ni con la santa ni con fray Juan; más bien, la historia nos dice que no lo hizo, y él mismo, con entusiasmo, se dedicó a ayudar en la obra, para lo cual, se marchó de Duruelo hacia el mes de enero, unos cinco meses antes del traslado, que se verificó el 11 de junio de 1570, con gran solemnidad y gran asistencia de gente de la comarca. Vinieron varios padres Calzados para dar más relevancia al acto, que

«con clérigos y otra mucha gente que concurrió de los pueblos a la fiesta, fueron acompañando en la procesión a los Descalzos, que eran quince o diecisiete, desde Duruelo hasta Mancera. La procesión recorrió lentamente la legua larga que hay desde Duruelo por aquel campo florido. La alegría de los vecinos de Mancera y de otras villas circunvecinas fue muy grande, y no menor la tristeza de los de Duruelo».⁶

El cronista de la Orden recuerda que

«recién mudados a la villa de Mancera iban algunas veces allí —a Duruelo— los religiosos, a consolarse con la vista de aquel sitio, y visitaban el antiguo convento que, aunque deshecho ya y casi sin iglesia, pero todavía en ella, tal como había quedado en forma de una ermita, hacían oración y con lágrimas bañaban el suelo».⁷

Años adelante, el 28 de noviembre de 1585,

«para celebrar con esta devota demostración la memoria de este principio, fueron todos a pie, descalzos y sin alpargatas, en procesión, una legua o más de camino que hay desde Mancera a Duruelo. Y, en llegando al lugar, considerando que el nacimiento de su Orden se parecía tanto al de Cristo Señor nuestro en el portal, en el heno y en la pobreza, lo celebraron como si fuera el mismo día en que nació su Majestad. Dijeron la misa que se canta en la mañana de Navidad. Cantó la misa el padre prior, fray Nicolás de San Cirilo, y predicó el padre Vicente de Cristo. Y con esto, habiendo celebrado la fiesta, se volvieron al convento de Mancera».⁸

Fue un acto que podemos llamar de reparación o añoranzas, o las dos cosas juntas. ¿Les pesaba el abandono de aquel convento? No cabe duda de que aquel lugar primitivo de Duruelo lo llevaban muy adentro. Hay un detalle en esta descripción que quizá sólo podamos comprender del todo las que vivimos en Duruelo: un 28 de noviembre el termómetro en este rinconcito del mundo suele marcar por debajo de cero. Tremenda penitencia la de aquellos frailes, que caminaban a pie, descalzos, sin alpargatas.

Hemos corrido hasta el año 1585 en la historia de Duruelo, y parece que nos olvidamos de san Juan de la Cruz. ¿Qué dijo, qué pensaba el santo del traslado a Mancera? «Quedéme y olvidéme, el rostro recliné sobre el Amado...»⁹

Fray Juan vivía ya por encima de las cosas de la tierra, saboreando en su alma aquel «sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios». Se sabe que no estuvo nunca apegado a los lugares en los que, años más tarde, le tocó vivir. Se trasladaba de uno a otro convento con gran libertad de espíritu. Así, cuando se dispuso el traslado a Mancera, calló, tomó sus enseres, y con sus novicios siguió su camino hacia Dios sin lamentos, sin demostrar el menor sentimiento nostálgico, ni hablar del asunto, eso que tanto nos gusta, sobre todo si hemos tenido parte activa y nos sentimos protagonistas de algo que consideramos nuestro. «Cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado».¹⁰

Sus biógrafos, al menos, no nos dicen que hablase de Duruelo más que una sola vez: cuando, cumplidos sus deseos de menosprecios y padecimientos, en Úbeda, en su lecho de muerte, el padre Antonio, provincial de Andalucía, va a visitarle, y delante de todos, con cariño paternal, le recuerda: «Mañana hace veinticuatro años que comenzamos la primera fundación en Duruelo». Los hermanos que están allí piden al padre Provincial que les cuente aquellos principios. Fray Juan, siempre tan manso y mesurado, esta vez corta con manifiesto signo de contrariedad al padre Antonio, para decirle en tono seco: «Pero, padre, ¿ésa es la palabra que nos hemos dado de que en nuestra vida no se había de tratar ni saber nada de eso?» Todos quieren saber, pero el padre Provincial suspende el relato. No se resignan los frailes que le rodean, y hacen preguntas. Y aunque se ve que el padre Antonio no quiere contrariar a fray Juan, se le escapan detalles de los trabajos que habían padecido en aquellos principios de la Reforma. Y el «santico de fray Juan», con un suspiro, sólo dice a media voz: «Él se lo irá diciendo poco a poco».¹¹

Así, con su secreto, reclinó el rostro sobre el Amado, y el 14 de diciembre de 1591, después de decir el salmo *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, se fue a cantar Maitines al cielo.¹²

NOTAS

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción IV, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1950, p.973.

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Epistolario*, carta XIII, a Leonor de san Gabriel, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.1222.

³ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap.XXIV, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952.

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción XV, 14, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1950, p.1044.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, cap.XIV,9, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.553.

⁶ P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de san Juan de la Cruz*, cap.XVI, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, p.258.

⁷ *Ibid.*, p.259.

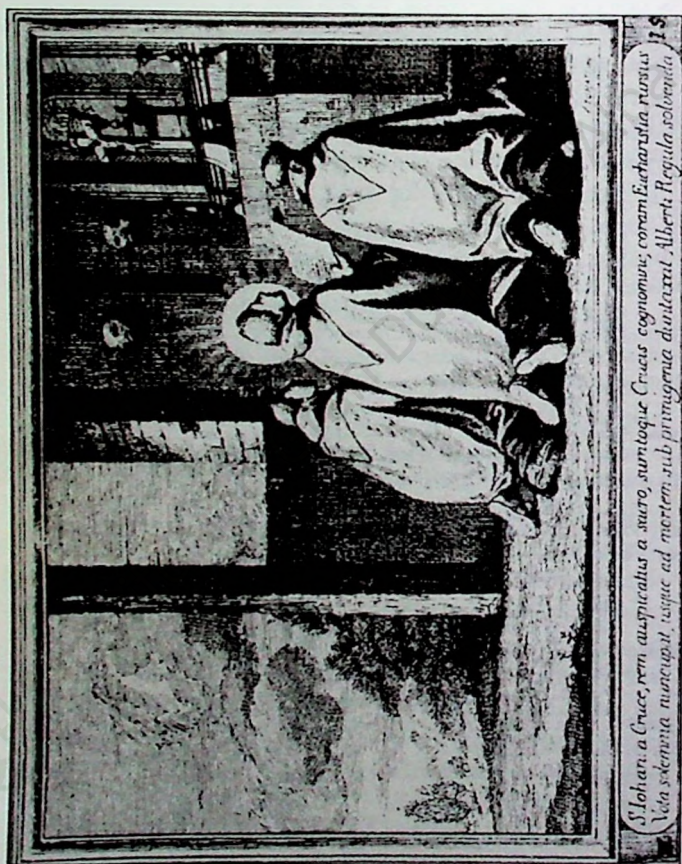
⁸ *Ibid.*, p.259.

⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.764.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Cfr. P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., Y OTGER STEGGINK, *Tiempo y Vida de san Juan de la Cruz*, cap.XX, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, p.852.

¹² Cfr. *ibid.*, cap.LI, p.862.



CAPÍTULO III

DURUELO

AUNQUE fray Juan dejó «su cuidado» en manos de su Creador, olvidado entre las azucenas, es decir, en el centro de su alma pura, siempre orientada, como una flecha, hacia Dios, hasta llegar al dulce encuentro del abrazo definitivo, Duruelo sigue vivo en el recuerdo de muchos Descalzos, como lugar santificado por su madre Teresa y por aquel frailecico, «hombre celestial y divino»,¹ como ella lo definió.

Ahora corre el año de 1612. Han pasado veintisiete años de la procesión a pie descalzo desde Mancera. El 31 de agosto de este año, fray Martín de la Madre de Dios, prior de Ávila, adonde se habían trasladado en 1600 desde Mancera, «por encontrar el sitio malsano, y otras incomodidades», compra a don Francisco de Ávila y Ovando, hijo de don Rafael Mexía, el terreno que su padre había dado a la santa para su primera fundación de Descalzos, y que, al marcharse éstos y quedar abandonado,

«volvió a su dueño, dicho Rafael Velázquez Mexía, tomándose la él sin dejación o donación auténtica de los religiosos [...] Por los años de seiscientos y doce, la religión, deseosa de conservar la memoria de tan felices principios, compró el mismo sitio que ya estaba casi del todo asolado, como todo lo demás del lugar, fuera de cuatro o cinco casas».²

La escritura de venta se hace delante de Santos Martín, vecino de Mirueña, y se compromete don Francisco a darla libre «y fuera de Mayorazgo, como su padre la había comprado a un tal Manosanas, y como así se lo entregó a la santa madre Teresa y al Venerable padre fray Juan, al dicho efecto de fundar allí la primera casa de Descalzos». La escritura de pago la firma Juan Díaz, a 4 de septiembre de 1612.

Pero Duruelo quedó como estaba. De vez en cuando, aparecía por allí algún fraile ferviente, devoto de sus santos fundadores, a llorar sobre aquellas ruinas, como ante el muro de Jerusalén.

Cuentan las crónicas que una de estas veces, varios carmelitas que añoraban aquellos principios de Duruelo, fueron allá, y, amontonando unas cuantas piedras de aquellas benditas ruinas, pusieron sobre ellas una cruz grande hecha de ramas de encina, de aquéllas que habían sido testigos de la santidad de fray Juan.

Fray Pedro de la Madre de Dios, en 1617, en sus paredes desmoronadas dejó escrito lo que llevaba grabado en el alma:

«De aquí el Carmelo confiesa
salió su primera luz;
aquí comenzó su empresa,
después de santa Teresa,
el gran san Juan de la Cruz.³

Aquí fue el primer convento
donde floreció aquel día
la semilla de su aumento,
principio de su contento
y solar de su hidalguía.

Sacras y amadas paredes,
testigos de las mercedes
que Dios hizo a vuestro altar;
El volverá a edificar
y a poner aquí sus sedes».⁴

Seguían pasando los años, y aquel rinconcito solitario, testigo de tantas grandezas, no se borraba de la memoria de muchos descalzos, deseosos de volver a Duruelo. Quizá faltaba, además de medios económicos para reconstruir aquello, el

hombre elegido por Dios para acometer la empresa. Tendría que llegar la hora de Dios...

Fue en 1633. Ya la madre Teresa, a quien veneraban como a verdadera madre y fundadora, había sido canonizada, y con ella su Obra, esta Obra que tanto fruto ha dado a través de los siglos en la Iglesia.

Era General por aquel entonces el padre Esteban de San José, un hombre de profunda vida interior, y Provincial, fray Pedro de los Ángeles. Hacía cuatro años que había muerto doña Luisa de Moncada, la que en el siglo fue Condesa de Santa Gadea. Modelo de esposa, supo ganar con su oración y sacrificio el alma de su marido, de vida bastante disoluta. Cuando quedó viuda entró en el Carmelo de Palencia, donde entregó su espíritu al Señor, llena de virtudes. Al hacer la profesión, fue su voluntad que, entre otras obras de caridad, con sus bienes se ayudase a la reconstrucción de Duruelo.

Así lo dice un documento antiguo:

«Hasta llegar el año 1633 no habíamos comenzado a reedificar dicho eremitorio, por no haber tenido con qué. Pero después, como la señora Condesa de Santa Gadea, que fue religiosa nuestra Descalza en el convento de Palencia, y se llamó Luisa del Santísimo Sacramento, al tiempo de su profesión, nos hizo limosna y gracia de una poca de renta; y de las Indias también nos fueron enviando alguna limosna, dióse principio a su reedificación con licencia del señor Obispo de Ávila, don Pedro de Cifuentes y Loarte, dada por su Provisor y Vicario General, don Bartolomé Álvarez Alfonso, en 30 de junio de 1633. Viéndolo todo y consintiéndolo el Marqués de Lorian».⁵

Era por entonces Marqués de Lorian don Juan Velázquez Ávila de la Torre, hijo de don Pedro Velázquez Ovando Mexía y nieto de don Francisco de Ávila y Ovando, el hijo de don Rafael Mexía, a quien tanto conocemos ya en estas páginas. Don Juan era dueño de Bercimuelle y Duruelo, parte por haberlo heredado de su padre, y parte por haberlo comprado a la Hacienda Real en 1627, libre de vínculos y cargas. Era muy amigo de los frailes y veía con gusto todo lo que éstos iban

haciendo. Su gran afición era la caza y «andaba tras de ella todos los días» por aquellos contornos, hasta que, «a causa de ella, murió desgraciadamente».

No debía de tener hijos don Juan, o quizá fuera soltero, pues estas fincas las heredó un tío suyo, hermano de su padre, Conde de la Puebla y a la sazón Presidente del Consejo de Hacienda.

Las obras debieron de ir lentamente y las limosnas eran pocas para lo que allí se necesitaba. El mayor avance se dio hacia 1637. El padre Esteban murió siendo General de la Orden. A su muerte, los frailes fueron al desierto de Batuecas (Salamanca), a buscar a fray Juan del Espíritu Santo, General anterior de la Descalcez. Este lugar lo había escogido para vivir en soledad y retiro, amante como era del silencio y de la vida contemplativa. Pero al morir el padre Esteban, le hicieron Vicario General y más tarde, en el Capítulo, por unanimidad de votos tuvo que aceptar el gobierno de la Orden nuevamente. Hizo cuanto estuvo en su mano por ayudar a la restauración de Duruelo, y cuando en 1643 cesó en el cargo, pidió retirarse a este santo lugar que llevaba tan en el corazón.

Fue entonces, y seguramente por su medio, cuando viendo el nuevo General, padre fray Juan Bautista, «la estrechura y aprieto con que lo pasaban los religiosos de este eremitorio por falta de sitio», suplicó al Rey les «hiciese merced de cuatrocientas varas en cuadro de tierra de estos campos realengos que están en contorno de ella».

Como buen nieto de Felipe II, era el Rey Felipe IV admirador y devoto de la madre Teresa, que había sido canonizada el 12 de marzo de 1622. Por eso, en las cédulas de privilegios que se conservan, repiten constantemente, tanto Felipe IV, como su hijo Carlos II, que proceden así «por la gran devoción» que tienen a dicha santa. Ese mismo año de 1643, a 11 de diciembre, desde su villa de Cariñena, en Aragón, les hizo «merced muy cumplida del terreno» que los frailes le habían

solicitado, aludiendo a lo que ellos le habían manifestado en su petición: que era grande la estrechez del sitio, ya que vivían allí sólo seis u ocho religiosos, sin iglesia, y la que les servía de capilla estaba «con poca decencia, por quedar en la parte baja de la casa, debajo de las habitaciones donde ellos vivían». Con esas cuatrocientas varas de tierra alrededor del convento, tendrían holgura para hacer, además de la iglesia, algo de huerta y un poco de viña.⁶

Felipe IV hace diligencias y encarga a don Antonio de Porras, Corregidor de Ávila, hacer las averiguaciones necesarias sobre el asunto.

Don Antonio debió de quedar impresionado, no sólo de la vivienda, sino del espíritu que tenían aquellos frailes. Con esto dio informe bien cumplido, no sólo de ser verdad lo que los frailes decían en su petición, sino de la pobreza del lugar y de la austeridad en que vivían en aquel desierto de Duruelo. Además añade don Antonio, que el terreno que piden son prados realengos que están baldíos.

Con estas informaciones el Rey concede el terreno, añadiendo, con evidente emoción, en sus palabras:

«Por la devoción que tengo a la santa madre, y el deseo que tengo de ayudar con limosnas a su sagrada Religión, y la satisfacción que hay en mí de que continuamente están rogando sus hijos a nuestro Señor por los buenos sucesos de mi monarquía, hago merced y donación perpetua de las cuatrocientas varas en cuadro, para que el dicho General y religiosos puedan hacer y edificar la dicha su iglesia, huerta y viña, o lo demás que para su habitación juzgaren conveniente, y hacer de ellas y con ellas como cosa suya propia».⁷

Concede, además, el privilegio «por esta vez» de todo lo necesario en lo que se refiere a impuestos, pagos, etc.

Los frailes de Duruelo ya tienen terreno cumplido para edificar su convento. Las obras se ponen otra vez en marcha, durante dos años, y se paran definitivamente. No hay con qué. Y acuden de nuevo al General.

Corre el año 1646. Piensan que sería bueno agradecer al Rey aquellas cuatrocientas varas en cuadro que les ha dado tan generosamente, ofreciéndole ahora el Patronato de la casa, y pidiéndole que les tome bajo su amparo y protección.⁸ Ellos se comprometen de generación en generación a ofrecer la mayor parte de sus oraciones y penitencias por las intenciones de Felipe IV y sus sucesores. Lo firman, el 18 de julio de ese año de 1646, los profesos de aquella casa de Duruelo, ante Andrés González, escribano de la villa de Mancera, y como testigos dos trabajadores del convento, otorgando poder al General de la Orden, padre Juan Bautista, para ofrecer el Patronato en nombre de la comunidad. A campana tañida,

«como tenemos de costumbre tratar las cosas tocantes a nuestra Religión:

Fray Juan del Espíritu Santo. Prior
Fray Martín de San Marcos. Suprior
Fray Prudencio de San José.
Fray Francisco de los Ángeles.
Fray Francisco de Santa María.
Fray Domingo de San Alberto.
Fray Agustín de la Anunciación.
Fray Juan del Espíritu Santo (distinto del prior).
Fray Blas de la Madre de Dios.
Fray Francisco de la Madre de Dios.
Hermano fray Pascual de la Madre de Dios.
Hermano fray Juan de San José.
Fray Juan de Jesús María.

Todos profesos de la Orden, conventuales en el dicho convento, por nos y en nombre de los demás religiosos que de él son y por el tiempo fueren».

«En virtud de dicho poder, el Reverendísimo fray Juan Bautista, usando de él como tal General de la dicha Orden de Carmelitas Descalzos, dijo que por haber tenido principio la Reforma de esta sagrada Religión en el dicho convento de Duruelo que ahora se fabrica y funda con nombre y advocación de nuestra Señora del Carmen, y haberse descalzado en él, por orden y disposición de la gloriosa madre santa Teresa de Jesús, Reformadora de la dicha Religión, los dos primeros y venerables padres, fray Juan de la Cruz y fray Antonio de Jesús y otros que a su imitación se descalzaron, y haber por algunas causas dejado el sitio y trasladado el

dicho convento a la ciudad de Avila, deseando ahora que de aquellos gloriosos principios quede perpetua memoria, se ordenó que, en el mismo sitio, se volviese a edificar otro convento, como se está haciendo, y reconociendo que con la protección y amparo de la Majestad del señor Rey, don Felipe II, de gloriosa memoria, se estableció la dicha Reforma de que se ha seguido a toda la cristiandad tan gran fruto como se ve en la extensión de esta sagrada Religión, y deseando también mostrar en todo el debido reconocimiento a su Majestad, en conformidad de lo que tantas veces dejó encargado la gloriosa santa».

«Y porque la memoria de aquel santo lugar permanezca siempre y tenga por dueño y señor a sólo su Majestad, cumpliendo con las dichas obligaciones y por la merced que últimamente ha hecho al dicho convento de cuatrocientas varas de tierra en cuadro para su fundación, se ha suplicado a su Majestad por el General, prior y convento, que fuese servido el tener debajo de su amparo y protección el dicho convento que hoy nuevamente se labra y funda, tomando el patronazgo de él su Majestad y los señores reyes sus sucesores, ofreciendo por su larga vida y buenos sucesos de sus reinos y monarquías, la oración continua que su Regla les manda tener, y los Maitines y primera misa de la noche de Navidad».

Sigue aquí una larga lista de ofrecimientos espirituales. En el mismo documento se encuentra la aceptación por parte del Rey, que empieza así:

«Y su Majestad, por su real orden y decreto señalado de su real mano, su fecha en la ciudad de Zaragoza a 14 de agosto de 1646, fue servido aceptar el Patronazgo, sin que por razón de él, pueda pretender el dicho convento renta ni otra cosa alguna, y que por habérsele representado por su parte que tiene comenzada la iglesia, fábrica y habitación de la casa para los religiosos, y porque por la estrechez de la tierra no le pueden acabar, ha sido servido su Majestad de mandar a los señores José González, Caballero de la Orden de Santiago, y a don Antonio de Contreras».

Estos dos señores —que aparecen en el escrito con todos sus títulos—, como personas de la Cámara del Rey, quedan encargados, en su nombre, de acudir a las necesidades de los frailes, terminar la obra del convento e iglesia y todo lo que hubieren menester. El Rey, por su parte, acepta los sufragios y oraciones que los frailes le ofrecen, considerando como suya la nueva fundación; y se manda

«poner a las puertas de la iglesia y convento el escudo de armas reales, y en los lugares que a su Majestad le pareciere, y asimismo, abrir las tribunas que al Rey le pareciere para su persona, la de los Reyes, sus sucesores, y de las señoras Reinas de España y de sus Altezas, los señores Príncipes e Infantas. Y que en la iglesia no puede haber enterramientos sin expresa orden suya, como tal Patrón [...] Y que por siempre jamás, el padre General quite ni aparte al dicho convento de la posesión y señorío, con todos sus derechos».

Y el documento termina con un párrafo del Rey, en el que, de acuerdo con lo estipulado, acepta y promete, en su nombre y en el de sus sucesores, el «acudir» siempre con rentas, etc., del Patrimonio real a los frailes de su convento de Duruelo. Firmado de su mano: Yo, el Rey.

Desde entonces, se le da el pomposo título de «Real Monasterio». ¡Qué lejos se va quedando la casita primitiva de don Rafael Mexía!

El Rey firmó definitivamente el Patronato en Madrid, el 25 de octubre de 1648.⁹

En años sucesivos a partir de esta fecha, el Rey Felipe IV confía a su convento de Duruelo las intenciones que más lleva en el corazón, y funda capellanías, sobre todo por la salud del pequeño Príncipe Felipe. Los frailes también han ofrecido oraciones y misas por el feliz alumbramiento de «la Reina, nuestra señora». Es la intención más encomendada por el Rey

«que todos los días, perpetuamente, se ha de decir por los religiosos que son o fueren del dicho convento, una misa en el altar mayor de él, a las once del día, y en 28 de noviembre, que fue el feliz día en que nació su Alteza, y en los días de las festividades de la Concepción, Expectación, Natividad, Presentación y Asunción de nuestra Señora han de ser las dichas misas cantadas con la solemnidad que acostumbra dicha Religión».

Al Rey todo se le hace poco para conseguir de Dios nuestro Señor y de su Santísima Madre, de quien demuestra ser gran devoto, «la salud, larga vida y buenos sucesos del Príncipe nuestro Señor», o en otro lugar, «del Príncipe Próspero Felipe».

No quiso el Señor concederle sus peticiones, pues este hijo, en quien cifraba todas sus esperanzas para la sucesión del reino, murió siendo aún niño.

En Duruelo el padre Juan del Espíritu Santo había sido nombrado prior en el año 1646. Como tal prior fue quien hizo todas las diligencias para acomodar definitivamente a los frailes en su convento. Por el gran amor que tenía a este santo lugar, puso todo su afán en llevar a cabo esta empresa. Pero debido a su mala circulación, no pudo resistir los primeros fríos del año 1649, falleciendo en dicho año. El Señor se lo llevó, a los setenta y cinco años de edad, tras una vida llena de virtudes, a darle el premio de su larga entrega en el Carmelo contemplativo, el 16 de noviembre, después de recibir los santos Sacramentos, y rodeado de los religiosos. Y allí, en su amado Duruelo, recibió honrosa sepultura, dejando el buen olor que dejan las almas que de veras han vivido para Dios.

NOTAS

¹ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Epistolario*, cart. 261,1, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p.938.

² Tomado de un manuscrito referente a la restauración del monasterio de Duruelo, del año 1638. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

³ No es extraño que aquí se dé el título de santos a Teresa y Juan de la Cruz, que aún no habían sido reconocidos como tales por la Iglesia. En la página XVI de la introducción al libro *Poemas del Carmelo en la Biblioteca Colombina*, su autor, el P. Ismael Bengoechea, O.C.D., explica: «Cabe añadir que en los encabezamientos de cada una de estas piezas se le denomina: "Santo padre fray Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo", si bien por entonces no había sido aún beatificado el santo de Fontiveros».

En la página XII de esta introducción, comenta el P. Bengoechea: «No hay duda de que en alguna parte del manuscrito [...] se llama santa a Teresa y santo a Juan de la Cruz, a pesar de que no estuvieran beatificados ni canonizados todavía [...] En aquella época se aplicaban generosamente esos títulos de venerabilidad». (Ismael Bengoechea Izaguirre, O.C.D., *Poemas del Carmelo en la Biblioteca Colombina*, Editorial Miriam Carmelitas Descalzos de Andalucía, Sevilla 1995).

⁴ El P. Pedro de la Madre de Dios fue Definidor General de los Carmelitas Descalzos de España. Estas quintillas están en un manuscrito de la Biblioteca Nacional y las trae algo variadas la Crónica antigua, Tomo I.

⁵ Tomado de un manuscrito referente a la restauración del monasterio de Duruelo, del año 1638. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁶ Tomado de una Cédula Real de 1644 del Rey Felipe IV a los religiosos del monasterio de Carmelitas Descalzos de Duruelo. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

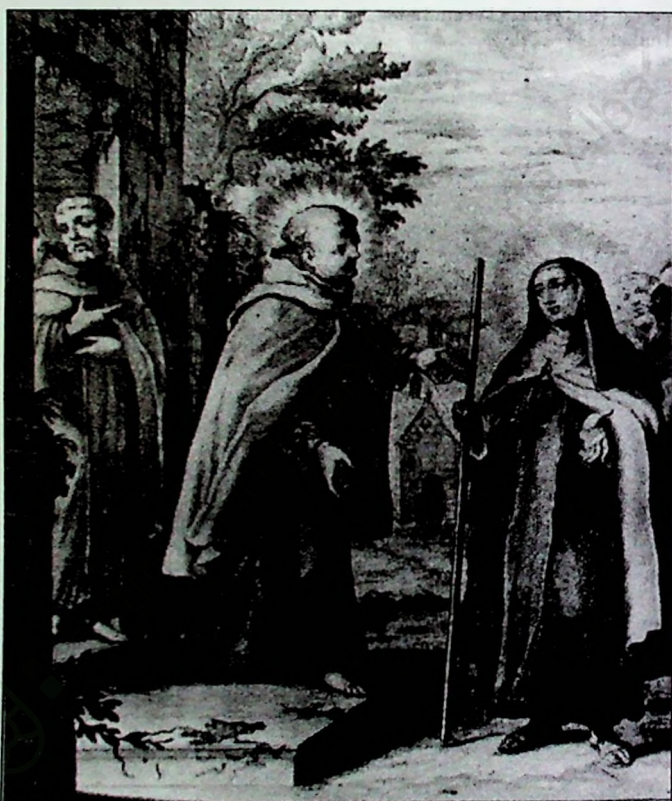
⁷ *Ibid.*

⁸ Los tratados del Patronato son tres; unas veinte páginas en total, que forman un documento notarial. En ellos se repiten las condiciones del

Patronato y las firmas de los religiosos cada vez. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁹ Documento del Patronato Real concedido al monasterio de Duruelo por el Rey Felipe IV en 1648. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.





*Scrapphica Virg^o Theresia Duruelum petit; inibi; in
B Ioanne à Cruce, alijsq; duobus prima à se propagatę
in Viris Reformationis fundamenta, Deo grates
rependeret deminatur*

CAPÍTULO IV EL MONTE DEL PLEITO

EL padre Juan del Espíritu Santo, al morir en 1649, había dejado el convento en marcha y la iglesia empezada. Hasta ese momento había servido de iglesia uno de los claustros.

Las rentas concedidas por el Rey Felipe IV, aunque no eran muchas, eran suficientes para cubrir las necesidades de una vida austera como era la de los frailes. La obra de la iglesia prosiguió gracias a estas ayudas y otras limosnas.

Desde 1651, los frailes recibieron todos los años, a fin de diciembre, una limosna de aceite y misas dejada en su testamento por el canónigo de la catedral de Coria, don Antonio Gutiérrez del Mercado, como vimos en el capítulo I. Bien poco, en realidad: «Media arroba de aceite para la lámpara del Santísimo que arderá el Jueves Santo, y tres misas»; de dos reales cada una, para decirlas a lo largo del año. Por este tiempo, el pago de esta limosna corría a cargo de Francisco de Salamanca, arrendatario de la hacienda del vínculo perteneciente a los herederos del canónigo.¹

Pero a partir de 1666 los frailes dejaron de percibir esta limosna, según consta de la relación del hermano Manuel de la Resurrección, encargado de su cobranza. Por tres años consecutivos (1667-1669), el Mayordomo del nuevo arrendatario,

Marqués de Loriana, se negó a entregar ese pequeño legado testamentario. No obstante los requerimientos del hermano Manuel, nada se pudo conseguir. De este modo el convento perdió la limosna de Gutiérrez del Mercado.

Los frailes, entretanto, con su vida de contemplación, su trabajo y la atención espiritual a los pueblos de alrededor, se habían granjeado la estima y devoción del vecindario. Llegado el momento de testificar ante el juez, en el pleito que dio nombre al monte y al prado, lo hicieron en favor del convento.

Duruelo y sus tierras no escaparon a los frecuentes litigios entre los detentadores de tierras de señorío, que procuraban acrecentar con las de realengo vecinas con su correspondiente jurisdicción, y los oficiales reales que reclamaban las tierras usurpadas a la Corona, o procuraban recuperarlas en caso de haberlas vendido, junto con los propios vasallos del Rey, en momentos de dificultades económicas de la Real Hacienda.

Uno de estos casos últimos, como indicamos en el capítulo III, fue el de Juan Velázquez Ávila de la Torre, Marqués de Loriana, que, según consta del documento que utilizamos,

«compró a la Real Hacienda, el 22 de enero de 1627, el lugar de Bercimuelle con el que llaman de Duruelo, pagando por cada vecino a quince mil maravedís y la cantidad de cinco mil seiscientos ducados por legua legal de las que tuviere el dicho lugar de Bercimuelle con el de Duruelo».

Después de la medición de los términos indicados en el contrato, resultó un valor total de «un cuento y cincuenta mil maravedís de plata, que se obligó —el marqués— a pagar en diferentes plazos, a más de los intereses al ocho por ciento», esto es un millón cincuenta mil maravedís más un ocho por ciento anual.²

Esta compra del Marqués de Loriana señaló el comienzo de la historia del «Monte del Pleito».

Cuando el Marqués de Loriana, don Juan Velázquez, murió en un accidente de caza, sólo se había pagado la mitad de su deuda con la Real Hacienda. Según el expediente que

obraba en el archivo de Consejo de Hacienda, el 30 de enero de 1685 su Junta exigió a los herederos del marqués el pago, en el plazo de veinte días, de la cantidad que faltaba por entregar más los intereses devengados hasta ese año.

El entonces Marqués de Lorian, Francisco Melchor d'Ávila, no se dio por enterado y no compareció ante los comisionados de la Real Chancillería de Valladolid, enviados al efecto de exigir el cumplimiento del decreto del Consejo de Hacienda. En consecuencia, la Junta del Consejo, por otro decreto de 8 de marzo del mismo año, ordenó embargar la jurisdicción de las tierras en cuestión.

El embargo no tuvo efecto hasta 1693, en que otro corregidor envió al Alguacil de Ávila, Domingo García, para tomar posesión del término de Duruelo, lo que se ejecutó el 19 de junio de 1693, en presencia del escribano real, Sebastián Martín, vecino de Grajos.

De este modo, la Casa de Lorian-Salvatierra sólo quedó dueña del término de Bercimuelle, con su jurisdicción, y de una mínima parte del término de Duruelo, que se restituyó, casi en su totalidad, a la jurisdicción real.³

Unos ochenta años después de estos hechos, en 1775, entró en escena la Condesa de Salvatierra y Marquesa de Lorian. Esta señora, además de sus tierras de Bercimuelle reclamó sus presuntos derechos al «lugar llamado Duruelo». Quizás ella misma, o su administrador, encontraron el documento de compra de este lugar por su antepasado don Juan Velázquez de la Torre, Marqués de Lorian, pero desconocían, tal vez, la muerte accidentada del marqués sin haber pagado más que la mitad del importe de la compra de Duruelo y su jurisdicción, y los decretos por los que se devolvían las tierras y vasallos de Duruelo a la jurisdicción real, por incumplimiento del contrato por parte de sus descendientes.

La condesa se había constituido en dueña y señora de las tierras pertenecientes a la Corona. Había intentado echar de

aquellos prados a los rebaños de los vecinos de Blascomillán y Gimialcón, y éstos se rebelaron contra los intentos de fuerza de la señora y acudieron a la justicia, poniendo el pleito en manos del «Fiscal de su Real Majestad de la Chancillería de Valladolid». Los vecinos alegaban su derecho inmemorial a aquellos pastos y negaban a la Casa de Salvatierra el señorío de Duruelo y su jurisdicción. El pleito había durado cinco años. En 1791, la Real Chancillería de Valladolid dictó auto en favor de los vecinos, en contra de las pretensiones de la condesa, y envió a sus comisionados para acotar el término de Duruelo. A pesar de la oposición del apoderado de la condesa, que exigía la salida de los ganados del vecindario de los pastos del monte, los comisionados realizaron el acotamiento. Terminada la operación el 16 de abril, sábado anterior al domingo de Ramos, pidieron al prior carmelita que les dijera la misa, al alba del día siguiente, antes de emprender la vuelta a Valladolid.

Acabada la misa, los comisionados ordenaron al apoderado de la condesa, que también había acudido a la misa, la entrega a los frailes, en agradecimiento, de tres cargas de carrascos del monte. Esta «concesión» no la conoció el prior hasta una semana después. La orden ignoraba el derecho al uso del monte para leña y pastos, concedido al convento por la Real Cédula de 1642. El prior explicaba su reacción al General, padre Juan del Espíritu Santo, que se encuentra en Valencia, en febrero de 1792:

«Ni hice caso de ella —la concesión—, ni la desprecié, porque más de ciento cuarenta años hace que se está trayendo carros de leña y carrascos, sin que nadie lo estorbe».⁴

Los frailes habían estado alejados de estos litigios por bien de paz, a pesar de que la condesa, hacía unos veinte años, se había adueñado de ese monte. Sin saber cómo, la citada Real Cédula de 1642 había desaparecido del archivo del convento. El prior apostillaba: «Cuya extracción se atribuyó, con fundamento, a un administrador de Bercimuelle».

En mayo de 1791, al mes de la visita de los comisionados de la Chancillería, el apoderado de la condesa, que había asistido a la operación del acotamiento, informó en Madrid a su dueña, que había conseguido la propiedad del término de Duruelo, a pesar del fallo de la Chancillería en favor de los pueblos. En medio del júbilo, el secretario de la condesa, un tal Riofrío, envió al Mayordomo de Bercimuelle, Manuel de Velasco, una carta con órdenes de echar del término de Duruelo a todos los ganados, incluso a los carneros de los frailes. Tampoco debía permitir a los frailes el uso del tejero que ellos tenían para la fabricación de tejas y ladrillos; y, en cuanto a la casilla que ocupaba el tejero, mandaba se les pidiese a los frailes por ella el precio del terreno que ocupaba. Y en caso de no avenirse a esto, debía encargar a un guarda su ocupación, tomando la posesión de ella.

El Mayordomo, hombre honrado, «muy prudente y temeroso de Dios», se negó a la ejecución de esas órdenes y prefirió dejar el cargo a cometer tamaña injusticia, abandonando Bercimuelle.

A la vista de los términos de la carta del secretario Riofrío, el prior, fray Bernardo, entabló correspondencia con él. Según propia confesión, le dirigió una carta «bien fuerte y con buenas razones y, aunque me respondió a ella, le continué otra en el mismo tono».

La marcha del honrado Mayordomo evitó el primer golpe, pero no solucionó nada definitivo, y los vecinos de Gimialcón y Blascomillán quedaron a la espera de los acontecimientos.

El nuevo Mayordomo, por nombre Ángel Aguado, que era «de condición belicosa, oficio de sastre y amigo de que le den tratamiento de señoría», vino dispuesto a ejecutar las órdenes de Riofrío, pero la situación era tensa y peligrosa, por lo que

«le previnieron algunos amigos que no hiciese tal atentado, porque los lugares estaban armados a no dejar salir los ganados del término de Duruelo; que sucederían algunas muertes y le llevarían preso».

El prior, por su parte, a instancias de los miembros de su comunidad, marchó a Valladolid para consultar con amigos las medidas que debía tomar. He aquí los términos de su relación al General:

«Yo no me descuidé y a instancias de los religiosos todos de esta comunidad fui a Valladolid, consulté qué era lo que debía practicar si llegase el caso; y unánimes respondieron todos los abogados mejores y algunos de los señores mis amigos, que lo que debía hacer era mantener a esta comunidad en la posesión inmemorial de todas las regalías que los Reyes, mis señores, Patronos de este real y primitivo convento, nos habían concedido. Como yo estaba ya prevenido de los abogados mantuviese las regalías de este convento y que sobre cualquier particular que me quisiesen impedir les formulase un artículo, acudiendo a juez competente, mandé a un hermano lego fuese con los mozos de casa y el carro, por un carro de carrascos, día 21 de noviembre por la mañana. Apenas estaban cortando dichos carrascos, cuando llegó un guarda y los quiso prender; resistióse el hermano con razones, diciendo que lo que cortaban era carrascos, y alguno u otro pie inútil, con arreglo a las reales órdenes de plantíos, dejando resalvos y guía. Con estas razones acudió dicho guarda al Mayordomo de Bercimuelle, Ángel Aguado, quien fue al monte con dos criados de la casa de Bercimuelle, y con el dicho guarda, y les prendaron una hacha; no obstante, que sabían había mandado el apoderado de la señora condesa tres carros de carrascos, por la misa del domingo de Ramos, y no se habían traído hasta que envié al dicho hermano por ellos en el día 21 de noviembre, en que prendaron el hacha».

«Mandé volviese por la tarde por otro carro de carrascos, y que no tuviesen disputa con los guardas, sino que, si querían prenda, les diesen aunque fuese el carro. En efecto, volvieron los guardas y les prendaron otra hacha.

Al día siguiente envié a un religioso por las hachas a Bercimuelle, alegando la mucha falta que nos hacían, y, que si se habían traído tres carros de carrascos, habían sido mandados por el apoderado de la señora, como bien les constaba al mismo Mayordomo y a los guardas. Con todo, no las quiso entregar dicho Mayordomo. Repetí esta misma diligencia por otro religioso dentro de diez días, suplicando nos diese las referidas hachas, y dicho Mayordomo permaneció duro sin quererlas entregar».

«Viendo esta resistencia, acudí al caballero corregidor de Ávila, juez delegado de plantíos en este territorio, quien admitió nuestra súplica, y por medio de nuestro abogado, se presentó pedimento en

forma, alegando los derechos y regalías que tiene este convento, como llevo dicho. Para lo que teníamos la licencia de nuestro R. P. Provincial, según ordenan nuestras leyes».

Visto el alegato de los frailes, el corregidor envió al juez secretario para que se informara, bajo juramento de ocho testigos fidedignos, sobre la verdad de lo alegado por el convento de Duruelo. De la información jurídica, realizada sobre la base de un largo interrogatorio al que tuvieron que responder los ocho testigos, resultó en favor de la inocencia de los frailes y en contra del mayordomo de la señora y de los guardas, «por ser ellos los que talaban el monte y no los frailes» del convento de Duruelo.

A la vista de esta información jurada, el corregidor de Ávila ordenó al juez: «Lo primero, que al prior de Duruelo lo pusiese en la posesión del monte y que cortase leña, y que, si alguno de Bercimuelle se lo estorbase, pagase una multa»; y lo segundo, que pasase al caserío de Bercimuelle a cobrar las costas del pleito.

Así se hizo: el juez acompañó al prior al monte para ejercer su derecho con el rito de rigor, en este caso cortar leña delante del juez. Éste pasó luego a Bercimuelle para el cobro de las costas del pleito. Pero sólo encontró a las mujeres, ya que ni el mayordomo ni los guardas comparecieron al requerimiento judicial. El juez, después de la visita al caserío durante tres días consecutivos, acompañado de testigos, ante la no comparecencia de los requeridos, decretó el embargo de tres caballerías.

Así terminó el pleito del Monte. Las facturas de los pagos al convento obran en el archivo del mismo, así como el plano de los términos sometidos al acotamiento y al amojonamiento, cuyos mojones de granito aún perduran. Otros propietarios de terrenos en litigio fueron las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. En el plano quedan indicados los diversos propietarios con las armas de los dueños respectivos. El

escudo del Carmen puede observarse sobre el dibujo del monte. Este plano, a todo color, se hizo en 1787.⁵

La condesa se sintió atacada y elevó serias quejas al padre General de los Carmelitas contra los frailes de Duruelo, a los que acusaba de mal comportamiento a su respecto. El padre General refirió estas quejas al prior, que se vio obligado, en 1792, a informarle de lo ocurrido.

Este fue el origen del documento que estamos analizando, y que es una fuente preciosa para el conocimiento histórico del convento de Duruelo durante siglo y medio. De ello vamos a dar algunos datos, utilizando las mismas palabras del documento, aunque al lector le resulte algo tedioso.

Efectivamente, con esta ocasión el prior hacía un detallado recuento de las propiedades del convento, su origen y su situación jurídica. El prior negaba también a la condesa todo derecho a exigir ninguna clase de favores a los frailes de Duruelo, que nada le debían. Éstos se habían visto obligados a mantener pleitos con la condesa en defensa del derecho real y de los vecinos, que eran vasallos del Rey y no de la condesa.

Según el informe del prior, las propiedades del convento eran modestas:

«Además de las cuatrocientas varas en cuadro de tierra, de las que están en posesión desde 1642, sin que se haya añadido un palmo de tierra, antes bien, nos falta un prado pequeño, que por estar desmembrado de todo lo demás, por el motivo de un camino que media entre el convento y dicho prado, no se hizo caso de él. También poseemos desde dicho tiempo, un tejero con su casilla para el tejero. También tenemos facultad del Rey nuestro señor, Felipe IV, para hacer un mesón, pero éste, aunque lo hubo cuando la obra, ya no existe. También conseguimos provisión real dicho año de 1642, para cortar carrascos y leña para los hornos de teja, ladrillo, cal y demás utensilios del convento; y así se ha estado practicando hasta ahora; como también se ha mantenido doscientas cabezas de ganado ovejuno, que de las limosnas que nos dan los fieles, de corderos para los enfermos, se van criando hasta hacerse carneros, y seis o siete caballerías para el uso de la comunidad».

Este ganado servía, sin duda, además de la carne para los enfermos, de medio de subsistencia de la comunidad con el aprovechamiento y venta de lana, productos lácteos, corderos. La condesa había exigido a los frailes, durante los últimos veinte años, la solicitud de permiso para el corte de leña y el pasto de los corderos.

Proseguía fray Bernardo:

«Además de todo esto, el Rey nuestro Señor, Felipe IV, que goce de Dios, el año de 1648, seis años después de la concesión de las cuatrocientas varas en cuadro, tomó el Patronato real de este convento, y porque entonces se estaba acabando la iglesia, se pusieron en la fachada las armas reales con toda magnificencia, como asimismo están grabadas en el altar mayor y otras partes del convento. Y en la misma escritura del Patronato hay varias cláusulas muy a favor de esta comunidad, para que en ningún tiempo se permita a ningún caballero el que ponga armas en este dicho convento; para cuyo fin dejó un juro de renta fija para la manutención de los religiosos; como asimismo fundó una capellanía por haber nacido el Príncipe Próspero, el día 28 de noviembre, día en que empezó nuestra gran Reforma por nuestra gloriosa madre santa Teresa de Jesús y nuestro padre san Juan de la Cruz, aunque en distinto año. Y la misa se estaba celebrando por el feliz alumbramiento de la Reina nuestra señora, con procesión solemne por el claustro, como se hace desde entonces todos los años en ese día; y en recompensa a los muchos favores que ha recibido esta comunidad por la real protección, se dicen todos los meses cincuenta y siete misas rezadas y cantadas, sin otros sufragios en común y particular que se hacen en esta comunidad por los Reyes nuestros señores».

«Por lo que verá V.R. que nada se debe a la Casa de Salvatierra; pues desde el dicho año del Patronato y concesión de las cuatrocientas varas en cuadro, siempre ha sido opuesta a estas regalías de los Reyes nuestros señores, por juzgarse señores de este territorio, y nunca lo ha acreditado.

No podemos negar que cuando nuestra gloriosa madre santa Teresa andaba deseosa de fundar convento para religiosos, don Rafael Velázquez Mexía, caballero de Ávila, le ofreció una casa que tenía en Duruelo, donde recogía los granos. La santa, deseosa de hacer su primer convento, vino a Duruelo, la vio, y aunque tan pequeña y desafeada, hizo su repartimiento de ella, como dice la misma santa, para hacer su primer convento. Poco permanecieron aquí los religiosos y dentro de dos años la desampararon. Éste es el único favor que se debe a la Casa de Salvatierra, porque queriendo la

religión volver a su primitivo origen de su Reforma, cuarenta años después, don Francisco Ovando, hijo de don Rafael Mexía, no nos quiso dar la casa que su padre nos había cedido franca y liberalmente, y fue preciso comprarla al dicho don Francisco Ovando, por su justo precio, como consta en la carta de venta que para en este archivo, año de 1616. También es cierto que don Francisco Ovando, Marqués entonces de Lorianá,⁶ el año de 1627, compró la jurisdicción, señorío y vasallaje de Duruelo y Bercimuelle, y estuvo y lo tuvo en posesión hasta el año de 1693, que por no haberlo pagado al Rey nuestro Señor, le despojaron de dicho señorío, como consta de testimonios que paran en este archivo. Todo esto lo he traído a la memoria para que V.R. tenga algún conocimiento de lo engañada que está la excelentísima Casa de Salvatierra, y cuán falso es lo que dice en su carta como se ve en el caso que voy a decir sobre la leña».⁷

Éste era precisamente el caso que hemos explicado y que dio lugar a la entrada de los frailes de Duruelo en el pleito. De fray Bernardo dijeron sus contemporáneos:

«Por haber sido procurador, muy experto en papeles, y por su inteligencia se volvió nuestro Real derecho a su primitivo ser y se redimió la vejación que padecía el convento hacía más de veinte años, teniendo que pedir licencia a la condesa para cortar leña y pastar los corderos».⁸

NOTAS

¹ Cfr. Cláusulas del testamento de don Antonio Gutiérrez del Mercado, a favor del monasterio de Duruelo, 1638. Relación manuscrita de 1669. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

² Tomado de una copia del «Testimonio que demuestra con evidencia no tener la Casa de Salvatierra jurisdicción y señorío alguno en Duruelo». Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

³ Copia del «Testimonio que demuestra con evidencia...» Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁴ General de la Reforma del Carmen desde 1790 a 1796. Llevaba el mismo nombre que el padre General que acabó sus días en Duruelo en 1649, como vimos en el capítulo anterior.

⁵ Este plano, a todo color, de 150 x 107 cm., se conserva en el archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁶ Aquí parece que fray Bernardo citó de memoria, pues en la relación escrita (pensamos que por el P. Juan del Espíritu Santo en el año 1646, ya que entonces era él prior y es extraño que no figure su nombre en ella), dice que quien compró la jurisdicción, señorío y vasallaje de Duruelo en el año 1627, fue el Marqués de Lorianana, nieto de Francisco de Ovando. Lo mismo en la relación «Traslado de un testimonio auténtico por el cual consta que el señor Marqués de Lorianana, al presente Conde de Salvatierra, no es señor de las villas de Bercimuelle y Duruelo». Esta relación está fechada el 10 de octubre de 1693, y en ella se dice: «A don Juan Velázquez Ávila de la Torre, Marqués de Lorianana, se vendió en 22 de enero de 1627». Confunde, en conclusión, el nombre del nieto con el del abuelo.

⁷ Tomado de una carta autógrafa del P. Bernardo de la Madre de Dios, referente al pleito que sostuvo la comunidad con la Casa de Salvatierra, sobre la propiedad del monte. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁸ De la misma carta autógrafa de fray Bernardo de la Madre de Dios; una mano extraña escribió ese texto, y al final las siguientes palabras: «Todos los prelados deberían leer esta carta».



La M. Maravillas y la M. Dolores decidiendo dónde emplazar el convento.

CAPÍTULO V

ÚLTIMOS AÑOS DE LOS FRAILES EN DURUELO

DEL año 1682 se conserva una Cédula Real, en la que Carlos II recoge cuantos privilegios concedió su padre, Felipe IV, «que gloria haya», al «Real Monasterio de nuestra Señora del Monte Carmelo de la villa de Duruelo», en las suyas de 1644, 1649, 1651 y 1656, «por la devoción que tengo a la gloriosa santa Teresa, y ser el primer convento que ella fundó de religiosos Descalzos». Asimismo, ratifica en esta cédula, larga y generosamente, el Patronato y todo lo que en él su padre concedió.

El 20 de junio de 1720, reinando Felipe V, a petición del prior y religiosos, se añade en la misma Cédula una página haciendo constar que por no producir ya la cantidad señalada por el Rey

«la renta de las Aduanas de los Almojarifazgos de Sevilla, se muda como lo dispuso la Real orden de su Majestad a la finca de alcabalas de la ciudad de Lorca, y que sus réditos se paguen del producto de ellas al dicho prior y religiosos del convento de Carmelitas Descalzos de la villa de Duruelo [...] Según estaba resuelto por la Real orden del señor Rey don Carlos II, que está en gloria, a consulta del Consejo, de 11 de agosto de 1693».¹

La expansión en el siglo XVIII de la Orden reformada es grande, y las fundaciones se suceden; hay figuras relevantes, o

grande, y las fundaciones se suceden; hay figuras relevantes, o por su santidad de vida, o por la influencia social que ejercieron. Los Generales y sus Capítulos resuelven o intentan resolver conflictos, fuera y dentro de los conventos. Duruelo sigue su vida silenciosa, mientras se hacen Constituciones nuevas para los padres y madres Carmelitas, que aprueba el Papa Pío VI. En la Orden hay dos Congregaciones independientes: la de Italia y la de España.

No, Duruelo no «es noticia». Duruelo es un oasis oculto a las miradas de los hombres, desde donde, como Moisés con los brazos en alto, se suplica a Dios misericordia para su pueblo. La vida de desierto, tejida de oración y penitencia, alterna con la atención a los pueblos vecinos, que fueron los privilegiados al recibir la doctrina de almas tan llenas de Dios.

De esta época se conservan también varios documentos. Uno de ellos, de marzo de 1719, referente a un traslado notarial, de la renuncia que de sus bienes hace fray Andrés de san José a favor de las Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, de la herencia recibida de una hermana suya a partes iguales, con dicho convento de madres Carmelitas. Se dice allí ser Provincial fray Bernardo de la Madre de Dios, y firman:

Fray Manuel de la Virgen. Prior de este Real Convento primitivo de Duruelo.

Fray Manuel de Santa Teresa. Suprior.

Fray Mateo del Santísimo Sacramento.

Fray Francisco de Jesús María.

Fray Juan de San Antonio. Procurador.

Fray Fernando de San Juan Bautista. Secretario del padre Provincial.²

En otro documento, firmado por el agrimensor José Cuadrado, constan, con todo detalle, las medidas del ejido donde pastaban los carneros del convento, que, según escribió al padre General, fray Bernardo de la Madre de Dios, en su carta del 28 de febrero de 1792, eran unas doscientas cabezas. Las tierras están medidas con todo detalle trozo a trozo, y, en resu-

men, son:

«La tierra que se disfruta los años nones hace: 12 y 1/2 huebras y 38 centiáreas.

La que se disfruta en los años pares: 10 huebras y 87 centiáreas.

El todo: 23 huebras y 68 centiáreas.

Con fecha de 30 de enero de 1761».³

Tristes sucesos para España nos trajo el siglo XIX. La Orden del Carmen tampoco se vio libre de estos penosos acontecimientos.

En 1808, cuando se inició la invasión francesa en nuestra patria, parecía que la paz de Duruelo no se vería perturbada. Pero no fue así. Al haber disuelto las órdenes religiosas el gobierno de José Bonaparte, los frailes que quedaron en Duruelo, por precaución, realizaban sus ministerios en traje de sacerdote secular, y todo se redujo a amenazas, sin llegar a mayores atropellos.

Los objetos de culto como custodias, cálices, copones, algún terno de más valor, la corona de la Virgen del Carmen, la vara de san José y algunas otros objetos de plata, se las había llevado a Ciudad Rodrigo el padre Armengol,⁴ pensando que el convento de Duruelo, al estar tan solitario, corría mayor peligro que los otros. En 1809 los desalmados invasores, que no respetaban nada de lo que encontraban a su paso, se llevaron cuanto hallaron al entrar en aquella ciudad. También Duruelo quedó arrasado. Fueron violentadas las cerraduras, rompieron puertas, etc. El convento fue saqueado, y los objetos de valor que los vecinos de los pueblos cercanos habían depositado en el monasterio para que los guardasen los frailes, desaparecieron en manos de la soldadesca que, además, apaleó brutalmente a aquellas pobres gentes. Los religiosos fueron maltratados, y el hermano Bernardo estuvo a punto de ser ejecutado y correr la misma suerte que el párroco de Mancera de Arriba, que fue asesinado por la soldadesca. El lugarcillo de Duruelo, aunque por poco tiempo, quedó sin frailes.

Después del saqueo, seguramente en una visita al devas-

tado convento, uno de los frailes escribió la siguiente nota:

«Si ocurriese con el tiempo ser necesarios los sellos de plomo que estaban pendientes de las cartas de pergamino de la Fundación Real, los he visto, después de la guerra, sueltos o apartados de los cordones, en uno de los cajones, y se hallarán si se buscan, me parece que en éste o en el inmediato de las Bulas.

Fray Juan de la Cruz».⁵

Las crónicas del Carmelo Descalzo tienen muchas cosas de qué ocuparse, y no encontramos en sus páginas detalles de lo que a nosotros tanto nos interesaría. ¡Es tan pequeño Duruelo!

Llegó Fernando VII. En fecha 20 de mayo de 1820, promulgó un decreto en el que devolvía a las órdenes religiosas sus conventos y propiedades. Pero ¡qué difícil resulta volver a la observancia! La vida religiosa está también débil y enferma, casi agonizando.

Ya sabemos cómo dejaron el convento a su paso los soldados de Napoleón. Nuestros frailes, en cuanto pudieron, volvieron a su convento y siguieron su ministerio en los pueblos vecinos. Nos queda algún recuerdo, como una partida de la parroquia de Blascomillán, cuya copia llegó a nosotras por medio de un descendiente de los contrayentes, Justo Díaz, tan ligado a nuestro Carmelo. Dice así:

«En trece días del mes de enero de este año de 1830, fray Juan de Santa Teresa, religioso Carmelita Descalzo, residente y morador en el santo y primitivo convento de Duruelo y ecónomo en ésta de Blascomillán, desposó por palabras de presente, que hacen verdadero sacramento del matrimonio, a Gerónimo Sánchez, de estado soltero, natural de éste de Blascomillán, hijo legítimo de Antonio Sánchez, natural de Herreros de Suso, y de Ana García, natural de éste de Blascomillán, con Teodora Rodríguez, del mismo estado y naturaleza, hija legítima de Diego Rodríguez, vecino de este pueblo y natural de Salvadiós, y María Sánchez, ya difunta, natural de éste de Blascomillán. Precedieron los debidos consentimientos según Pragmáticas reales. Se leyeron las tres canónicas moniciones, al ofertorio de tres misas conventuales, que fueron día tres, día seis y diez de este mes, en que se celebró la octava de san Juan Apóstol y *Dominica Vacat*, la Epifanía del Señor y *Dominica infraoct. et V post Epiph.* De cuya lectura no resultó impedimento

alguno. Fueron examinados y aprobados en Doctrina Christiana. Confesaron y comulgaron en este mismo día de la fecha. Testigos, don Pablo Sánchez, Pedro Sánchez y Leandro Sánchez, con otros vecinos de este pueblo donde por verdad lo firmo fecha *ut supra*

Fray Juan de Santa Teresa, Ecónomo».(Rubricado)⁶

Esta partida de matrimonio nos demuestra que Duruelo subsistió, a pesar de los pesares, y que aunque no sabemos cuántos, allí seguía habiendo frailes dedicados a la contemplación y penitencia, ahora en más estrechez y pobreza que antes, en una vida quizá más parecida a aquellos principios de la Reforma de su santo padre Juan de la Cruz.

Por las tristes consecuencias que trajo para las órdenes religiosas de España, apuntamos aquí cómo en el año de 1835, en la minoría de edad de Isabel II, el ministro de Hacienda, Juan Álvarez de Mendizábal, promulgó una ley por la que quedaban suprimidos todos los conventos que tuvieran menos de doce religiosos profesos. En estos decretos, llenos de razones, no se pretendía más que llegar a esta conclusión: hacer desaparecer definitivamente todas las órdenes monásticas en España. La «Ley de Desamortización» de Mendizábal, promulgada el 9 de marzo de 1836, suprimía todas las órdenes religiosas de varones y restringía el número a las de religiosas. El gobierno se incautó de todos los bienes de dichas órdenes, poniendo a la venta los exiguos bienes que poseían.

Duruelo corrió la suerte del resto de los conventos de España. Los frailes tuvieron que salir en huida de su ya bastante destartado convento.

Al desaparecer el monasterio de Duruelo, las imágenes se repartieron entre los pueblos de los alrededores. Sabemos que en Gimialcón está la imagen de nuestra Señora del Carmen, tan venerada por los religiosos y por las gentes del lugar, que presidió durante tres siglos la iglesia.

En la parroquia de Blascomillán se encuentran las imágenes de san Elías profeta y de santa Teresa. La tradición de estos

dos pueblos, los más cercanos y vinculados al convento de Duruelo, discrepa entre sí. Los vecinos de Blascomillán, muy amantes de la santa y de san Elías, cuentan su historia de esta manera. Al abandonar los frailes Duruelo, tocaron a rebato las campanas del convento. Era la señal convenida de antemano. Quien primero llegase, podía llevarse de la iglesia lo que quisiera. Montados en sus caballos, salieron rápidamente hacia Duruelo los hombres de Blascomillán, al igual que los de Gimialcón, llegando éstos los primeros. Se llevaron la imagen de la Virgen del Carmen y dejaron la de santa Teresa, porque en Gimialcón, según se decía, la santa se había sacudido el polvo de sus sandalias.

Poco después llegaron los de Blascomillán, y se llevaron la imagen de la santa, pues es tradición del pueblo que ésta, cuando buscaba el pajar de don Rafael Mexía, la primera vez que fue a Duruelo, había descansado en una piedra que hay en la plaza, y en agradecimiento a la acogida que le dispensaron los vecinos, prometió que nunca caería pedrisco en sus campos, como se ha visto cumplido hasta la fecha. Se llevaron también la imagen de san Elías, a la que tienen gran veneración. Al santo acuden los años de sequía, pidiéndole la lluvia. Lo sacan en procesión, al compás de unas coplillas antiguas, y el santo profeta oye siempre sus peticiones.

Algunos vecinos de Gimialcón aseguran no haber cogido ellos la imagen de la Virgen de la iglesia de los frailes, sino que se la encontraron, tirada y deteriorada, en un puente. Ellos la restauraron, y desde entonces la veneran como su Patrona.

Es don Teodoro Rodríguez Ortega, capellán del hospital de Ávila, el que nos cuenta que hay una imagen de san José en san García de Ingelmos. Es una talla de unos sesenta centímetros, muy bonita. La imagen, que podría ser de la escuela de Berruguete, representa al santo Patriarca con aspecto de labrador de estas tierras. La tradición cuenta que fue entregada a la parroquia de dicho pueblo por la mujer que hacía los recados

a los frailes. Dicen que cuando se la dio al párroco, lo hizo con lágrimas en los ojos, diciendo: «Adiós, mi san Josefito». Los frailes, al marcharse, se la habían entregado, junto con un Cristo, que se guardó en una casa particular del pueblo. Según se cree, no hace mucho los dueños la vendieron a un comerciante.

En Mirueña se halla un crucifijo en el retablo de una pequeña capilla. Como detalle curioso diremos que tiene los clavos iguales a los del Cristo que dibujó san Juan de la Cruz. Se encuentra también otra imagen de talla, grande y muy hermosa, de san José.

En los libros de actas de bautismos de las diversas parroquias, se registran las firmas de los carmelitas de Duruelo.

En el pueblo de Mancera de Arriba hay otro detalle curioso. En una casa de labradores, sobre una puerta de estilo castellano, se lee este letrero: «Esta puerta está traída de Duruelo».

Del resto de los objetos de culto no tenemos noticia.

Sólo en pie, como reclamo, aunque con la iglesia derruida, quedó el convento, aquél que se construyó con tanto sacrificio y con las limosnas de reyes y bienhechores, aquél que fue testigo de tantas virtudes y penitencias de los hijos de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Desde entonces pasó a ser propiedad del Estado y fue puesto en almoneda.

NOTAS

¹ Cédula Real de 1682, del Rey Carlos II, ratificando las anteriores Cédulas de su padre, el Rey Felipe IV. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

² Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

³ En hectáreas equivaldría a unas once, aproximadamente. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁴ Mercedario que capitaneaba una guerrilla contra el ejército de Napoleón.

⁵ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁶ Este documento se encuentra en el archivo diocesano de Ávila.

Segunda Parte

LAS CARMELITAS DESCALZAS EN DURUELO

Institución Gran Duquesa de Alba



Institución Gran Duque de Alba

CAPÍTULO VI

DIOS LLEVA LAS RIENDAS

EL 18 de julio de 1936, exactamente un siglo después de la desamortización de Mendizábal, estalla en España la Guerra Civil. Duros y dolorosos fueron aquellos años, cargados de odios y fanatismos, especialmente contra todo lo que llevase el signo de la religión.

Si durante la persecución romana de los primeros siglos del cristianismo fue frase lapidaria: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos», bien podemos decir que en la España del siglo XX la sangre de los mártires de esta guerra fue semilla que dio cosecha abundante de vocaciones.

LA MADRE NO FUE PROFETA

En 1939, recién acabada la contienda, es priora del Carmelo del Cerro de los Ángeles la madre Maravillas de Jesús. Ella y sus hijas se ocupan en la dura tarea de sacar escombros, basura e inmundicias de su destrozado convento. Al anochecer pasean por la explanada del Cerro, ya solitario. Allí están las ruinas del Monumento al Corazón de Jesús, que tan sacrílegamente voló la dinamita de unos pobres desgraciados que odiaban a Dios.

Hablan de las hermanas que han dejado en Batuecas. En este lugar había quedado un nuevo Carmelo, una nueva fundación que había surgido inesperadamente. De distintos puntos de España, cuando aún no había terminado la guerra, habían acudido jóvenes pidiendo a la madre ser admitidas allí. Y el noviciado era ya muy numeroso. El señor Obispo de Coria-Cáceres pidió a la madre Maravillas que dejase en Batuecas la mitad de la comunidad.

La separación de aquellas hermanas fue para todas particularmente dolorosa, después de haber pasado esos años tan íntimamente unidas, primero en los peligros y sufrimientos del Madrid rojo, y después en el descanso reparador del desierto de las Batuecas.

Hablan también de sus hermanas de la India, la fundación que salió del Cerro a petición de fray Buenaventura Arana, O.C.D., en septiembre de 1933.

Son desgarrones dolorosos, y la madre, en un desahogo del corazón, dice: «Hijas, ya no volveremos a hacer ninguna fundación más».

Pero es Dios quien lleva las riendas.

«Si tú le dejas» es el título que lleva la segunda obra sobre la madre Maravillas de Jesús. Este nombre sintetiza a la perfección lo que fue su vida. En este libro y en «Semblanza», la primera biografía que sus hijas escribieron, se refleja con toda autenticidad cómo llevó a la práctica aquello que repetía tanto a sus monjas: «El Señor tiene las riendas de mi vida, y yo feliz de que las tenga y las lleve por donde quiera».

Por eso, cuando aún no han pasado dos años de aquel paseo por la explanada del Cerro, no duda en seguir, sin la menor resistencia, la dirección que Dios quiere dar a su camino. Deja que Él lleve las riendas de su vida, con la paz del que sabe conocer la voz de su Señor, porque siempre está a la escucha.

La madre ha oído en su interior palabras sustanciales que le abren horizontes nuevos. En especial, con aquéllas de «Mis

delicias son estar con los hijos de los hombres», ha comprendido que Dios le pide almas que se le entreguen, porque en ellas tiene su consuelo. El Señor le ha hecho ver claramente que esas gracias extraordinarias que de Él recibe, no son sólo para ella, sino para que pueda guiar a sus hermanas; quiere que le prepare almas amantes, donde Él, a su vez, pueda descansar.

LES VOY A DAR UNA NOTICIA

El 23 de marzo de 1941 la madre Maravillas escribe así a la madre Mercedes del Sagrado Corazón, priora del Carmelo que quedó en Batuecas:

«Les voy a dar una noticia, pero sólo para las profesas. Sólo, sólo, por amor de Dios. No me sufre el corazón que no sepan algo importante nuestro. El padre Torres¹ quiere a todo trance que hagamos otra fundación, en vista de que prevee tantas vocaciones y que ni ahí ni aquí hay ya casi sitio. ¿El sitio? De hacerlo nos gustaría, ¿saben qué? Pues Duruelo... Claro, esto es soñar, pues no sabemos ni en qué condiciones está, ni si lo querrán vender, ni nada, pero sería precioso, la "Cuna" de la Orden. Si no se pudiese Duruelo, también nos gustaría Mancera, y, si no, algún santuario de la Virgen. En fin, pidan mucho, que lo único importante es cumplir la voluntad de Dios y darle gloria, y no nuestro consuelo. Los padres -carmelitas- aún no saben nada de lo de Duruelo, hasta ver si puede ser o no. Sólo lo dije así, en globo, a nuestro padre Silverio, y le entusiasmo».²

¿Cómo surgió la idea de Duruelo?

Por esta época se leen en el refectorio del Cerro de los Ángeles las Crónicas de la Orden. Aquel día tocaba precisamente la primera fundación de Descalzos en Duruelo. Al salir del refectorio, la hermana Dolores de Jesús, que era para la madre un verdadero apoyo y descanso, con gran confianza y llena de entusiasmo le dice: «Madre, ¿no podríamos recuperar Duruelo? ¿Por qué no hacer allí la fundación?» Al oír estas palabras, la madre Maravillas se impresionó, pues había senti-

do el mismo deseo. Cuando después contaba este episodio a sus hijas, en su humildad decía que la idea de Duruelo se debía a la hermana Dolores. Y, refiriéndose a los trabajos de las fundaciones, comentaba: «Las hermanas Dolores e Isabel lo hacen todo, y luego yo salgo a saludar».

Verdaderamente tenía en estas dos hermanas, dotadas de extraordinarias cualidades y virtudes, un gran apoyo. Siempre supieron secundarla y servirle de valiosa ayuda en todas las obras que emprendió por la gloria de Dios. La hermana Isabel hacía los planos, dirigía las obras, etc., hasta el punto de que, cuando otras hermanas acudían a la llamada de los obreros, éstos reclamaban a la hermana «arquitecta», pues así la consideraban.

La hermana Dolores, desde su entrada en el Carmelo, fue su consejera y enfermera. La acompañó en todos sus viajes fundacionales, excepto en una ocasión, y vivió durante treinta y nueve años sin separarse jamás de ella, permaneciendo a su lado como fiel colaboradora, hasta la muerte de la madre Maravillas. Tenía esta hermana una prudencia exquisita, una gran inteligencia y, sobre todo, tenía el don de la humildad, de tal manera que sabía quedar siempre en segundo plano, pasando inadvertida, además de una marcada mansedumbre y magnanimidad que la caracterizaron toda su vida. A la muerte de la madre Maravillas en el convento de La Aldehuela, la comunidad la eligió priora y la Asociación de santa Teresa, presidenta. Hoy los conventos fundados por la madre vuelven los ojos, con veneración y agradecimiento, a quien sirvió de tanta ayuda y consuelo para la madre Maravillas en todos sus trabajos.

Pero sigamos la historia. La idea de Duruelo fue madurando a medida que aflúan las vocaciones al Carmelo del Cerro, y el 22 de junio de ese mismo año de 1941 la madre Maravillas pide al señor Obispo, en una visita que éste hizo al Cerro, el permiso necesario para salir de clausura con objeto de visitar Duruelo. Una vez obtenido, escribe también al señor

Nuncio de Su Santidad, con la ilusión de poder entrar, de camino a Duruelo, en el monasterio, tan querido para ella, de La Encarnación, de Ávila, que había pasado recientemente a la Descalcez.

Entre otras cosas, dice así:

«En vista del gran número de vocaciones que se nos presentan, nos piden que hagamos una fundación, y desean que sea donde establecieron el primer convento de padres Carmelitas Descalzos que fundó nuestra santa madre Teresa. Por ver si el lugar reúne las condiciones necesarias, desean que lo visitemos antes de adquirirlo y solicitar la autorización de la Santa Sede. Como nuestras Constituciones dicen que para ver los emplazamientos de las nuevas fundaciones puede dar la licencia el señor Obispo, ayer, que estuvo en el Cerro, me la concedió, y como tengo que pasar, con la religiosa que me acompaña, una noche en Ávila, mucho agradecería al señor Nuncio que nos concediese licencia para pasarla dentro del convento de Carmelitas Descalzas de La Encarnación, y si esto no pudiese ser, por lo menos para visitar la clausura, que tantos recuerdos de nuestra santa madre encierra, ya que no pudimos hacerlo cuando vinimos al Cerro desde Batuecas».³

Ahora quizá nos sorprenda que para ir a Duruelo desde Madrid sea necesario hacer noche en Ávila. No olvidemos que estamos en el año 1941. Los trenes son malos, los viajes son duros, incómodos, de largas horas. Las monjas suelen ir, por pobreza, en vagones de tercera. Si van en coche, como muchas veces éstos son de gasógeno, hay que bajarse al subir las cuestas, pues el vehículo no es capaz de superarlas. Nada de autopistas, ni túnel de Guadarrama, ni autocares, ni trenes veloces. Aunque son mejores que los carros o mulas de 1568, están lejos de las comodidades actuales.

LA PRIMERA VISITA

El día 25 de junio de 1941 hace la madre, con la hermana Dolores, la primera visita a Duruelo. Van acompañadas por el padre Valentín de San José, Provincial de los Carmelitas Des-

calzos de Castilla, una sobrina de la madre y la hermana de la hermana Dolores, que los lleva en su coche. A la vuelta del viaje dejaron al padre en Ávila, en el convento de la Santa, y las monjas pasaron la noche en el monasterio de La Encarnación.

El 15 de julio escribe a Batuecas para contarles:

«De Duruelo sólo les diré que hay muchas dificultades, porque los dueños piden el oro y el moro. Es una preciosidad de recuerdos, y el convento, aunque por dentro no sirve para nada, todo lo exterior y el claustro está intacto. Fue un convento hecho, creo, que unos cincuenta años después de la muerte de nuestro santo padre, pero el sitio, como le digo, da mucha devoción. Hicimos noche en La Encarnación, y no tiene ni idea qué monada de monjas y lo que gozamos allí. Nada en la vida me ha dado tanta devoción».⁴

Doña Catalina Urquijo de Oriol había conocido a la madre Maravillas antes de que ésta entrara en el Carmelo. Esta señora fundó la revista cultural «Voluntad», y Maravillas colaboraba en esta publicación. La madre tuvo siempre una gran confianza con ella y encontró una valiosa ayuda en muchas de las obras que Dios iba poniendo en sus manos. Doña Catalina tiene ahora, además, una hija en el Carmelo del Cerro de los Ángeles. La madre Maravillas le escribe varias cartas sobre Duruelo. El 20 de enero de 1942 le dice:

«Mucha ilusión me hizo la estampita que me mandaste de Duruelo; la tengo en el breviario para pedir a los santos padres que ellos arreglen el que en ese lugar tan santo, verdadera reliquia de nuestra Sagrada Orden, vuelvan a oírse las continuas alabanzas del Señor, que con tanto fervor resonaron en aquella soledad y que fueron las primeras de nuestra Reforma. No me acordaba yo que justamente este año es el centenario de nuestro padre San Juan de la Cruz. ¡Mira que si en él se llegase a realizar, y pensar que en cierto modo sería otro San José de Ávila, en cuanto a nuestro padre San Juan de la Cruz se refiere...! La cosa no se presenta bien, pues habiendo encargado que indagaran un poco si sería fácil volver a vender lo que no necesitamos, me envían estos datos que te mando para ver qué le parece a José Luis. El total de la finca es de mil seiscientas huebras, y nosotros sólo necesitaríamos el convento y la huerta, que tiene tapia, y que viene a ser como la que aquí teníamos. El sitio es muy de Castilla y precioso».⁵

La madre, agradecida a su generosidad, les alienta a seguir colaborando. En carta del 2 de febrero, escribe:

«Yo no sé por qué me parece que la dilación puede ser perjudicial al asunto. A mi me impresiona que el Señor quiera valerse de nosotros, y aquí van incluidos ustedes, naturalmente, para una obra de tanta gloria suya y de la Orden de su Santísima Madre. ¡Cómo les mirarán nuestros santos padres desde el cielo! Reconquistar este rinconcito de tierra que fue tan santificado por nuestro santo padre, y con tanto amor escogido por nuestra santa madre, que decía, contando la visita que a poco de fundado hizo allí, que era de los ratos mejores que había pasado en su vida. Dios os lo recompense todo con la abundancia de su gracia y de su amor».⁶

Las dificultades arrecian, y la madre Maravillas sigue haciendo gestiones e intentando recuperar aquella reliquia de sus santos fundadores.

IRÁ CONTENTA A MANCERA

Sin embargo, todos los esfuerzos fueron inútiles y no se pudo llegar a un acuerdo con los propietarios de Duruelo, que no querían vender la finca sino entera. La madre Maravillas, tan acostumbrada a dejarse llevar por las manos de la Providencia, buscando sólo la gloria de Dios y su voluntad, siguió dócil la dirección que ella le marcaba hacia el vecino pueblo de Mancera de Abajo, aquel del señor de las Cinco Villas, donde se trasladó, como vimos, la primitiva comunidad de Duruelo. Dios lleva las riendas. Si Él no quiere Duruelo, la madre irá contenta a Mancera.

Tenemos que renunciar a contar pormenores de esta fundación, que nos llevaría muy lejos en nuestra historia. Sólo diremos que el día 30 de abril de 1944 llegaban siete carmelitas para empezar la vida Descalza en este nuevo palomarcico, construido sobre las ruinas del primitivo convento de frailes que, en 1570, levantó a sus expensas don Luis de Toledo, señor de las Cinco Villas.

Las fundadoras fueron: la madre Maravillas de Jesús, y las hermanas Josefina de Santa Teresa, Isabel de Jesús y Dolores de Jesús, profesas solemnes, más tres novicias: las hermanas Pilar de la Santísima Trinidad, Esperanza de la Madre de Dios y Margarita del Niño Jesús, ésta última de velo blanco (así se llamaban en el Carmelo las hermanas no coristas). Han entrado en el convento, aunque todavía las obras no están acabadas. La iglesia está aún sin empezar. Apenas hay lo indispensable para poder instalarse.

El día 29 de octubre de 1944, fiesta de Cristo Rey, entra la primera novicia, hermana Magdalena de Jesús. Antes de concluir el año la comunidad estaba completa.⁷ Sin duda, Dios bendecía aquella nueva fundación.

El día 1 de diciembre de ese mismo año se inauguró la iglesia con toda solemnidad, casi tanta como en aquel 11 de junio de 1570. Han acudido numerosos Carmelitas Descalzos: los priores de Ávila, Alba, Salamanca, otros padres de los conventos de la Provincia de Castilla, y también los colegiales o hermanos estudiantes. Van con sus capas blancas, como un revuelo de palomas del palomar de Teresa. Han gozado lo indecible en la celebración. El padre Evaristo de la Virgen del Carmen recorrió todo el convento asperjando y bendiciendo hasta el último rincón. Para la madre lo más emocionante fue la procesión con el Santísimo Sacramento. Ha sido un día de gloria para el Carmelo.

UN VERDADERO EXPLOSIVO

Aquella tarde, cuando todos se van marchando, se queda rezagado el padre Anselmo de Santa Teresa, O.C.D., hermano de la hermana Josefina y del futuro General de la Orden, padre Silverio de Santa Teresa, para decir a la madre: «¡Duruelo se vende!» No sabe detalles, sólo sabe que Duruelo está en venta.

El 5 de diciembre, aún con la miel en los labios del recuerdo de tan inolvidable día, llega una carta del padre Anselmo, que contiene un verdadero explosivo. La madre Maravillas se lo comunica a las hermanas. Ella no tiene dinero, pero enseguida piensa en sus hijas del Cerro. Es priora de aquella comunidad la madre Magdalena de la Eucaristía. Alma grande si las ha habido, colaboradora siempre y confidente de la madre, con quien estaba, aunque con un carácter bien distinto, fuertemente compenetrada. Esta compenetración se basaba en la sintonía de sus vidas, totalmente dominadas por el mismo ardiente amor a Cristo y a las almas. La madre Magdalena de la Eucaristía supo hermanar la austeridad carmelitana con el donaire y la gracia chispeante, pero nunca hiriente, sino llena de caridad, de contagiosa alegría.

La madre Maravillas, cuando hablaba de ella, no tenía que decir a boca llena que era una carmelita que desde el principio se había «tirado de cabeza» a la santidad. Llega a escribir a una de sus hijas, que iba con la madre Magdalena a la fundación de Aravaca:

«Déle gracias al Señor de su alma, que con tanta predilección la ama, le concede la gracia de ofrecerle cuanto tiene, y en cambio, hija mía, le va a dar tantos bienes. Mire que por Dios ella no se entere que digo esto, pero ¿sabe lo que es vivir con una santa auténtica, tenerla por madre, que ella la forme y la lleve a Dios? Aprovechese bien de lo mucho que va a tener y viva sólo, sólo para Cristo nuestro Bien».⁸

¡Claro que sabía esta hermana lo que era vivir con una santa auténtica! Llevaba viviendo con la madre Maravillas desde su entrada, nueve años seguidos. Pero, los santos ¡son así!

Aunque parece que nos distraemos un poco de nuestra historia, nos hemos detenido en narrar pequeñas semblanzas de estas hermanas, porque fueron piedras fundamentales en la fundación de Duruelo, y es bien que el lector conozca algo de ellas.

Así, ese día 5 de diciembre la madre, quizá ya bien entrada la noche, como suele, mientras las hermanas descansan, toma la pluma y escribe a la madre Magdalena:

«La bomba es que me escribe hoy el padre Anselmo que ha adquirido Duruelo la Federación Agraria Católica para parcelarlo entre los pueblos limítrofes, y le han dicho que, como verían con mucho gusto que la "Cuna" de la Orden vuelva a los carmelitas, les donan el sitio que les interese en veinticinco mil duros. El padre me escribe todo emocionado y temiendo digamos que no. Me hace ver cómo es ocasión única, pues de no aceptar, lo parcelarán enseguida. No es todo, yo creo, pues Liaño no ha vendido, pero medio convento y la huerta sí. ¿No les parece que se compre con lo de M^a Teresa, que así lo especificó? Pero habría que ver en qué forma lo dispuso. Hay que contestar enseguida, pues sólo esperan hasta el 22 de éste, pues por ser cosa así han de empezar enseguida la parcelación. A mí se me ocurre decir que sí, que lo comprenden y luego ver lo que se hace: que se lo queden los padres, o que vayan de otro convento. Realmente estaría muy bien en ese sitio, donde con tanta pobreza empezó la Reforma, pero por otro lado, ¿no será un sitio demasiado importante para nosotras, que queremos desaparecer por completo? Medítelo delante del Señor y dígame enseguida su opinión. Nos lo habían ofrecido por tres sitios, pero en millón y medio. Parece ser que pidieron dos millones, y la Federación les hizo bajar medio.

¿Qué querrá el Señor? Que nos lo haga ver, pues sólo queremos darle gusto. El padre, asustado, dice: "¡Si hubiese sido hace dos años!" Esto lo ha querido el Señor así, no cabe la menor duda, y el ver cómo está el pueblo..."⁹

Así era. Una cuarta parte de la finca de Duruelo, perteneciente a don Alfonso Bernáldez Ávila, había sido adquirida por la Caja Rural de Ávila, para una cooperativa de Blascomillán (la Federación Agraria Católica). Dentro de estos terrenos comprados por la Caja Rural se encontraba la mitad del antiguo convento de los padres Carmelitas, con varias dependencias (la otra parte del convento pertenecía a la familia Liaño), y el terreno en que estuvo enclavada la antigua iglesia de los padres. Como la Federación Agraria Católica pretendía parcelar el terreno adquirido entre los pueblos limítrofes, no tenía interés más que por las tierras de labor; de ahí las facilidades que da a la Orden para adquirir estos santos lugares.

La madre Magdalena contestó a la madre Maravillas a vuelta de correo que, con dinero o sin él, dijera que sí. La madre, el día 13, vuelve sobre el mismo tema:

«De Duruelo pensamos como VV. RR. Yo creo que lo primero, ofrecérselo a los padres, que parece se impone. He escrito al padre Anselmo que me dicen VV. RR. que en principio sí, que harán lo posible e imposible por reunir los veinticinco mil duros por que no se nos pierda ese lugar santo, pero que como sólo será medio convento, y la huerta antigua es también del otro dueño, tendrían que dar terreno suficiente para hacer huerta, etc., pero que de todo eso trate con VV. RR. directamente. También le digo que una vez adquirido veremos qué quiere el Señor allí. Yo creo que debe escribir V.R. al Provincial. Tal vez mejor pedirle que vaya al Cerro y ofrecérselo, que al fin y al cabo muy bien estarían ellos. Esto piénsenlo bien, pues como dice V.R., sería una pena no lo hiciesen con el espíritu primitivo. La hermana Dolores le dice —al padre Anselmo— todo lo que pensamos. Un poco difícil parece ahora tan pronto otra fundación, pero el Señor es el que ha puesto así las cosas. Entre los tres conventos sí que se puede hacer».¹⁰

Y de esta manera, cuando menos lo esperaban, la providencia de Dios vuelve a poner Duruelo en los caminos de madre Maravillas. Cuando el Señor coge libremente las riendas de una vida, las lleva «no sabiendo», en lenguaje sanjuanista. «Si tú le dejas»... Y la madre se dejó siempre hacer por Él.

Aunque la vida del reciente Carmelo de Mancera de Abajo acaba de iniciar su andadura en 1944, no vemos ahora en la madre Maravillas aquel temor de la falta de monjas «hechas», que dice en sus cartas, cuando pensó fundar en Duruelo el año 1941. ¿Qué querrá el Señor? Y se deja llevar. Lo único que quiere es darle gusto.

Las primeras Navidades en Mancera están llenas del aroma del campo castellano, de encinas y chaparros, montecillos y romeros que supieron de los amores divinos de aquel frailecico enamorado. Las monjas las pasan felices y alegres, a pesar de los intensos fríos de aquellas tierras. Pero cuando hay amor de Dios, como en aquél que pisó sus senderos con pies descalzos y corazón ardiente, Juan de la Cruz, todo se hace fácil.

En la mente de todas está Duruelo. En las fiestas y coplillas de esos días no pueden faltar los santos Reformadores. Las monjas se sienten privilegiadas de estar en estos lugares, santificados por ellos.

Sin sentir, como suele pasar en el Carmelo, se encontraron metidas de lleno en el año nuevo de 1945. Aún en plenas fiestas navideñas, la madre se ha puesto a escribir de lo que tan en el corazón lleva. Ahora se dirige al padre Evaristo de la Virgen del Carmen, O.C.D., a quien con frecuencia acude para consultar diversos asuntos. La carta es del 3 de enero, y en ella le dice:

«No sé si estará enterado, padre, que hace poco menos de un mes, dos o tres días después de la inauguración de nuestra iglesia, me escribió el padre Anselmo para decirme que la Federación Agraria de Ávila había adquirido Duruelo para parcelarlo entre los pueblos limítrofes, y sintiendo que ya desapareciera definitivamente ese lugar venerado, lo ofrecía a la Orden; es decir, la parte del convento, en veinticinco mil duros. Lo comunicamos a las madres del Cerro, diciéndoles que si es que podían comprarlo, lo hiciesen, y luego se lo ofreciesen a nuestro padre Provincial por si querían hacer allí una fundación, y en caso de que esto no pudiera ser, ver si se decidían ellas a hacerlo, para lo que podrían tomar alguna monja de Batuecas y de aquí, pues, aunque no nos venga bien en estos momentos, Duruelo no puede perderse, aunque sea a costa de los mayores sacrificios. Ya ha debido de hablar la madre Magdalena del Cerro, donde lo han tomado con muchísimo entusiasmo, con nuestro padre, pero en el caso, muy probable, de que nuestro padre nos diga que VV. RR. no pueden aceptarlo, quería yo preguntarle algunas cosas. Me parece sería necesario ver el sitio que dan, pues como es sólo una parte la que han vendido, y por lo tanto sólo medio convento, había que ver en qué otro de los edificios allí existentes podría colocarse la comunidad, qué daban para huerta; en fin, varias cosas que sería necesario ver sobre el terreno.

¡Qué cosas, padre! Aquí también ha venido el pueblo de Blascomillán a pedimos que vayamos a Duruelo, y antes tanto como lo procuramos».¹¹

AUNQUE CUESTE SANGRE DEL CORAZÓN

Este mismo día 3 escribe a la priora de Batuecas. Le cuenta todo con detalle:

«Lo va a comprar el Cerro, que no saben cómo están de generosas, no sólo de lo material sino de personal y de todo. Dice que se las pongo por ejemplo, pero realmente era para ponerlas a cualquiera, pues después del desgarrón tan tremendo que han tenido y de lo contentas que están y encajadas ahora con la madre Magdalena, que está cada vez más santa y encantadora, todas me escriben ofreciéndose tan de corazón, y ella no digamos. Realmente, ¡qué importa todo nuestro gusto ni nuestro dolor, con tal de agradar y consolar al Señor! Como realmente nos viene tan mal ahora otra fundación, que tendría que ser de los tres conventos, se lo he ofrecido a los padres, que realmente si la quisieran sería lo natural, pero si ellos no la quieren, pues iremos nosotras, que no se va a dejar perder. Sin duda el Señor quería aquí este conventico, pues no ha permitido se arreglase esto hasta que éste ha estado fundado, y como sólo queremos darle consuelo, pues mejor, que así hay un Carmelo más, aunque cueste sangre del corazón».¹²

Fecha el 4 de enero, llega a Mancera una carta del señor Obispo de Ávila, don Santos Moro. De él decía el de Salamanca, don Francisco Barbado, que tenían en Ávila un Obispo que se llamaba Santos y que realmente lo era.

«Es lástima —le dice— muy grande que esta oportunidad no se haya ofrecido antes. Si a pesar de todo, ven Vds. posibilidad de que pase a ser propiedad de ese monasterio o de otra entidad religiosa, les agradeceré me lo indiquen con la posible diligencia».¹³

La madre da cuenta de esta carta a la madre Magdalena el día 7, comentándole que no ha vuelto a saber nada del padre Anselmo, ni de las diligencias que haya podido hacer, pues le dijo que tratara todo con la priora del Cerro.

El 22 de enero vuelve a escribir a la misma:

«El padre Evaristo ha estado con el señor Obispo de Ávila y todo va muy bien; parece ser que tienen muchísimo interés en que vayamos a Duruelo, pero me dice que quizá sea mejor una vez que haya hablado con el señor Obispo de nuestro caso, que esperemos un poco para la venida de VV. RR., porque temen que suban el precio los del pueblo, aunque parece ser que la idea del presidente del sindicato, que es buenísimo, ha sido más que nada para que Duruelo volviese a la Orden».

Y continúa más adelante:

«El padre Evaristo habla muchísimo y con grandísima ilusión de Duruelo; dice que no sabe si será el resurgir de la Orden en el espíritu primitivo, en fin, está loco».¹⁴

Pocos días después, el 27 de enero de 1945, el Vicario de Religiosas de Madrid se dirige a las carmelitas del Cerro, en nombre de su Obispo:

«Su Excelencia ve con gran satisfacción el proyecto de la fundación de Duruelo, para lo que, en cuanto de él depende, concede a Vds. autorización para llevarlo a efecto y para que, según sus Constituciones, puedan salir las religiosas cuantas veces sea necesario para visitar las proyectadas obras. Mucho me alegraré, por lo que a mí toca, que la erección de un monasterio carmelitano perpetúe la memoria de lugar tan santo y de tanta gloria para la historia religiosa de nuestra patria, y en especial de la gloriosa Reforma del Carmelo. Firmado: E. González, Pbro.»¹⁵

La madre Magdalena se apresura a comunicar a Mancera la respuesta del Obispado, y la madre Maravillas, al recibir la carta del Cerro, escribe a don Santos el día 31 de enero, para darle cuenta de todas las gestiones. Entre otras cosas, le dice que las madres del Cerro están dispuestas a emplear el poco dinero de que disponen en la compra de Duruelo, porque:

«El Señor, que parece querer vuelva a la Orden la "Cuna" de la Reforma, daría los medios necesarios después.

Así que, si V.E. lo desea, yo creo que esta vez nos va a conceder el Señor otro palomarcico. En caso de que todo se allanase, ¿vería V.E. con gusto que algunas religiosas de esta casa se uniesen a las del Cerro, y aun tal vez a algunas de Batuecas? Como hace tan poco tiempo de esta fundación, creo que les sería muy conveniente en el Cerro esta ayuda para no debilitar con exceso aquella comunidad que, aunque ya habían cubierto las plazas, tienen muchas aún muy jóvenes. Confieso que me hubiese gustado Duruelo para los padres, teniendo ya aquí este convento, pero parece ser que no pueden por ahora, y cuando el Señor nos envía tantísimas vocaciones, se conoce que es porque desea más "Casas de la Virgen", y si Él lo quiere, no otra cosa deseamos nosotras».¹⁶

El padre Evaristo ha ido en persona a Duruelo para verlo todo sobre el terreno. El día 6 de febrero le agradece la madre las buenas noticias que le da y

«todos sus trabajos y el frío que pasaría en este viaje. Que nuestra santa madre y nuestro santo padre se lo pagarán, no tengo la menor duda.

Estoy deseando tenerlo todo en regla, y quiera el Señor que, si como parece ha de ser para su gloria, pueda llevarse a cabo».¹⁷

Don Santos escribe el mismo 6 de febrero a la madre:

«Me sirve de íntima satisfacción que vaya por tan buen camino el asunto de Duruelo. Por mi parte, encantado de que funden ese nuevo palomarcito, nuevo regalo del Señor a nuestra diócesis.

Cuando llegue el caso, tiene Vd. amplísima facultad para designar el número de religiosas de Mancera que hayan de ir a Duruelo. Que vengan también de Batuecas las que Vds. tengan por conveniente.

Si en vez de dos nuevos monasterios hallan Vds. proporción de fundar otros más, daré muchas gracias a Dios. Tal vez convenga proseguir *in statu quo* respecto a la clausura¹⁸ (de ello me informó el padre Evaristo), por si fuera conveniente que Vd. actúe en las obras del convento de Duruelo. De ese modo no necesitaríamos especial autorización de la Santa Sede».¹⁹

La madre Maravillas repite constantemente: «Lo que Dios quiera, cuando Dios quiera y como Él quiera». Y también: «El Señor lleva las riendas de mi vida, y yo feliz de que Él las tenga y las lleve por donde quiera». Este fue el lema de su vida. Y Dios, que tiene las suyas fuertemente asidas, cuando quiere hace que los obstáculos desaparezcan y se allanen los caminos. ¡Qué bien hacemos cuando le dejamos a Él!

NOTAS

¹ El P. Alfonso Torres, S.J., uno de los principales colaboradores en la fundación del Cerro de los Ángeles, fue director de la M. Maravillas desde 1927 hasta 1946, año en que falleció.

² Carta 902, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, pp. 1363-1364.- Citamos las cartas de la M. Maravillas con el número progresivo que tienen en la lista presentada a la Congregación para las Causas de los Santos.

³ Carta 5342, al Nuncio de Su Santidad, p.10633.

⁴ Carta 910, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1389.

⁵ Carta 5843, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11240.

⁶ Carta 5843, a doña Catalina Urquijo de Oriol, pp. 11234-11235.

⁷ El número establecido por santa Teresa para completar una comunidad fue primero de trece hermanas que más tarde se amplió hasta veintiuna.

⁸ Carta 5001, a la H^a M^a Teresa del Sagrado Corazón, pp.10190-10191.

⁹ Carta 1332, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2331.

¹⁰ Carta 1334, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2334-2335.

¹¹ Carta 5411, al P. Evaristo de la Virgen del Carmen, O.C.D., pp.10726-10727.

¹² Carta 970, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1546.

¹³ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

¹⁴ Carta 1340, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2368-2369.

¹⁵ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

¹⁶ Carta 5851, a don Santos Moro Briz, pp.10647-10648.

¹⁷ Carta 5412, al P. Evaristo de la Virgen del Carmen, O.C.D., p.10728.

¹⁸ Se refiere a que siga sin la clausura el convento de Mancera.

¹⁹ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

CAPÍTULO VII

HACIA DURUELO

UNA vez vista la voluntad de Dios, la madre Maravillas y sus hijas no descansan, buscando el sitio exacto del convento de san Juan de la Cruz. Preguntan, leen libros y consultan documentos. A mediados de marzo de 1945 escribe a la madre Magdalena:

«En el tomo tercero de Las Crónicas vimos que dice nuestro padre Silverio que lo del santo padre se cayó todo absolutamente y no se sabe ni el sitio exacto donde estaba, así que ya nos ha solucionado la duda de hacer el convento allí abajo, puesto que, aunque desde luego era allí, por lo que dice, no es exacto que sea la casa del pastor. En vista de esto, yo creo que no hay duda de hacerlo en el montecito, donde tantas veces iría él a tratar en soledad con su Dios y el mío, que tan amorosísimo es con sus criaturas. ¡Me tiene loca este Rey nuestro!

Yo quería que el 10 de mayo, bajo la protección de la Virgen, empezasen las obras, que se han de terminar enseguida. Mulas está haciendo un planito, pues al decirle nosotras que tenía que ser más barato, dijo que tal vez haciéndolo él podía resultar así».¹

UN HOMBRE GRANDE

Manuel Martín Mulas fue una de esas personas providenciales que Dios puso en su camino. Era contratista, vecino de Peñaranda, y tuvo su primer encuentro con la madre Maravi-

llas con motivo de la construcción del convento de Mancera. Ella enseguida descubrió sus grandes cualidades, y él, por su parte, se puso incondicionalmente a disposición de la madre. Prácticamente trabajó en todas sus fundaciones, solucionando problemas y allanando dificultades. Nunca podremos ya separar a Manolo M. Mulas de la obra de la madre Maravillas. La madre, hablando de él, solía decir: «Manolo es un hombre grande».

Ahora, en la fundación de Duruelo, le vemos por primera vez actuando en representación de las Carmelitas. Él sabe el interés que la madre Maravillas tiene de poder recuperar aquellos lugares, porque fueron la Cuna de la Reforma de san Juan de la Cruz.

Ha ido a entrevistarse con don Enrique Aboín y don Casimiro Hernández, representantes de la Caja Rural de Ávila, y con ellos hace los trámites necesarios para adquirir la parte del antiguo convento, que comprende media claustro y varias habitaciones, y el terreno donde estaba edificada la antigua iglesia de los frailes, más unas dependencias anejas.

Poco después, hace el trato con la cooperativa de Blasco-millán, en nombre de las monjas, con un poder que éstas le han otorgado, y firma en nombre de ellas las escrituras de compra-venta.

Más adelante, la madre Maravillas comprendió que lo adquirido no reunía del todo las condiciones para hacer un carmelo, por carecer de independencia y soledad. Tampoco tiene huerta, ya que la huerta que perteneció a los frailes es propiedad de la familia Liaño, que no la vende. Otra vez es Manolo quien se entrevista, ahora con el señor Moisés Díaz, propietario de otra de las partes de Duruelo. Le propone el cambio de un pajar y corrales de los adquiridos por las Carmelitas, por unas huebras de su terreno, para la edificación del convento. Al fin llegan a un acuerdo, y lo firman los dos en Peñaranda el día 22 de junio de 1945.

Justo Díaz, el hijo del señor Moisés, vecino aún del convento, nos cuenta cómo su padre no era nada propicio a estos tratos. Pero su madre, la señora Agustina, mujer de gran fe y piedad, que por no perder la santa misa acudía a Blascomillán montada en su burro todos los días que podía, al saber que se trataba de un convento, convenció a su marido, con la ilusión y alegría de tener cerca, casi en su propia casa, la iglesia, y hasta su muerte acudía a ella con gran fervor.

La madre Maravillas agradece a doña Catalina Urquijo la ayuda que le ha enviado y le informa de que ya tienen las escrituras:

«Dios pague a Vds. lo de Duruelo como Él sabe hacerlo. Uno de estos días se firmará la escritura, así que nos ha venido admirablemente, y la primera cantidad entregada será la de Vds. Pide al Señor que nos dé luz para acertar. La escritura primera es la compra de la mitad de la casa en la que cae el lugar en donde estaba la iglesia, que es donde se cree que estuvo el santo padre, pues ésa pensamos dejar para el capellán y demandaderos, y lo que tenemos que decidir es el emplazamiento en monte o huerta».²

VIENTO EN POPA

Las obras van avanzando. El señor Obispo de Ávila se interesa enormemente por ellas. Escribe así el 30 de agosto:

«Muy estimada en el Señor: Le agradezco mucho las noticias que me da en su carta del 27 acerca de ese palomarcico, que, según veo, marcha viento en popa, como llevado de los brazos amorosísimos de la divina Providencia. No renuncio a la satisfacción de visitarlas, D.m., en el otoño próximo y ver al mismo tiempo cómo van las obras del convento de Duruelo, comenzadas también con excelentes auspicios. Hace pocos días me dio algunas noticias el padre Evaristo, las únicas que tenía de Duruelo desde hacía bastantes meses».³

Sí, las obras ahora sí que van viento en popa. Don Santos será el primero en animar, y escribe cartas al Cerro y a Mancera, orientando y aconsejando cómo proceder, cómo solicitar

los permisos de la Santa Sede, etc. etc. Con la madre Maravillas hasta bromea paternalmente, aludiendo veladamente a que ésta, en su humildad, considera fundadoras de Duruelo a las Carmelitas del Cerro:

«Deseando que el nuevo monasterio sea para muchísima gloria de Dios y felicitándolas a Vds. por tan santa iniciativa, le hablo a Vd. de estas licencias como presunta "fundadora" del nuevo monasterio. Si acaso hay algún litigio sobre este punto entre Vd. y las monjas del Cerro, ya lo resolverán Vds. amigablemente y acordar quién debe aparecer como fundadora a los efectos antes indicados».⁴

El permiso del Obispado de Ávila para la erección del convento tiene fecha de 11 de septiembre.

Pero como dice el refrán español: «No todo el monte es orégano». Y las obras de Dios se hacen siempre con dificultades y tropiezos. En la fundación de Duruelo la cruz de Cristo y los trabajos no pueden faltar. El enemigo no duerme.

El conventico de Duruelo parece que se está acabando, al menos el interior. Pero las tapias están aún muy atrasadas y el dinero no va a llegar. La madre discurre cómo podrán ser menos costosas.

En las cartas, cada vez más frecuentes, al Cerro, la madre Maravillas informa a la priora de las dificultades que surgen sin parar donde menos se lo esperan, de los pagos, o del emplazamiento, etc. Al final de una larga carta a la madre Magdalena, comenta con su sentido del humor, que mantiene a pesar de las complicaciones:

«Ya le mandaré los planitos que está poniendo en limpio "la Bela"⁵ para que "madame la Fondatrice"⁶ decida y, si le parece, esperaremos estos dos meses para decidir el personal, que pueda venir V.R., y así todo lo arreglamos *secundum Christum* quiera».

Y termina:

«¡Qué felices somos!, que, "gloria a Dios", sólo nos importa conocer cuál sea su voluntad y cumplirla. Sea esto u otra cosa, pida, madre mía, para que no desagrademos al Señor, que esto es lo único que nos importa».⁷

CONMOVEDORA ESCENA

El 2 de septiembre de 1945, comenta al padre Evaristo en una carta que ya se han abierto los cimientos. Anteriormente le había escrito el padre, extrañado de que se hubiera puesto la primera piedra sin saberlo los padres Carmelitas, y la madre le explica lo ocurrido:

«Me ha hecho mucha gracia lo de la primera piedra. Ni aquí ni en Duruelo se ha empezado el convento con solemnidad. Como teníamos que ir para ver el replanteo y estaba aquí el padre Torres, nos llevó en el coche que aquí tenía, y una vez allí, se bendijo una piedra que había por allí y que aún está sin colocar, o mejor dicho, sin echarla en los cimientos. Lo contamos al Cerro y ellas creyeron que se había puesto la primera piedra y así lo dijeron a nuestros padres de Madrid. Esto es todo, y por lo tanto no creo haya motivo para disgusto de nuestro padre Provincial. Sólo Manolo y su peón presenciaron "tan conmovedora escena"». ⁸

El 9 de septiembre escribe a doña Catalina Urquijo de Oriol:

«Ya han empezado las obras del conventico, por fin en un sitio en el que no habíamos reparado, y creo va a quedar muy bien. Es abajo, junto a la huerta antigua, separado por ella de los edificios de allí». ⁹

Los trabajos van avanzando, la madre piensa con ilusión en su nueva iglesia y discurre con sus hijas sobre los santos, ornamentos, etc., y todo lo que se refiere al culto divino. También consulta a la madre Magdalena sobre este tema:

«¿Qué le parece en el copón poner *Adveniat regnum tuum*? No sé cómo se escribe. ¿Qué tal estaría si no: *Cor Jesu Rex adveniat regnum tuum*?» ¹⁰

Otra cosa que le preocupa a la madre es escoger a las hermanas para la nueva fundación. Así escribe de nuevo a doña Catalina:

«Pide al Señor, te ruego, nos dé luz de quiénes hemos de enviar a esa fundación». ¹¹

Las monjas barajan listas, y se hacen la ilusión de que la fundación ya va a ser inminente.

Desde el Cerro, con gran generosidad, van enviando lo que creen que les pueda servir para la nueva fundación. La madre, haciendo mención de todo lo que les han mandado, escribe a la madre Magdalena, medio en broma:

«Madre mía, no se entusiasme y no deje eso de cuartel robado (es decir, de eso ya estará), que Duruelo tiene que ser pobre, pobre, pobrisimo, y esto, con V.R. de "mandamás", es un poco difícilillo».¹²

EL CAMINO, IMPOSIBLE

El mes de abril de 1946 se presenta lluvioso por demás. Siete kilómetros separan Duruelo de Mancera. El camino, que tantas veces recorrería san Juan de la Cruz, queda prácticamente intransitable. La madre tiene que ir a vigilar las obras. El 5 de abril cuenta a la comunidad del Cerro:

«Ayer estuvimos en Duruelo, y si no lo activamos va a ser el cuento de nunca acabar. Con los de allí tampoco sacamos nada en limpio. El camino, imposible; tardamos más de tres horas, pero en fin, pasamos. Ya creo de día en día mejorará. Por poco matamos al pobre caballo, que nos llevó hasta Bercimuelle a la hermana Isabel y a mí, porque decía Faico que por el camino no podían ir más de dos. Allí nos bajamos y seguimos a pie, y volvió por la hermana Dolores y Esperanza. Las llevó y se fue a Peñaranda a por el padre Evaristo, que quería ir a Duruelo. Lo llevó, y a la vuelta volvió en la tartana el padre con Manolo Reyes y nosotras cuatro en el carro, muy bien, haciendo nuestra oración, pero la tartana iba de tal modo que a un kilómetro de Mancera se tuvieron que bajar y seguir a pie. Llegamos de noche cerrada por haber tardado como le digo, tres horas. ¡Cuánto nos acordamos de la Santa Madre en sus viajes, que serían así enteramente! Duruelo está precioso, pero lleno de goteras, y las tapias va a ser necesario subirlas antes de ir, porque se entra como se quiere».¹³

Y el día 7:

«Nos avisaron que no había más remedio que ir a Duruelo, porque no tenían tajo, y, como los caminos están malísimos, los

coches ni pensar. Fuimos en tartana con "Rodi" la hermana Teresa, Isabel y yo. El pobre bicho muy bien, se puede ir cuando el camino está bien, en media hora. A la ida muy bien, pero al volver, al pasar por una de las innumerables lagunas que hay, se nos puso la tartana del todo inclinada del lado de la hermana Teresa e Isabel. El caballo hizo el Señor que parase, sin duda al notar algo raro en su carga. Se tiró Francisco, se tiró Isabel, y, cogido el bicho, y yo creo que sujetada la tartana, salimos airoso del caso, pero faltó el canto de un duro para volver a naufragar. ¡Mire que si morimos ahogadas! Había trozos que nos teníamos que bajar de malísimo que estaba, pero Él, que vela por nosotras...»¹⁴

Este suceso no lo olvida el bueno de Faico, que vivió paso a paso todos los episodios de la fundación, y se lo cuenta a quien quiera; no le importa repetirlo mil veces, ¡quería tanto a la madre! Además, señala el sitio exacto donde ocurrió y el susto que pasó: allí, a la altura del molino que está entre Duruelo y Bercimuelle, y que ahora, totalmente abandonado, poco a poco se va convirtiendo en ruinas.

«Ahora, —cuenta a la madre Magdalena en septiembre—, he delegado en estos dos portentos para estas cosas, Isabel y Dolores, y van solas a Duruelo, que está dando una guerra tremenda. Duruelo, hay que comprender que es una cosa importantísima para la Orden. No sabe cómo están todas las Provincias —de padres Carmelitas— de revueltas, y hasta Roma, así es que yo creo que no se puede pensar sino al contrario, en comprar ese pedazo del convento que, al fin y al cabo, es de los padres, y es seguro que era allí el sitio, pues como ellos lo sabían al edificar, bien natural era que lo hicieran sobre el lugar del suceso. De "monises"¹⁵ no podemos estar peor, pero ya el Señor, si quiere, abrirá camino. La casa de los demandaderos la van a empezar enseguida, porque sin estar va a ser imposible ir, aunque lo estamos procurando. Se me había ocurrido, ya que tantísima importancia dan a Duruelo, decirle a nuestro padre Silverio que cuándo podría él volver para la inauguración».¹⁶

BENDITA CRUZ

No esperaba la madre por estas fechas un hecho que iba a ser para ella sumamente doloroso. El padre Torres ha estado en Mancera en el mes de julio, dando Ejercicios a la comunidad,

y al concluir ha impuesto el hábito a Conchita, una joven de Dos Hermanas (Sevilla), que para cuidar a las niñas entró en casa de doña Narcisa hace un par de años. Doña Narcisa Rojas, Marquesa de Esquibel, es una señora dirigida del padre Torres e íntimamente unida a la madre Maravillas. Por indicación del padre consulta con la madre, hallando en ella consejo, luz y fuerza con la que progresivamente se va adentrando más y más en los caminos del Señor. En casa de esta señora, todos se confiesan con el padre Torres. Allí Conchita descubrió su vocación, y, encaminada por él, había ingresado en el Carmelo de Mancera. A la ceremonia de la toma de hábito han acudido doña Narcisa con sus tres hijas, la mayor de doce años, los padres y una hermana de Conchita. El padre Torres está feliz de ver disfrutar a todos. La madre Maravillas, llena de caridad, se las ingenia para hacer que aquellos padres, que vienen de tan lejos, puedan disfrutar de su hija. Y, aprovechando que hay que ver las obras de Duruelo, lleva de compañera a la nueva novicia.

Dejamos para otro lugar el contar algún día los detalles, primores de caridad y humildad de aquella mañana. Gozaron todos viendo el conventico, ya tan adelantado. La madre explicaba los pormenores, y el padre Torres, al llegar a las celdas —¿fue profecía?—, escogió una para cada niña, escribiendo su nombre en la pared. Años después, dos de aquellas niñas entraron en el Carmelo.

El día 29 de septiembre, el padre, inesperadamente, se fue a gozar de Dios. Fue dura para todos esta muerte repentina. Él, desde el cielo, contemplaría lo que con tanto interés e ilusión esperó en la tierra, y vería cristalizar, al fin, entre aquellas encinas centenarias, el ideal de pobreza que, tanto él como la madre Maravillas, tan entrañado llevaban en sus almas y con la que tanto habían soñado.

Para la madre fue una gran prueba. La bendita cruz proyectaba su sombra sobre Duruelo. Aquellos últimos días que el

padre Alfonso Torres había pasado en Mancera les habló mucho de ella. Al acabar de celebrar la santa misa, se quedaba largo tiempo recogido, de rodillas en el presbiterio, junto al altar, mientras el coro cantaba:

«Árbol de vida es mi Amado,
su sombra forma una cruz;
dichoso el enamorado
que en ella vive adentrado,
ya su mansión en la luz».

Dios permitió cosas impensables en torno a la muerte del padre. Se pueden leer en la biografía de la madre Maravillas. En su lecho de muerte, el padre Torres, entre angustias y dolores, repitió esta frase, desde el fondo de su alma, como lo que había sido el ideal de toda su vida: «¡*Fac me cruce inebriari!* ¡Bendita cruz!»

Estas palabras quedaron grabadas a fuego en el corazón de la madre Maravillas, y por eso, después de esta fecha, cuando pensaron cómo tenía que ser el sagrario de Duruelo, ella mismo lo trazó con la máxima sencillez. Liso, todo dorado, rematado con dos agujas hacia el cielo, y en la puerta grabada una cruz radiante, que llevaba esta inscripción encima: *Fac me cruce inebriari*.

Y desde entonces sus hijas, las moradoras del Carmelo de Duruelo, al mirar hacia el tabernáculo, en los momentos más duros en que Cristo deja sentir el peso de su cruz, sienten la fuerza, la paz y la esperanza de saber que ahí está Él.

Así lo vivió y lo dejó escrito aquel frailecico, el santico de fray Juan: «Porque, para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz».¹⁷

SEÑAL DE PREDILECCIÓN

Arrecian las dificultades. El 12 de noviembre de 1946, la madre Maravillas escribe a la comunidad del Cerro:

«Duruelo, precioso; la solanita, una monada. Las dificultades, enormes. Mancera de Arriba pone ahora dificultades en la carretera»,¹⁸

Pero es a su Prelado al que escribe más largo, en una carta que ocupa cinco carillas, fechada el 25 de noviembre de 1946:

«El conventico está para habitarse en cuanto se solucionen las graves dificultades que han surgido y V.E. lo juzgue conveniente. Está tan mal el camino, que hay unos meses, en lo más crudo del invierno, que queda totalmente incomunicado. El año pasado tratamos de arreglar este asunto y nos concedieron de la Diputación una cantidad de cuarenta mil pesetas. Si se puede arreglar lo de Mancera, la parte que está peor del camino podría arreglarse y evitar, yo creo, la incomunicación.

La otra dificultad, más grave, ha surgido con el dueño de la casa que compramos a la Federación Agraria, y que se opone a que se divida y dejarnos libre la parte comprada, donde tenemos que hacer la casa para el capellán y la hospedería, y sobre el terreno que nos cedió para la edificación del convento.

¡Cómo iba a hacerse Duruelo sin contradicciones! Estamos muy contentas, puesto que a nuestra Santa Madre le parecía buena señal, pero ayúdenos V.E. a pedir al Señor que, si es su voluntad, se arregle todo pronto. Como el Señor es tan misericordioso, mezcla lo dulce con lo amargo y ha hecho encontremos pegado al convento un pozo artesiano donde sale continuo un buen chorro de agua, que irá por sí sola al convento».

Y termina, diciendo:

«Ya somos veintisiete, y muchas esperando. Cuesta estar más de las veintiuna, pues se nota mucho, pero en cambio de este pequeño sacrificio, luego se hacen las fundaciones sin sentir, como un simple traslado. Todas, gracias a Dios, parece que tienen muy hermosa vocación y grandes deseos, esto novicias y profesas, de ser hijas verdaderas de nuestra Santa Madre».¹⁹

El año 1947 llega con buenos auspicios. Parece que algunas de «las grandes dificultades» que retrasan Duruelo se van allanando, y el 13 de febrero comunica a las monjas del Cerro:

«La carretera de Duruelo ya en marcha, gracias a Dios y a Boneta,²⁰ desde el convento a Bercimuelle, que es lo que van a hacer muy bien con las pesetas de Ávila, a pesar de los de Mancera de Arriba, que

se los han saltado a la torera, gracias a Dios, y ahora estamos a buscar dinero para que de Salamanca den para el resto».²¹

Las monjas saben del trabajo de la madre Maravillas, que, afanosa en su mesa del archivo, escribe carta tras carta, sin levantar cabeza, muchas veces, hasta altas horas de la madrugada. El camino le da mucho quehacer. Ese camino, que utópicamente llama ella carretera, y que hoy, a cincuenta años de distancia, sigue en el mismo estado que ella nos describe, da lugar a anécdotas muy sabrosas, como la que nos narra el día 26 de abril:

«El último día que estuvo aquí la madre Mercedes fuimos a Duruelo, y no sabe qué apuro pasamos, porque nos encontramos la carretera cortada en el molino, y como llevábamos a hermana Margarita, la de Batuecas, que está hecha un tonel y que no puede andar por su mal, fue un conflicto. A mí me daba pena dejarla allí, porque tenía una ilusión enorme de ver Duruelo y nos decidimos a pasar a pie aquel trocito e irnos la madre Mercedes y yo a buscar la tartana, que estaba en Duruelo con la hermana Isabel, María y Josefina, la de Salamanca, pero como aún faltaba un buen trecho para llegar a Duruelo, temía que se cansase mucho la madre Mercedes.

Por fin dejamos a la hermana Margarita con su hermana bajo una encina y emprendimos nuestra marcha, pero como Dios es tan bueno, enseguida vino un hombre a ofrecerse para ir a buscar la tartana y al poco nos cogió y fuimos en dos veces muy bien. Les entusiasmó el conventito, y no cabe duda que tenía razón el padre que es un apostolado la pobreza, pues no sabe cómo se emocionó Visitación²² y las cosas que, fuera de sí, decía».²³

AYER FUE UNA EMOCIÓN...

El 11 de febrero de este año de 1947 había escrito al padre Silverio de Santa Teresa:

«Duruelo, con grandísimas dificultades, está casi acabado. Falta la carretera, ya construyéndose. ¿Para cuándo va a señalar V.R. la fundación? ¿En julio? Ya nos dirá, pues tiene que estar V.R., ¿verdad, padre nuestro?»²⁴

El padre Silverio, en abril de este mismo año, acaba de ser elegido General de la Orden, en el Capítulo que se ha celebrado en Roma. Como todas sus alegrías o dificultades, la madre lo comenta así con sus hijas del Cerro:

«¿Han visto? ¡Bendito sea Dios! Hay que pedir mucho por él. Yo no lo puedo remediar, pero quiero mucho a nuestro padre Silverio, así que ayer fue una emoción...»²⁵

La madre Maravillas ha ofrecido al padre el «priorato» de Duruelo, y por eso él no puede faltar. El 16 de mayo, el General le escribe con el cariño de siempre. Feliz y con verdadera ilusión, traza planes y fija la fecha para la inauguración del convento. Será el día 20 de julio, fiesta de san Elías. Y añade:

«Se me ocurre otra cosa, si no les gusta, échenla al cesto de los papeles viejos. ¿No podríamos celebrar la víspera la procesión de Mancera a Duruelo, con las religiosas destinadas a este convento, que yo presidiría, recordando la de antaño, cuando los padres se trasladaron de Duruelo a Mancera? Me encantaría, me parecería una cosa del cielo, teresianísima hasta la médula».²⁶

No le hace demasiada gracia a la madre eso de la procesión; ella querría algo muy sencillo. Pero él, poco después, le vuelve a escribir: «Lo de la procesión me persigue como la sombra al cuerpo».²⁷

TENGO UNA PEREZA...

La madre Maravillas discurre sobre las hermanas del Cerro o de Batuecas que irán a la fundación. A la madre Magdalena le pregunta qué le inspira el Señor sobre dos monjas, porque, aunque a ella le da igual una que otra, «sin embargo, a Él no. Ya tendrá escogida la que quiere para ahí y para aquí».²⁸

Trata también estos días de dejar asentado el trabajo en Mancera, y organizar el de Duruelo. Es la vaca, son los motores para sacar el agua, cómo solucionar el problema de la luz hasta que puedan tener la electricidad, etc.

A su cuñada, Adelaida Fernández Hontoria, después de pedirle una chotita para Duruelo, le dice:

«Es un sitio precioso y, sobre todo, de ¡tantos recuerdos! Es un convento chiquitín y pobrecito, que es una monada. No tienes idea de la felicidad que es vivir en completa pobreza, por amor del que por nosotros se hizo pobre».²⁹

Escribe cartas a familiares, amigos, padres Carmelitas, al señor Obispo, etc., y con un gran sentido práctico y una clara inteligencia, propone soluciones a las dificultades que se van presentando. A sus hijas les comenta, con toda confianza, conflictos, anécdotas y hasta su estado de ánimo. Leemos, por ejemplo:

«La carretera, parada, el camino, intransitable, Galleguillos trabajando y nosotras aterradas con el día de nuestro padre san Elías, que está llegando. Estoy de un cobarde que para qué. ¡Viva mi Cristo, que así es todo más sólo para Él, que es el más hermoso de los hijos de los hombres!».³⁰

«Yo tengo una pereza como nunca, pero mejor, porque así será esto más agradable al Señor, que es lo único que importa, ¿no le parece? Por eso me alegro mucho de que sea así. Estas hermanas están generosísimas, gracias a Dios».³¹

Falta poco más de un mes para la fecha fijada por el padre General, cuando ella le escribe:

«Hemos tenido un percance en la carretera que estaban construyendo para llegar a Duruelo, y han quedado paradas las obras de ella, por lo que no sé cómo va a poderse ir, que está intransitable, y si está V.R. algún tiempo más por aquí, tal vez fuese bueno por este motivo retrasar la fundación lo más posible, pero esto siempre que no sea trastorno para V.R., que si no, sea como sea, se hace el día de nuestro padre san Elías, que es tan hermosísimo. Ya nos lo dirá V.R. Es que la fundación del conventico de Duruelo, a juzgar por los continuos trabajillos y contradicciones que tiene, va a dar mucha gloria a Dios; pero es de verdad, padre nuestro, que ninguno ha tenido más dificultades».³²

¡Qué poco piensa en sí misma la madre Maravillas! Pone todo su esfuerzo, sin ahorrar sacrificios, buscando sólo la gloria de Dios. Si Él está contento...

NOTAS

- ¹ Carta 1346, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2384-2385.
- ² Carta 5946, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11367.
- ³ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.
- ⁴ *Ibid.*
- ⁵ Se refiere a la Hª Isabel de Jesús.
- ⁶ Se refiere a la M. Magdalena de la Eucaristía.
- ⁷ Carta 1353, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2412-2413.
- ⁸ Carta 5418, al P. Evaristo de la Virgen del Carmen, O.C.D., p.10736.
- ⁹ Carta 5947, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11369.
- ¹⁰ Carta 1402, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2567.
- ¹¹ Carta 5964, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11396.
- ¹² Carta 1346, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2384.
- ¹³ Carta 1405, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2576.
- ¹⁴ Carta 1406, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2582.
- ¹⁵ Se refiere al dinero.
- ¹⁶ Carta 1423, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2637.
- ¹⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción XXXVI, Editorial Apostolado de la Prensa, Madrid 1954, p.673.
- ¹⁸ Carta 1433, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2660.
- ¹⁹ Carta 5352, a don Santos Moro Briz, p.10649.
- ²⁰ Un ingeniero de Obras Públicas que les ayudó mucho en sus trabajos.
- ²¹ Carta 1453, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2713.2714.
- ²² Era hermana de la Hª Margarita.
- ²³ Carta 1464, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2747-2748.
- ²⁴ Carta 6872, al P. Silverio de Santa Teresa, O.C.D., p.12925.
- ²⁵ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.325.
- ²⁶ *Ibid.*, pp.325-326.
- ²⁷ *Ibid.*, p.326.
- ²⁸ Carta 1463, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2746.

- ²⁹ Carta 5565, a doña Adelaida Fernández Hontoria, pp.10903-10904.
³⁰ Carta 1472, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2773.
³¹ Carta 1038, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1664.
³² Carta 6873, al P. Silverio de Santa Teresa, O.C.D., p.12926.

 Institución Gran Duque de Alba



De Mancera a Duruelo para vigilar las obras.

CAPÍTULO VIII

¡AL FIN, BELÉN!

LA autorización oficial del Obispo de Ávila, don Santos Moro, para la fundación de Duruelo, está fechada el 17 de julio. Viene acompañada de una carta del Obispado, que firma don Castor Robledo, que dice así:

«Rvda. madre Maravillas. Le envío la licencia para la fundación de Duruelo. Que el Señor la bendiga y ese nuevo Carmelo sea semillero de almas que sigan el vuelo de san Juan de la Cruz».¹

Por fin, la fecha para la inauguración de Duruelo queda fijada para el día 20 de julio de 1947.

El padre Silverio de Santa Teresa llegó a Mancera el día 17, con la ilusión en los ojos y el corazón henchido de la gran emoción que le embargaba. Pensaba con gozo en aquel nuevo palomarcico en tan santo lugar. Si para todo carmelita Duruelo es sagrado y sobrecoge su espíritu, para el padre Silverio lo era particularmente, por ser ahora General de los Carmelitas Descalzos. Eximio historiador de la Orden, conocedor a fondo de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, admiraba profundamente a la madre Maravillas y la gran obra que ésta estaba realizando. Llegó a decir, en ausencia de la madre, hablando con las monjas de Duruelo, que la consideraba como una fiel reproducción de la santa de Ávila.

UNA PROCESIÓN MEMORABLE

Con él en Mancera se trazaron los últimos detalles, y el padre en persona planeó la salida del día 19 con las monjas que irían con él a pie a Duruelo.

Él celebraría la santa misa antes del alba, a las cinco de la mañana, y las hermanas saldrían por la puerta de carros, donde él esperaría, para iniciar la marcha todos juntos por el sendero, a campo traviesa.

Unos días antes, la madre Maravillas se torció el tobillo, y, a pesar de los cuidados de sus hijas, seguía muy inflamado. Ella procuraba disimular lo más posible, sin hacer caso del dolor que sentía.

Las monjas le hicieron saber al padre Silverio lo sucedido, y éste, que conocía bien a la madre Maravillas, quizá pensó que era una disculpa para ocultarse, y así, no queriendo prescindir de su compañía, exigió su salida con la del resto de las hermanas, añadiendo que pararían de vez en cuando para que pudiera descansar. La madre no dijo nada y obedeció, como siempre, con la sonrisa en los labios.

Después de despedirse y dar su bendición a las hermanas que se quedaban en Mancera, salieron camino de Duruelo, cuando aún no había amanecido. Estos arrancones, como los llamaba la madre, le costaban sangre del corazón, aunque exteriormente mostraba gran fortaleza. Así, leemos en una cuenta de conciencia al padre Florencio del Niño Jesús, O.C.D., cuando se hizo la fundación de Batuecas:

«Hoy estoy sin ánimos y temiendo el sacrificio de la separación de estas hijas de por vida, que, aunque nunca se lo digo a ellas, me las tiene puestas el Señor en el corazón».²

Así era de humana.

El camino se abría monte arriba. Entre amapolas, florecillas de mil colores, manchas verdes y trigos dorados a los primeros rayos del sol, caminaban, gozando de este campo

castellano. De vez en cuando, conejos, juguetones y asustadizos, saltaban entre las matas y corrían a esconderse en sus madrigueras. La madre procura que su andar no la delate, y cuando le preguntan responde que va muy bien. El padre va comentando de aquellos frailes primitivos que un 11 de junio de 1570 hacían el mismo camino que ellos, sólo que a la inversa. Les habla del santico de fray Juan, de la santa madre Teresa, de aquellos principios gloriosos de la Reforma. Tenía el padre Silverio un don especial para atraer la atención, y, hablando de sus santos padres, parecía que hubiera vivido con ellos. Las hermanas disfrutaban escuchándole.

Cuando alcanzaron el primer repecho, en un altozano de mieses ondulantes, oyeron la campana del convento de Mancera, que habían dejado atrás, que tocaba al *Angelus*. Eran las seis de la mañana. Después de un silencio momentáneo, volvieron la vista y contemplaron allá abajo la espadaña de la iglesia. Cristo desde el sagrario de aquella capillita las invitaba a una total entrega por la salvación de las almas, ofreciéndose especialmente por la Iglesia y los sacerdotes, como lo pidió su santa madre Teresa. Todos unidos recitaron a la Virgen la plegaria del *Angelus*.

Entre la amena conversación del padre y las maravillas de la naturaleza de aquel amanecer radiante de luz y de sol, llegaron, casi sin sentirlo, a los aldeaños del nuevo palomar. Hicieron un alto en el camino. Juan Mancebo, el demandadero que siguió a la madre en todas sus fundaciones, trabajando en la carpintería, y que ahora iba abriendo el camino como guía de la expedición, se adelantó y, cuando vio acercarse la comitiva, echó las campanas al vuelo, que rasgaron por primera vez, alegres, los aires de los campos de Duruelo, llenando los corazones de una emoción que subía hasta los ojos.

El amor de la madre Maravillas y de sus hijas a la Orden del Carmen había hecho posible el resurgimiento del Carmelo, allí donde Teresa y Juan de la Cruz comenzaron la Reforma de

los frailes. Después de haber pasado más de un siglo, volvían en aquellas soledades a oírse las alabanzas del Señor. Ahora había un sagrario más donde recibiría Cristo el amor de sus carmelitas.

Conmovidos hasta las lágrimas entraron en la pequeña iglesia, presidida por la Reina y Madre del Carmelo. El padre Silverio entonó la *Salve Regina*, que todos cantaron con visible emoción. Seguidamente, entraron en el convento. Portalico de Belén, hubiera vuelto a decir santa Teresa. ¡Otra vez Belén! ¡Qué atrás quedaba aquello de «Real Monasterio»! Casa de trece pobrecillas, que no haga ruido al caerse, había dicho ella. ¡Así era Duruelo!

La madre escribe poco después a Mancera:

«La venida con nuestro padre se llevó la palma. Estaba el amanecer ideal, y oyéndole a él hablar se nos hizo cortísimo, y realmente no nos cansamos demasiado».³

Las hermanas que formaron la expedición, además de la madre Maravillas, fueron: Josefina de Santa Teresa, Isabel de Jesús, M^a Cruz del Salvador, M^a Paz de San José, Magdalena le Jesús, Antonia de los Ángeles y Margarita del Niño Jesús. Esta última pertenecía a la comunidad que quedaba en Mancera, y venía a ayudar los primeros días. Las hermanas M^a Jesús de San Ignacio y Dolores de Jesús, que no pudieron hacer el camino a pie, llegaron algo después en coche, lo mismo que el padre Víctor de Jesús María, que hacía de secretario del padre General, y el padre Vidal.

LOS ÚLTIMOS RETOQUES

Pero vuelven a la prosa de la vida. La madre Maravillas ofreció algo de comer al padre Silverio, y éste, a su vez, pidió que se diese algo para todas. No se les había pasado detalle a sus hermanas de Mancera. El desayuno estaba preparado, y las

monjas, sentadas en el suelo alrededor del padre, pues aún no había mesas en el refectorio, comieron, con el apetito que es de suponer, unas tortillas con pan. Desde entonces quedará como costumbre que el día 19 de julio, las Carmelitas de Mancera envíen tortillas al convento de Duruelo.

Las horas del día resultaron cortas para todo lo que allí había que hacer, a pesar de que los días anteriores iban desde Mancera algunas monjas a limpiar y preparar el convento para la llegada.

Por la tarde se cantaron las primeras Vísperas de san Elías con toda solemnidad. Los padres lo hicieron desde la iglesia y las madres desde el coro alto.

¡Cuántos recuerdos! Sin duda, en el cielo los santos Reformadores mirarían complacidos a estos hijos, reunidos en aquel rinconcito que tantos consuelos les proporcionó a ambos. En este momento sí que venía bien aquello de: «Ven y visita esta viña que aquí tu diestra plantó».

Eran las diez de la noche y aún seguía el coro bajo convertido en carpintería, con el infatigable Juan trabajando sin descanso. Manolo Martín Mulas, conocido en el pueblo por «Puchero», ayudó a las hermanas durante todo el día, junto con otras personas que también se prestaron a ello. Allí estaba Dominica, que servía en casa de don José y doña Teresa, los señores que vendieron la casa y el terreno de Mancera a las carmelitas. Más tarde su hija entraría en el Carmelo de Duruelo.

Dominica volvió a casa a las tantas, agotada, a pesar de ser mujer de buenas fuerzas y acostumbrada a trabajar. Comentaba: «¡Lo que trabajan esas monjas! Nos han dejado a todos reventados. ¡Anda, que esa hermana Magdalena, más que si fuera un hombre! Acaba de sacar el banco de carpintero con "Puchero", como si no hubiera hecho nada en todo el día».⁴

Los relatos que de este día nos dejaron escritos las fundadoras conservan un sabor muy teresiano. Las monjas pasaron

la noche dando retoques aquí y allí, sin dejar detalle. Todo estaba al fin preparado. ¡Reluciente en su extrema pobreza quedó aquel soñado portalito de Belén!

EL SEÑOR HA ESTADO GRANDE

Y amaneció el día 20. ¡Cuántas emociones!

A media mañana la campanita de la iglesia de Bercimuelle volteaba de manera inusitada. Salía hacia Duruelo una procesión nunca vista. La gente llenaba todos los alrededores y, tras la cruz de guía y los ciriales, dos filas largas de frailes con sus capas blancas, que cantaban las alabanzas del Señor. Sus voces rasgaban los aires de aquellos campos, de ordinario siempre solitarios. Hay de Bercimuelle a Duruelo tres kilómetros largos. Presidía la procesión el señor Obispo de Salamanca, don Francisco Barbado. Al final, bajo palio, la custodia con el Santísimo Sacramento portada por el padre General de la Orden. El cortejo iba acompañado de gentes no sólo de los pueblos de alrededor, sino también de familiares y amigos de la comunidad, venidos de Madrid y otras ciudades, en impresionante y respetuoso silencio.

Cuando la cruz se acercaba a Duruelo, las hermanas echaron las campanas al vuelo, con el aliento contenido por la emoción. Jesucristo volvía a tomar posesión de este santo lugar, testigo de los heroísmos de aquellos Descalzos primitivos. Pocos sitios habrá tan llenos de unción como éste, donde todo convida al alma a practicar aquello de san Juan de la Cruz: «Olvido de lo criado; – memoria del Criador; – atención a lo interior; – y estar-se amando al Amado».⁵ La mañana del 20 de julio de 1947, en Duruelo se hicieron realidad las palabras del salmo 125: «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres».

Entró la procesión en el convento, recorrió la huerta y, después de dar la vuelta al claustro interior, salió de nuevo, tras

haber bendecido Cristo Eucaristía el pequeño monasterio, que quedó impregnado de olor a incienso.

Las hermanas, distribuidas en sitios estratégicos, guiaban a los asistentes a sus puestos para la celebración de la santa misa. Después de reservar el Santísimo en el sagrario, ofició el santo Sacrificio el Provincial de Castilla, padre Pedro Tomás de la Sagrada Familia.

La iglesia la ocuparon los padres Carmelitas, que en gran número vinieron de todas las casas de la Provincia; al coro alto subieron los colegiales con algún otro padre; los invitados pasaron al coro bajo, y las personas para las que ya no había sitio, siguieron toda la celebración de la Eucaristía desde fuera de la iglesia, que había abierto sus puertas, convirtiendo el campo en una prolongación del pequeño templo.

La madre con las hermanas, como pudieron, se apretaron en las minúsculas tribunas que se encuentran sobre el presbiterio.

El canto corrió a cargo de los frailes, que lo hicieron con gran unción. El padre Anselmo pronunció la homilía. Estaba exuberante de felicidad, al ver hecho realidad lo que él tanto había deseado.

Buen orador, empezó a describir poéticamente las gestas gloriosas de los moradores de Duruelo, pero en un momento dado pasó veladamente a aludir a la obra de la madre. Ésta, sentada en el suelo de la tribuna, oía complacida las palabras del padre, convencida de que éste se refería a su santa madre Teresa. Mas de pronto él, jugando con el nombre de Maravillas, comenzó a alabarla abiertamente. La primera reacción de la madre fue levantarse y marcharse de allí. No pudo más que intentarlo, pues el padre Francisco del Niño Jesús, que estaba detrás, en su misma tribuna, le salió al paso y con autoridad le ordenó: «Quédese y humíllese». Sin decir una sola palabra, volvió a sentarse, con visible sufrimiento en su rostro. Las monjas no olvidarán nunca el amargo rato que todas pasaron al

verla en este estado, y quedaron edificadas de su obediencia y humildad.

Terminada la santa misa, los asistentes se desperdigaron por el campo, para comer bajo las encinas. Según las crónicas de aquel día, se repitió algo semejante a la multiplicación de los panes y los peces. Lo que las monjas de Mancera habían calculado para cien personas dio de sí para muchas más. Según la relación de la madre Magdalena de Jesús, que entonces era novicia y anduvo en la cocina, fueron cerca de doscientas comidas las que se sirvieron.

Como ya vimos, aún no estaban hechas las mesas del refectorio. Las Carmelitas de Mancera, que estaban en todos los detalles, habían mandado las suyas, y gracias a esto las autoridades pudieron comer en él.

En la cocina las monjas preparaban fuentes y las recogían los colegiales para servir a los de dentro y a los de fuera. Reinaba entre todos esa unión y caridad de hermanos, netamente teresiana. Los corazones vibraban al unísono, en los mismos ideales de entrega y consagración. Parecía hubiese un solo corazón y una sola alma.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando los invitados habían acabado de comer, ellas lo hicieron como buenamente pudieron, y siempre recuerdan con agradecimiento que alguien en ese momento les llevó un helado, verdadero refrigerio para el calor sofocante del día.

Poco más tarde tuvo lugar un acto eucarístico con el rezo del santo rosario y la bendición del Santísimo.

El padre Silverio leyó un telegrama del Vaticano, que se había recibido la víspera. Dice así:

«Su Santidad ocasión restauración vida carmelitana Duruelo. Formula partermales votos. Fecundas virtudes nueva comunidad. Otorgando cordialmente implorada bendición apostólica. Montini Sustituto».⁶

Al terminar, el señor Obispo de Salamanca llamó a la madre y a las hermanas, llevándolas al refectorio, donde él

mismo les sirvió un refresco. A petición suya estuvieron cantando las coplillas de los versos de los santos padres: «Olvido de lo criado», «Si el padecer por amor», y otras.

Don Santos Moro, no pudiendo asistir, les había enviado un telegrama el día 19 en estos términos:

«Escorial.

Imposibilitado asistir inauguración monasterio Duruelo estaré espiritualmente presente implorando regaladísimos dones celestiales nuevo palomarcito. Bendícele. Obispo de Ávila».

A este telegrama contesta el padre Silverio, el mismo día 20, desde Peñaranda:

«Se inauguró Carmelo con toda solemnidad y mucho concurso. Creo será fundación magnífica, sentimos no pudiese asistir. Todos besamos su anillo pastoral. Silverio».⁷

Veamos cómo nos narra este día en sus cartas la madre Maravillas. Escribe a Mancera el 21 y 22 de julio:

«En el primer ratito que puedo mientras esperamos para... (mire, ya me han interrumpido, pero sigo). Voy a hacer lo que me pide y nos pide a todas el corazón. Las recordamos constantemente y hablamos de VV. RR. siempre que hablamos de algo... ¡pobres, cuantísimo han trabajado! Si no es por VV. RR., de verdad que no sé cómo nos hubiésemos arreglado, porque todo lo que digamos del jaleo que ha habido es poco, pero yo creo que ha sido una especie de milagro, y así lo decimos, el que no nos faltase nada. Sólo vimos que se nos acababan las dos garrafas de vino y Moisés nos prestó otra, así que no pasamos ningún apuro y todo estaba buenísimo. El señor Obispo de Salamanca, que comió con nuestro padre General en la mesa traviesa, estaba loco, y al preguntarle cómo estaba, nos dijo: "¡Con este banquete que nos han dado!" Estuvo cariñosísimo, pero no quieren saber los apuros que nos hizo pasar... Nos hizo sentar por la tarde en el refectorio, yo en su sillón y él en una silla, y nos sirvió a todas gaseosa él mismo, diciendo: "Tomen, tomen, que está muy bueno". De lo del padre Anselmo, decía: "Pobre madre, yo mismo me puse colorado".

Vinimos por el monte, por el camino de la tartana y con un descansito no muy largo que hicimos, tardamos, yo creo, tres horas. Tomamos aquí nuestra tortilla, etc., y nuestro padre decía que en su vida había tomado cosa mejor. ¡Debía tener un hambre!, porque en el camino decía que qué bien por allí haber desayunado. Gracias a Dios es de hierro, porque después de esa caminata salió de paseo

dos veces, rezó paseando, y al día siguiente, él fue quien trajo el Santísimo en la custodia a pie desde Bercimuelle aquí. La procesión creo que fue magnífica y devotísima, pero nosotros no pudimos ver nada, así que fue una alegría.

Hijas, cuantísimo las recordamos. Estamos deseando escribirles y contarles todo. No saben cómo estuvo de bien la comida. Parece imposible. Yo creí que no nos podía llegar, pues hubo más de cien comidas, pero todo estaba precioso, buenísimo y abundantísimo. Nuestro padre embobado con la caridad de VV. RR. y su pobre madre... chochita. Estamos muertas, como estarán también VV. CC. Si no hubiera sido por su ayuda, imposible, pues hubo mucha más gente que en Mancera. A todas recuerdo muchísimo. A todas bendigo todas las noches y todos los días pido al Señor me las haga de veras tuyas donde Él pueda descansar y tener sus delicias y donde "Él reine y sean ellas sus cautivas".⁸

A la madre Magdalena, el día 23:

«Ya supondrá que el recuerdo es continuo y el agradecimiento, ídem. La provisoría abarrotada, no hay miedo que nos muramos de hambre. ¡Qué bueno es el Señor! A ver si estos grupitos se le dan de tal modo que siempre encuentre en ellas su descanso, su consuelo y sus delicias. Más no puede hacer Él por que sea así, que todo aquí parece cortado para ello. En el convento se nota bastante diferencia con Mancera de pobreza, y las ventanicas pequeñas es un ahogarse que da devoción. Yo nunca he pasado más calor».⁹

Ahora es a la madre Mercedes, el día 25:

«La venida con nuestro padre General, la primera misa y las Vísperas no se olvidarán en la vida. Quiera el Señor que sepamos agradecer tanto beneficio y empezar a servirle y amarle con toda el alma, siendo como dicen en un cantar del Cerro, "un grupito pequeño de almas fieles, un grupito de amigos que le consuelen, un nido de amores, un huerto cerrado para su Corazón solo y despreciado". Está el conventico hecho un cielo. Como es tan chiquirritín, hay que guardar un silencio estricto, y da una devoción todo tan pobre, tan calladico, tan pequeño. Todas o casi todas se han puesto un poco malas del cansancio, yo creo».¹⁰

DURUELO ESTÁ HECHO UN CIELO

El Carmelo de Mancera, con la marcha de la madre y ocho hermanas, ha quedado bastante desamparado. Los conventos

del Cerro y Batuecas, con gran generosidad, han ayudado, enviando monjas para la comunidad de Mancera. Por eso la madre Maravillas, después de la inauguración de Duruelo, tiene que volver a Mancera, hasta que se asiente la nueva comunidad.

Se va tranquila, dejando a la hermana Dolores con la hermana Josefina al cuidado de todo, pues aún andan por allí los obreros y hay que acabar mil cosillas. El día 30 de julio escribe desde Mancera a sus hijas de Duruelo:

«¡Miren que tenerlas el Señor en el lugar que escogió para que diese comienzo la Reforma de la Orden de su Madre y donde vivió quien le amaba con aquella locura! La verdad es que las carmelitas que vivan ahí tienen que vivir llenas de amor verdadero al Señor, de ése que llenándolo todo no deja lugar ya para ocuparse de sí, sino sólo de Él y de ese amor que no quiere trazar ni seguir su propio camino, sino que le entrega al Señor del todo las riendas de su vida para que las lleve por donde quiera y feliz de que así sea».¹¹

«Que sean como mi Cristo las quiere para que Él tenga su consuelo en la "Cuna", y que cuando yo vaya encuentre transformaciones completas en el amor».¹²

Y el 5 de agosto, a la madre Magdalena:

«Están locas allí, se han quedado solas, pero están entusiasmadas. Realmente tiene aquel conventico algo especial de pobreza, de recogimiento y abandono, y como más alejamiento del mundo. Yo en la inauguración lo pasé muy mal, pero luego, los días que estuve me empecé a aficionar. Ahora, que aquí también estoy muy contenta y me dan mucha lástima estas pobrecinas mías. Ha sido providencial que a la hermana Isabel la haya tenido que ver el dentista, pues aquí quedaban varias cosas en el aire y así lo acabaremos de arreglar, Dios mediante, todo».

Esta carta es larga, habla del agua, que parece un milagro la cantidad, y tan buena; del capellán, padre Daniel,

«que de ningún modo quiere cobrar estipendio alguno en Duruelo, que le parecía un sacrilegio allí donde nuestro santo padre tanto practicó la pobreza. Ya ven, nos manda el Señor al principio, que aún no hay nada arreglado, hasta capellán gratuito, que luego los señores de Oriol se han ofrecido a costear.

Un poco intranquila estaría, si no tuviese que tener esta confianza ciega en mi Cristo, de tener allí a las hermanas tan solicas y con unas puertas tan de pacotilla, que con un puntapié se rompen, y hasta ahora ni aún tienen cerradura algunas, pero se las confío a Él. A Juan le hago dormir allí, porque realmente la casa del capellán está demasiado lejos».¹³

Permaneció en Mancera hasta primeros de octubre, e iba de vez en cuando a ver a sus hijas de Duruelo. ¡Están tan cerca!

«El otro día estuvimos en Duruelo —cuenta a la madre Magdalena—. Para mí es demasiado encantador y no me recuerda la cruz de mi Cristo. ¿Por qué será tan difícil seguirle de cerca?»¹⁴

En noviembre comenta a la priora del Cerro su preocupación por las monjas, en especial por la hermana Dolores, de la que dice que la ve «cansadísima, con cara de pito, y a la hermana M^a Cruz, nada buena». La hermana Josefina se ha puesto también mala. No ve el momento de que acaben las obras. Pero es en diciembre, a principios, cuando le dice:

«¡Es tan bueno mi Cristo! Yo ya me voy entusiasmando con "su fundación", que realmente está encantadora y es una soledad que no cabe más, y el conventico, un encanto. Cuando se acabe la obra no sé qué va a ser. Yo quería para Navidad, pero no sé, porque hay tantas dificultades que, cuando viene el fontanero no han llegado los cristales, cuando hay ladrillos no hay albañiles, por el tiempo, y así sucesivamente y además no hacen nada».¹⁵

El 28 de noviembre de este año de 1947, un grupo de padres Carmelitas Descalzos va a pasar el día a Duruelo, para conmemorar el aniversario de la Reforma. Este hecho se convirtió en costumbre, durante más de veinte años. La madre escribe:

«Hoy ha sido un día muy movido en la "Cuna", que por cierto está de sueño, y el conventico para comérselo. Da gusto, porque se nota la estrechura y se acuerda uno de Nazaret, aunque ya va diferencia. Quiera el Señor tener aquí su descanso, que si no de poco sirve todo lo demás».¹⁶

Y en otra:

«Que Dios les pague, madre mía, todo este encanto de conventico que le han regalado a su Cristo; espero ha de tener en él sus delei-

tes. Está hecho un cielo, y ahora que estamos arreglando las cosas, estoy asombrada de su generosidad».¹⁷

Y al padre Silverio, el día 1 de diciembre:

«Aquí nos tiene, padre nuestro, felices, felices que no cabe más, en este conventico tan encantador. No sé qué tiene este lugar tan venerado, pero es algo especial. Nos ha quedado la huerta, que ya verá, padre nuestro, cómo le gusta cuando la vea, D.m. el año próximo, porque tiene que venir, con dos ermitas devotísimas. Quiera el Señor que nos aprovechemos de tanto como aquí nos da. Ha nevado y esta incomunicación en que nos ha puesto nos viene de lo mejor».¹⁸

Y en otra, al Cerro:

«La Nochebuena resultó preciosísima en Duruelo, y era un consuelo pensar en que el Niño tiene a su lado a estas pobres gentes que de estos pueblos vinieron, a pesar de la nieve y el frío, y muchos que nunca habían asistido a la misa del Gallo, empezando por nuestra demandadera. Estuvo todo el día de ayer y de hoy esto hecho una preciosidad. Todas las encinas con sus hojas blancas, pero no como cuando nieva una cosa compacta, sino sueltecitas. Lo mismo la tela metálica del gallinero. Todos los alambres con su adornito, yo creo fue la escarcha fuerte que se heló. Tal vez lo hayan tenido ahí lo mismo, pero aquí las encinas era fantástico».¹⁹

Y para terminar este capítulo, citamos unas líneas de una carta de la madre Maravillas al padre Simeón de la Sagrada Familia, O.C.D.:

«Pueden figurarse VV. RR. la alegría tan grande que ha sido tener aquí a nuestro padre General para la inauguración de Duruelo; ha resultado algo hermosísimo, que no se borrará mientras vivamos. Pidan VV. RR. por caridad, para que en este portalico de Belén sepamos renovar la vida y el espíritu de nuestro santo padre, ya que aquí se le siente de un modo especial».²⁰

NOTAS

- ¹ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.
- ² Carta 487 bis, al P. Florencio del Niño Jesús, O.C.D., p.843
- ³ Carta 3091, a la Hª Teresa Constanza de Jesús, p.6788.
- ⁴ Relación de la Hª Carmen de Santa Teresa, de Duruelo.
- ⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.1261.
- ⁶ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.
- ⁷ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.
- ⁸ Carta 3091, a la comunidad de Mancera, p.6788.
- ⁹ Carta 1482, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2793.
- ¹⁰ Carta 1040, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1669
- ¹¹ Carta 4918, a la comunidad de Duruelo, p.10080.
- ¹² Carta 4919, a la comunidad de Duruelo, p.10083.
- ¹³ Carta 1484, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2797,2798,2799.
- ¹⁴ Carta 1495, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2832.
- ¹⁵ Carta 1519, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2890.
- ¹⁶ Carta 1518, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.2886-2887.
- ¹⁷ Carta 1520, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2895.
- ¹⁸ Carta 6876, al P. Silverio de santa Teresa, O.C.D., p.12931.
- ¹⁹ Carta 1522, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2898.
- ²⁰ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

CAPÍTULO IX

LOS PRIMEROS AÑOS

ESTO ES DEMASIADO DELEITOSO

EN las cartas de la madre Maravillas del año 1948 aparecen continuas alusiones al encanto que tiene Duruelo, a la soledad y silencio del convento, a la huerta y las ermitas, especialmente a ésta de la Cruz que, solitaria y apartada, con un rústico balconcillo que da al monte vecino, convida a recogerse. También hace continuas alusiones a la divina Providencia, que pone personas en su camino para ayudarles en sus dificultades y necesidades.

En carta al padre Silverio de 10 de abril, le dice:

«Esto está, padre nuestro, que ya no cabe más, y en este amado rincón de Duruelo, cuánto pedimos por las grandes y urgentes necesidades de la Iglesia y de nuestro Santísimo padre el Papa. ¡Cómo recordamos a V.R., padre nuestro!»¹

Y en otra:

«Pida, padre nuestro, para que ya que en esta soledad (donde todo lleva a Dios y tan vivo se tiene el recuerdo de nuestro Santo Padre) tenemos la dicha de vivir, sepamos darnos como él se dio y amar al Señor como él le amó».²

El padre General, a su vez, le había escrito poco antes, en el invierno:

«¡Con qué gusto y regusto escribo la palabra Duruelo! No creía que nuestro Señor me iba a conceder tal gracia. ¡Bendito sea por todo! A pesar de lo que hay que hacer, raro será el día que no pienes un rato en ese delicioso retiro de recuerdos tan gratos a todos los hijos de santa Teresa. Lo contemplo ahora precioso bajo la capa de nieve. Ahora con Descalzas y ermitañas. Me causan una envidia terrible, no lo puedo remediar».³

Sin embargo, la madre Maravillas echa algo de menos, ¡el sufrir por Cristo! Le parece que allí todo es demasiado «deleitoso», para el deseo que le quema en el alma de asemejarse a Él.

De eso habla con la hermana Dolores a menudo y lo escribe a la madre Magdalena:

«Esto está más que delicioso, sin visitas, en soledad encantadora, ¡un cielo de conventico!, una huerta que es para morirse, en fin, que no queremos esto para nosotras».⁴

«Las hermanas buenísimas, el conventico está ideal, pobrecito, solitario, encantador, pero, claro, nuestra ciudadanía está en los cielos, y se siente un vacío en todo lo que no es Dios».⁵

«Yo no me puedo pasar la vida así, sin hacer nada por el Señor, que ya se me acaba y no puede ser. Si nos vamos a Alaska, muy bien, pero si no, se me ha metido en la testa la India».⁶

Pero ni Alaska ni la India. El Señor la quiere gozando de Él en este rincón de Duruelo, y en «praderas de hierba tierna, la hace recostar».

EL SEÑOR BENDICE ESTAS CASAS

Se ocupa de organizar el trabajo, la comunidad, la granja, la huerta, etc. Son cartas deliciosas las de estos años, que no podemos copiar por no alargarnos. En ellas aparece una mujer que, junto a una profunda oración y unión con Dios, es a la vez práctica, clarividente, con primores exquisitos de caridad y también de humor, sin otro norte en su vida que la gloria de Dios.

Escribe a su cuñada:

«Aquí seguimos contentísimas en esta soledad que cada vez nos gusta más, y nos ha quedado todo muy bien. Hasta la tierra se va arreglando y hemos tenido las patatas necesarias este año para la comunidad, lo que es una gran ayuda. La verdad es que no hay más que poner nuestro pobre e inútil esfuerzo, para que el Señor lo haga todo».⁷

Otro día, el 26 de noviembre de 1948, es a doña Catalina, su gran bienhechora:

«También te daré noticia de estos tus "palomarcicos", de los que el Señor ha querido le ofrecieras, pues realmente gracias a vuestra generosísima ayuda viven, que como está todo, sería de todo punto imposible sacar de nuestro trabajo para los sueldos de los demandaderos, hortelano y capellán, y el Señor nos ha proporcionado gente muy buena y trabajadora. Nos ha quedado todo muy bien, más pobrecito aún que en Mancera, pero todo lo necesario, y la huerta que parecía tierra tan mala, va dando fruto. Somos actualmente dieciocho y tenemos dadas las otras tres plazas a almas que creo muy agradables al Señor. Como decía el padre: "Se ve que en su misericordia el Señor bendice estas Casas de su Madre". Hay un número de vocaciones inverosímil para estos rinconcitos».⁸

LOS DOS CONVENTICOS NOS ARREGLAMOS

Con Mancera la comunicación es diaria. Todas las mañanas viene de este pueblo Juan José con su hijo Anselmito, a trabajar en la huerta. Juan José es un hombre excepcional, bueno hasta la médula. Trae y lleva las cartas. La madre se ha preocupado de que al llegar el frío no venga andando, y le ha comprado un burro o burra, porque le llaman «La Libra». Ella la describe en sus cartas con verdadero humor.

Ya tienen priora en Mancera: la madre Inés del Niño Jesús, un alma angelical que había compartido con la madre todos los avatares de la guerra de 1936, los meses de Batuecas, y la restauración del convento del Cerro. La madre Maravillas la trata siempre con una especial ternura, que no suele usar con otras personas, y con alegre jovialidad.

Mancera y Duruelo son una sola cosa: se intercambian lo que tienen, se cuentan todo. El padre Alfonso Torres gozaría desde el cielo viendo hecho realidad lo que tanto había deseado. En el verano de 1946, después de los Ejercicios Espirituales, días antes de su muerte, había escrito el padre a Mancera:

«Me vine con el corazón lleno de recuerdos, quizás como nunca. Bendigo a Dios por las misericordias que derrama en esas Casas de nuestra Madre Santísima, que son tantas y tan grandes. Las noticias que Vd. me da son para alabar todavía más al Señor. Cada vez se me clava más en el pensamiento, con más fuerza, que esos conventos, que hoy decayeran y se dejaran llevar de espíritu imperfecto, se arruinarían hasta desaparecer como desaparecieron los antiguos. Creo que mientras se guarde con perfección la pobreza y la caridad, no hay qué temer; si decaen estas dos virtudes, hay que temerlo todo. Particularmente creo que necesitan una caridad perfecta mutua, esos dos conventos de Mancera y Duruelo, como les dije. Con ella difundirán gran edificación. Sin ella acabarán cada uno deseando lo suyo y será un desastre. Esa caridad que digo la tendrían si saben sacrificarse a porfía el uno por el otro. Empezando por hacerlo en las cosas materiales, o sea olvidándose en ellas cada una de sí, como gracias a Dios lo está haciendo el Cerro. Esa es la piedra de toque y ahí está el secreto».

«En suma, hay que llegar a darse como Cristo se dio. Otra cosa sería muy discreta y muy prudente, pero no santifica. A lo sumo formará almas ruinmente concertadas, y para eso no fundó santa Teresa sus conventos, ni eso buscaban Vds. cuando entraron en el Carmelo. No olviden nunca que la meta de la vida religiosa es la caridad y que la caridad se alcanza en la medida que se ejercita en el prójimo y no más que esa medida. Esta caridad pidan Vds. para mí como yo la pido para Vds. y que el Señor las bendiga».

De esta caridad hay mil muestras en las cartas de la madre. El Señor se complacía en esta unión de corazones, y en varias ocasiones demostró su agrado, hasta con hechos considerados como milagrosos por las hermanas.

Las monjas de Mancera no tenían aceite, y la madre les envió el que había en Duruelo, quedándose sólo con lo imprescindible en una zafra. A los pocos días, la hermana provisora le dijo que sólo quedaba aceite para una vez. La madre Mara-

villas le contestó que no mirase la zafra y que siguiera sacando el aceite.

Escribe a la madre Magdalena en julio de 1951:

«Nosotras, por la misericordia de Dios, aún sigue saliendo la zafra, y esto será hasta que Dios quiera, que no sé cómo es».⁹

Y poco después:

«Nosotras no miramos la zafra y seguimos sacando... ¡Bendito sea Dios!»¹⁰

¿Cuánto duró esa zafra? Increíble... Todas lo tuvieron por milagro.

Además de esta ayuda mutua, la unión es tan íntima entre estos dos conventos que dicen los vecinos que hasta los caballos se saludan cuando se encuentran:

«En Mancera este año, por la sequía, no han tenido casi verduras; nosotras muchas, aunque no de estas buenas, sino corriente por aquí, y sólo repollo, berza y lombarda, pero les mandamos, y ellas en cambio nos mandan leche que les da su vaquita, y así nos arreglamos continuamente los dos conventicos, que como están tan cerca es muy agradable. Como los hortelanos ven este intercambio de todo, nos decían el otro día que hasta los caballos de los dos conventos, cuando se cruzan por los caminos alguna vez, se saludan, y antes de darse ellos cuenta, se enteran por el relinchar de los animalitos».¹¹

«DOÑA LUISA DE LA CERDA»

Uno de los trabajos en una nueva fundación es organizar la huerta. Las novicias con la hermana Isabel se ocupan de plantar flores, arbustos, pinos y romeros. La madre ofrece plantas y semillas a los otros conventos, y éstos le mandan a su vez de lo que allí tienen. Le encantan las flores, que tanto alegran el jardín, y procura que no le falten al Señor en la capilla. Tiene predilección por los geranios, porque los encuentra muy sencillos y sin pretensiones:

«Los geranios ya están con flor, y como es tan alegrita y tan poco mundana, da gusto verla».¹²

«Lo que es de sueño son las flores este año. Yo no sé si es una cosa que el Señor le hace a la hermana María, porque la verdad es que tenemos poquísimas rosas y cómo se ponen y lo que dan. Sus rosales todos prendieron. El de bolas de nieve de la portería ha dado multitud de rosas que son tan monas, pero unos que nos regalaron de viveros "San Juan", la primera vez que V.R. nos regaló los árboles, eran nada de particular y este año han salido rosas como platos, ideales. Las madreselvas están de sueño, los jazmines empezando y las celindas gigantes, así como la gipsófila y las petunias. Los alhelíes que les dimos las semillas, ¿han visto qué preciosos son?»¹³

Para el 22 de julio quiere regalar a la madre Magdalena, a quien también le gustan las flores para su Cristo, tres plantitas de hierba Luisa, que para eso está cuidando con todo cariño.

«Yo había preparado para este día tres Luisas y las tres han tenido un funesto desenlace. Estaban monísimas, muy prendidas, y dos días distintos que yo no pude regar, me hicieron la caridad de hacerlo las hermanas, y un día con la fuerza con que tiraron el agua del cubo me rompieron una, y otro, otra. Ya no me quedaba más que una que estaba en tiesto y muy tiesita y muy guapa. La llamaban doña Luisa de la Cerda y se reían por lo mucho que la cuidaba. Se pasaba sus grandes ratos navegando por el depósito sobre un corcho y esto le sentaba de perlas, pero no sé si porque tuvo dos naufragios ocasionados por las palomas, que se posan en los corchos para beber, y se fue a pique, o por los insectos, el caso es que se le empezaron a arrugar las hojas y tiene una traza malsísima. Si sale adelante de esta gravísima enfermedad, se la mandaré, pero me temo que no. Ya pondré otros esquejes de que pase el calor».¹⁴

El agua en Duruelo es muy buena y abundante. La madre no cesa de dar gracias a Dios:

«Cuando pienso que vinimos creyendo que habría que traer el agua a cántaros con un borriquillo, y nos da el Señor todo esto...»¹⁵

LA HERMANA JOSEFINA ESTÁ ESPANTADA

Hay un ciprés en una esquina de la pequeña claustura, que a la madre le encanta, porque va creciendo rápido y derecho

mirando al cielo. Con su cruz de palo y el ciprés, tiene la claustra un tono austero y monacal que lleva a Dios. Pero... a la hermana Josefina le espantan las tormentas, tanto que la madre Maravillas le ha dicho que en cuanto empiecen, sea la hora que sea, de día o de noche, que se vaya con ella, para que no esté sola. Ahora ese ciprés, que va creciendo mucho, le preocupa a la hermana, así que la madre, a pesar de lo que le gusta, escribe al Cerro:

«Madre mía, una consulta para ver si V.R. se la puede hacer a alguien. Verá el caso. Tenemos, no sé si se acuerda, un ciprés en la claustra. Está preciosísimo y bastante alto que sobresale ya del tejado y la hermana Josefina está espantada de que con las tormentas haga de pararrayos, y a mí no me parece descaminado. Como el convento es bajito, ese ciprés en cuanto crezca más, pues va a ser una punta hacia el cielo en el edificio. Yo querría saber si en realidad es peligroso o no, porque precioso está, pero claro, si puede hacer de pararrayos lo trasladaremos este otoño aunque se muera, y si ya fuera peligroso, que sobresaldrá como un metro, pues lo quitamos antes».¹⁶

EL FRÍO ES DE RISA

Los inviernos en Duruelo son extremadamente crudo. Este año, como de costumbre, se presenta con abundancia de nieve y hielos. Todo queda hecho un erial. La madre Maravillas lo comenta en las cartas a sus hijas, con su habitual humor:

«Esto preciosísimo, cayendo la nieve como una cortina espesa, espesa. Es una idealidad, nunca he visto nevar así. Anoche fue un verdadero huracán. ¡Dicen que cuando nieva no hace frío! En este momento es imposible que nieve más de lo que está nevando, que son los copos como puños y caen espesísimos y deprisísima, y el frío es tal que no puedo casi tocar las teclas».¹⁷

«El frío ya es de risa; en recreación, dando diente con diente».¹⁸

«Tenemos unos días de rechupete, pero ya era hora, que ha sido un invierno delicioso. La pieza de recreación es un sorbete. Vamos a ver si ponemos algo en las ventanas, porque hay unas grietas que es estar dando diente con diente y entra el aire como en la huerta.

¿Sabe dónde le estoy escribiendo hoy? Pues, qué vergüenza, ¡pues en la cocina! Es que hemos estado todo el día en el archivo, que también es fresquito, y la hermana Dolores me ha dicho que no me dejaba quedarme esta noche, sino aquí. ¡Habrás visto cañamón!¹⁹ semejante! Pero el caso es que, indignada y todo, estoy muy calentita y muy a gusto».²⁰

Ni en invierno cambia sus horas de escritura. ¡Qué bien saben de estas viglias las estrellas! ¡Y cuánto más sabe su Cristo!

La hermana que hace la cocina, cuando por las mañanas vuelve a preparar sus cosas, alguna vez se encuentra todo recogido. La hermana Dolores sospecha quién ha sido, y cuando se lo pregunta a la madre, ella replica que como por el día tiene otros quehaceres, no puede ayudar a las hermanas.

DURUELO, SI LE VIERAN, LES HABRÍA DE GUSTAR

La noticia de la fundación de Duruelo se extiende pronto por toda la Orden. Ya hemos visto el entusiasmo del padre General con este conventito, tan pobre y pequeño. En sus visitas a los distintos Carmelos del mundo, va despertando el interés. Sobre todo, a la hora de hacer una nueva fundación, les dice que pidan a la madre Maravillas los planos de Duruelo, fotografías, y cuanto pueda orientarles.

De entre las numerosas cartas que la madre contestó por este motivo, escogemos la siguiente a la madre Javiara. Esta madre, del Carmelo de El Escorial, junto con su priora, va a hacer una fundación en Burgo de Osma, y quiere los planos del convento de Duruelo. La madre Maravillas, con el cariño de antiguas conovicias que conservaron durante todas sus vidas, le dice:

«No les he enviado todavía los planos, porque no los tengo. Nos los han pedido por indicación de nuestro padre, casi de todas las partes del mundo, pero espero nos los enviarán pronto de nuevo. Este convento es monísimo, si le vieran les había de gustar, que realmente para qué hace falta más, que aún menos tendría la casi-

ta de Nazaret. Claro que hay que dar de mano a muchos prejuicios, pues nada se parece a los conventos que hemos vivido. Este es de una sola planta: en ella las celdas dan a un tránsito, que es el que sirve de claustro y de todo. Las celdas en dos lados, mediodía y levante, dan a la huerta, en el otro dan a la claustra, para coger también el mediodía (cuatro celdas), y en el otro están el refectorio, cocina y enfermería.

Fuera de este cuadrito, que es muy pequeño (la claustra tiene sesenta metros cuadrados) está el noviciado, coro, sacristía y locutorio y arriba, en un pedacito solo edificado, coro alto, tribunas, pieza y ropería.

Fuera del convento está el lavadero, gallinero, provisoría y cuadra, aunque una provisoría muy pequeñita hay también al lado del fregadero y cocina.

La huerta es grande y esto nos ayuda mucho, no sólo dándonos todas las patatas y verdura del año, sino con cosas para alimentar una vaca que tenemos y el verde de las gallinas». ²¹

TE LLEVARÉ A LA SOLEDAD

En el año 1949, el 30 de mayo, la madre Maravillas celebra sus bodas de plata de profesión solemne. Para prepararse a esta fecha, a finales de enero se retira diez días en una de las ermitas. La del Descendimiento está dentro del convento, junto al coro alto. Es muy pequeñita y tiene dos ventanas con vistas al campo,

«con una hornacinita hundida y una tabla debajo sostenida por unos troncos de encina, y ha quedado más pobrecita y devota». ²²

En la huerta hay dos: la del cementerio, en un rincón entre pinos y cipreses, la acaban de arreglar, y las monjas quieren darle la sorpresa a la madre.

«El obsequio del día 7 de mayo fue el arreglo de la ermita de las sepulturas. Han puesto la Virgen de las Maravillas recortada, y está pero que hecha una verdadera preciosidad, convertida en Virgen del Carmen. Está mucho más *«ad hoc»* con Duruelín, que la que teníamos, que fue a la India». ²³

Pero es la de la Cruz, como hemos dicho, la que hace sus delicias. Está totalmente apartada del convento, y hay que subir a ella por una escalerilla de madera. Allí arriba nada se oye; sólo se contempla, desde el balconcillo que da a la huerta, el monte poblado de encinas y el cielo azul. Sobre la puerta que da a este balconcillo, un letrero: «Te llevaré a la soledad y te hablaré al corazón», y por las paredes, unas pequeñas cruces de encina, para hacer el *Via Crucis*. Dentro, una gran cruz de madera, una imagen de la Magdalena²⁴ y una calavera de barro, de las muchas que ha hecho el padre Marcial, O.C.D., para el convento de Duruelo, en recuerdo de san Juan de la Cruz, que tantas puso en aquel primer «portalico de Belén». Una piedra hace de altar y otra de asiento.

La madre está feliz en su soledad. Tanto, que:

«No sabe qué apuro, un día se me fue el santo al cielo y estaba yo encantada en mi ermita de allá, cuando oigo que vienen las hermanas. Me asusté de que viniesen a por mí y al contestar, cuando llamaron, que eran la hermana Dolores y Magdalena,²⁵ les dije que no sería que me viniesen a buscar, y figúrese qué horror, que era que venían asustadas por si me había pasado algo, que ya habían hecho examen y estaban en el refectorio. Yo no sabía cómo entrar y lo peor fue que me dio un ataque de risa horroroso y se contagiaron todas. Luego tuve que ponerles un papelito, pidiéndoles perdón».²⁶

Las hermanas, aunque están deseando tenerla ya con ellas, comprenden bien lo que son para la madre estos días «a solas con Dios», y después de este percance le pasan un billetito, ofreciéndole que se quede en retiro un par de días más. Es el mejor regalo que le pueden ofrecer. La madre les contesta con otro billete, y les dice, llena de agradecimiento:

«Hijas mías, les estoy tan agradecida que no puedo por menos de decírselo. El Señor mío vio la necesidad y se lo inspiró. Él se lo pague todo. Pídanle muchísimo por esta pobre, para que la conversión sea duradera y definitiva hasta la muerte, como lo espero de Quien así nos ama».²⁷

¡Cómo escondía la madre el «secreto del Rey»! Dios inspiró a sus directores espirituales que conservasen la mayoría

de las cartas de esta alma privilegiada. Gracias a ellos ahora podemos contemplar algo de las maravillas que el Señor obró en ella. Aunque nunca descubrió el fuego de amor que la consumía, éste se transparentaba en todo su ser.

Estos días de intensa unión con Dios, en la soledad de su ermita, fueron, sin duda, una preparación para lo que iba a venir después. ¿Estará contento mi Cristo? Es lo único que le preocupa a la madre.

LA QUE ME VOY SOY YO

El padre Silverio varias veces le ha pedido monjas, para llevar a conventos del extranjero, cosa que no ha sido posible por las circunstancias. Un día —corre el mes de abril de 1949—, estando la madre en la portería con la hermana Isabel, llegó el correo con una carta de la Casa Generalicia de los Carmelitas Descalzos. La madre conoce bien la letra. Es del padre Silverio. Y le dice a la hermana Isabel: «Si nuestro padre me pide monjas para algún sitio, la que va soy yo».

Efectivamente, el padre Silverio le ruega encarecidamente que envíe dos carmelitas bien formadas, que le han pedido del Carmelo de New Port, en Estados Unidos. «Si fuera posible, que supieran algo de inglés. Convendría que no fueran de mucha edad, ni muy jóvenes». Además insiste en dos cosas: «Que le conteste enseguida y que no se las niegue». Él se ocupará de hacer todos los trámites.²⁸

La madre accede a estas dos peticiones y le añade que irá ella, no porque crea que pueda servir más que otras, sino porque con esto tendrá algo que ofrecer al Señor. Pero pone como condición llevar no sólo una compañera, sino dos. Ella piensa que puede morir pronto, y así no quedaría una sola allí. De esta noticia no se enteran más que las hermanas Dolores e Isabel, que serán sus compañeras. Las tres guardan un riguroso secreto. En el fondo tienen cierta esperanza de que el padre diga que no.

El 22 de mayo llega otra carta en la que, con mal disimulada alegría, el padre General dice que lo deseaba de todo corazón, pero que le había parecido demasiado pedir que fuera la madre. Quiere que sea pronto y ha hecho las diligencias necesarias, tanto en la Sagrada Congregación, como en el Obispado de Ávila. Total, ¡cosa hecha!

La verdad es que aunque la madre Maravillas nunca se sintió necesaria en ninguna parte, ahora en Duruelo, mucho menos. Hay monjas muy completas, en la comunidad son ya veintiuna y el noviciado está muy floreciente. Piensa que la hermana Magdalena de Jesús, a pesar de que aún no tiene treinta y cinco años, podría ser una excelente priora, mucho mejor que ella. Así se lo dice de corazón a las hermanas de su mayor confianza. Hace tiempo que lo venía pensando, y cree que ahora sería el momento.

Y empieza a preparar la partida. Primero comienzan a desempolvar su inglés, que ya tenían bastante arrinconado, e incluso hablan a las Religiosas Irlandesas, que se ofrecen encantadas a ir a Duruelo para ayudarlas. Cuando las hermanas se van enterando de la noticia, se quedan consternadas. El noviciado nada sabe, aunque intuye que algo pasa, a pesar de que se esfuerzan todas en recreación por bromear y reír.

La madre ha llamado a doña Narcisa, a quien quiere de verdad, para darle la noticia. Acude en verano con dos de sus hijos a Duruelo, y se queda desolada. Como siempre pasa sola al locutorio, éstos no se enteran de nada. Sólo, que su madre dice a las monjas al despedirse, con voz quebrada: «Unidísima, unidísima», y lo mismo se repite en los locutorios del Cerro y Mancera, por donde pasan a la vuelta.

En Duruelo queda todavía mucho por hacer, y antes de marcharse quiere dejar todo bien arreglado. Entre otras cosas, la luz eléctrica, de la que aún carecen en el convento. Así se lo cuenta a doña Catalina Urquijo:

«Os quería hablar de un asunto importante para este conventico. Se trata de la luz eléctrica. No le daría importancia si no fuese por la huerta, pues por el convento, aunque para el coro es muy conveniente, por lo demás nos arreglamos muy bien sin ella.

Ahora por fin traen la luz los propietarios de esta finca, y nos ofrecen si queremos tomar parte. Parece ser que nos costaría todo acabado treinta mil pesetas. Se me ha ocurrido pedirselo a María Chirel, pero, si me contesta que no, ¿podríais hacerme la caridad de darnos la firma para sacar ese dinero del banco?»²⁹

«Me da mucha tranquilidad dejarles la luz, que será de mucha ayuda para la comunidad».³⁰

Por añadidura, otro asunto viene a complicar la situación. Hace poco más de un año, el padre Silverio lanzó la idea a la madre Maravillas de que quizá sería un gran bien para la Orden que el convento del desierto de Las Batuecas se lo cedieran a los frailes, para que aquel santo lugar volviera a su primitivo destino. La madre lo trató con la comunidad de allí. A aquellas carmelitas les costaba tener que dejar su encantadora soledad, y así se lo escriben a la madre. Se cruzan varias cartas, en las que la madre Maravillas insiste en que son ellas las que tienen que tomar la decisión. Y por último les dice que piensen la gloria que eso podía dar a Dios.

Estas palabras, al fin, las han desarmado y, con gran generosidad, lo ceden a los padres Carmelitas Descalzos. Sólo ponen dos condiciones: que si algún día deja de ser el santo desierto que ahora se pretende, volverá a su propiedad, y que sea la madre quien escoja el sitio para su traslado y dirija las obras del futuro Carmelo.

Y ahora, cuando surge la marcha a América, están precisamente en plena construcción del nuevo palomarcito para la comunidad de Batuecas. El lugar ha sido escogido junto a la ermita del santo Cristo de Cabrera. Por eso, las monjas de aquella comunidad, al enterarse de lo que está pasando, acuden al señor Obispo de Salamanca, a cuya diócesis pertenece Cabrera, para que procure que se aplace la ida de la madre y las dos hermanas. Don Francisco Barbado acude al padre Sil-

verio, con quien le une una gran amistad, pidiendo el retraso del viaje. El padre General accede, pero en una carta a Duruelo dice: «Abrevien la partida cuanto sea posible».³¹

Todas se alegran de esta tregua. La madre, como siempre serena, deja al Señor las «riendas» y sigue el camino trazado.

Un buen día, a fines de noviembre, la hermana Magdalena, en quien como hemos visto cifraba sus esperanzas, tiene un vómito de sangre, y tras éste otro y otro. Postrada en cama, está gravemente enferma.

¿Qué va a ser de Duruelo? La madre no se lo cuestiona. Se constituye en su enfermera de día y de noche, y no dejará, por mucho que se lo supliquen, que ninguna hermana la vele; sentada en el suelo a la puerta de la celda de la enferma pasará las crudas noches del invierno.

Las fundaciones de la madre se vuelcan en medicinas y alimentos.

Estos días escribe al Cerro:

«Lo principal es que dé a Dios todo lo que Él quiere de ella, y si Él quiere que le sirva por la enfermedad en vez de lo que nosotros pensábamos, pues que su santo nombre sea bendito. Suyas son estas casas y Él sabe lo que quiere hacer de ellas, ¿verdad?»³²

Mientras tanto, confiada en la Providencia, siguen los preparativos para New Port. Tiene además entre manos otros asuntos importantes: procura que las obras de Cabrera avancen a buen ritmo. Se ocupa de organizar un grupito de hermanas para que vayan al Carmelo de Kottayam, en la India, de donde se las han pedido. Hace gestiones y trabaja para que Batuecas quede en condiciones de que puedan habitarlo los frailes, etc., etc. Olvidada del todo de sí, cuando llegan las Navidades no quiere ni que la marcha, ni la enfermedad de la hermana Magdalena apaguen la alegría de esos días.

Y escribe:

«¡La verdad es que somos felices! Si el Señor nos preguntara de esto o de lo otro, del momento de la muerte, de la enfermedad que que-

ríamos morir, de cómo querríamos estar, etc. sólo podríamos decirle: "Señor, cuando Tú quieras, como Tú quieras, lo que Tú quieras", es lo único que queremos y deseamos, así que tenemos cumplidísimos todos nuestros deseos que no son otros que su Voluntad».³³

LLUVIA DE ROSAS

Las monjas, de las que la madre ha dicho que están admirables, con mucha generosidad desde el primer momento, acuden en el silencio al Señor, rogándole que impida la marcha de la madre y las hermanas. Alguien lanzó la idea, que comunicó también a los otros conventos, de pedir la intercesión de la santita de Lisieux. «¿Por qué no pedimos a santa Teresita que nuestra madre no se vaya a América?» Y se le ofrecen «bautizos» y se hacen novenas.

Santa Teresita no se hizo esperar mucho. Un día que estaban en recreación en la huerta, la madre empieza a sentirse mal, con un fuerte dolor de cabeza, como si la tuviera atenazada por un cerco de hierro. Se le produce un derrame en el ojo. Las hermanas se asustan. Viene rápidamente don Julián, el médico de Mancera, que con tanto cariño las atiende, que diagnostica una fuerte subida de tensión. Le receta los medicamentos pertinentes y le impone un régimen riguroso de comidas, después de aconsejarles que vigilen la tensión de la madre.

Las hermanas le hacen saber que la madre Maravillas se marcha dentro de muy poco a América, y el médico dice que por ahora no hay que hablar de ello, pues la madre tiene que cuidarse.

La hermana Josefina se apresura a escribir a su hermano, el padre Silverio, comunicándole lo sucedido y cuanto ha dicho el médico. Lo hace tan al vivo, que el padre en cuanto puede contesta desde Buenos Aires:

«No me gusta la alta tensión que parece tiene y no sé si será una temeridad que se ponga en camino en esas condiciones. Mi voluntad sobre ese viaje es sólo si está en condiciones de realizarlo, si

no, de ninguna manera lo quiero. Busquen el parecer de dos médicos competentes y que luego me lo transmitan a Roma. Este asunto podrá resolverse de otro modo. No hago cuestión cerrada».³⁴

Los doctores consultados opinan que esa alta tensión de la madre ha de someterse a un fuerte tratamiento, aunque de momento haya pasado. Las monjas de Duruelo no caben en sí de gozo. Quieren comunicarlo rápidamente al Cerro, y, como por entonces no hay teléfono ni allí ni en los alrededores, envían un telegrama desde Peñaranda, con el siguiente texto:

«Estupendo milagro. Lluvia de rosas, canten *Te Deum*».

La madre priora nada más leerlo lo entiende al vuelo. Reúne a todas las monjas y les da la gran noticia: «¡Nuestra madre no se va!» Y, con el corazón rebosante de agradecimiento al Señor y a la santita, cantan un *Te Deum* en acción de gracias.

La telefonista de Getafe que recibió la misiva se olvida del secreto profesional por esta vez y lo comenta a su manera. Corre entonces por el pueblo el rumor de que han llovido pétalos de rosas en Duruelo. ¡Claro, la madre Maravillas! No les choca. ¡Cuántos fueron los que pidieron el favor de algún pétalo de aquellas rosas!

La hermana Josefina recibe parabienes, por el éxito de su gestión, de las monjas de Mancera, Batuecas y el Cerro. Estas últimas le mandan un estuche con un simpático verso, lleno de cariño, dedicado a su pluma «de oro».

El padre Silverio, resignado, escribe a su hermana poco después:

«Yo tenía interés de su ida, porque el Carmelo americano tiene muy buenas disposiciones para apreciar los valores más altos que tenemos en la Reforma, entre los cuales cuento a nuestra querida priora de Duruelo».³⁵

¿Qué pensó la madre Maravillas? Parecía la menos entusiasmada. Sólo comentó: «¿Estará contento mi Cristo? Espero que sí, que si no, "no quiero contento, mi Jesús ausente"».³⁶

NOTAS

- ¹ Carta 6877, al P. Silverio de Santa Teresa, O.C.D., p.12934.
- ² Carta 6878, al P. Silverio de Santa Teresa, O.C.D., p.12936.
- ³ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.335.
- ⁴ Carta 1537, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2944.
- ⁵ Carta 1577, a la misma, p.3094.
- ⁶ Carta 1529, a la misma, p.2917.
- ⁷ Carta 5570, a doña Adelaida Fernández Hontoria, p.10910.
- ⁸ Carta 5994, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11450.
- ⁹ Carta 1780, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.3856-3857.
- ¹⁰ Carta 1779, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.3829.
- ¹¹ Carta 6046, a doña Catalina Urquijo de Oriol, pp.11537-11538.
- ¹² Carta 3177, a la M. Teresa Constanza de Jesús, p.7082.
- ¹³ Carta 1768, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.3784-3785.
- ¹⁴ Carta 1779, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.3829-3830.
- ¹⁵ Carta 1792, a la misma, p.3889.
- ¹⁶ Carta 1768, a la misma, p.3785. El ciprés no se quitó entonces, sino años después.
- ¹⁷ Carta 2650, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.5115.
- ¹⁸ Carta 2692, a la M. Inés del Niño Jesús, p.6021.
- ¹⁹ Esta frase se la decía mucho su padre, cuando era pequeña.
- ²⁰ Carta 1607, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.3207.
- ²¹ Carta 5247, a la M. Javiera de Jesús, p.10528.
- ²² Carta 3111, a la M. Teresa Constanza de Jesús, p.6860.
- ²³ Carta 2657, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.5953.
- ²⁴ Esta imagen era de casa de los Marqueses de Pidal.
- ²⁵ Estas hermanas eran las enfermeras.
- ²⁶ Carta 3111, a la M. Teresa Constanza de Jesús, p.6860.
- ²⁷ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.349.
- ²⁸ *Ibid.*, p.347.

²⁹ Carta 6014, a doña Catalina Urquijo de Oriol, pp.11480-11481. La M. Maravillas quería pedir un crédito al banco.

³⁰ Carta 6015, a doña Catalina Urquijo de Oriol, p.11483.

³¹ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.353.

³² *Ibid.*, p.351.

³³ *Ibid.*, p.352.

³⁴ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.354.

³⁵ *Ibid.*, p.355.

³⁶ Carta 1695, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.3502.

CAPÍTULO X

EL PALOMAR POR DENTRO

NO cabe duda de que Duruelo tiene algo especial. Lo dicen cuantos se acercan a este lugar, santificado por san Juan de la Cruz y los primeros Descalzos Carmelitas. Lo inmortalizó a su vez santa Teresa en el *Libro de las fundaciones*. El padre General, fray Silverio de Santa Teresa, ha escrito en una ocasión que no ha visto, ni en España ni fuera de España, cosa más teresiana que Duruelo. Sí, ¡Duruelo tiene algo especial!

Este lugarcillo, antes tan abandonado, vuelve a tener vida. Ahora tiene un atractivo más, un palomarcico de las hijas de Santa Teresa y en él, la madre Maravillas de Jesús. Dice que por tener ese nombre poco corriente la gente se acuerda de ella; si se llamara María, nadie la conocería. Y lo dice de verdad.

Hasta el revisor del tren está extrañado. A doña Narcisa, que viaja a ver a la madre, le pregunta qué es lo que hay ahora en Gimialcón, que baja tanta gente. La señora le explica que en Duruelo hay ahora una madre que es una santa. En este apeadero la tartana recoge a los amigos y familiares, para bajarles, por aquellos montecitos de encinares y trigos verdes, hasta el convento. Por aquí mismo se perdió un día Teresa de Jesús.

VENGA CON UNA DETERMINADA DETERMINACIÓN

Al llegar a este momento de la historia de Duruelo, quisiéramos hacer una pequeña semblanza de la que fue el alma de este Carmelo, en su faceta de madre y formadora.

Las vocaciones afluyen sin cesar. Llegan de todas partes, algunas con historias novelescas, como la de aquella joven a quien sus padres han negado el permiso para ser carmelita. Desde que lo dijo la tienen vigilada. Pero ya ha cumplido los veintiún años, y un buen día dice en su casa que quiere ir a Salamanca. Un hermano la acompaña y la deja dentro del tren que la ha de llevar a la vecina capital, pero ella, con el tren casi en marcha, por el lado contrario al andén, salta y sube a un vagón de mercancías que sabe parará en Gimialcón. Llega allí entrada la noche y una señora del pueblo, la señora Eusebia, le ofrece albergue. Y al aparecer las primeras luces de la aurora, emprende andando los cinco kilómetros que la separan de Duruelo, pidiendo, al llegar a sus puertas, que le abran rápido, pues dejó una carta escrita en su casa, y seguro que vendrán detrás.

Así es; la escena es dura en el locutorio, pero bien segura de su vocación resiste a todo, aunque con el dolor consiguiente de hacer sufrir a los suyos. Las leyes civiles de entonces no consideraban la mayoría de edad a los veintiún años, sino sólo para contraer matrimonio. Para ingresar en la vida religiosa marcaba los veintitrés. La familia, enterada de esto, pone pleito a la comunidad, tratando con ello de sacar a su hija del convento. Sufre la madre por esta situación, pero a la vez se alegra, al ver la seguridad y firmeza de esta vocación, que está dispuesta a todo por seguir la llamada de Dios.

La madre Maravillas escribe entonces al Ministerio de Asuntos Exteriores, exponiendo el caso y pidiendo que se considere igualmente la mayoría de edad para tomar el estado religioso a los veintiún años. Suplica, además, que se modifique

esta norma. Poco después, recibe contestación del ministro, don Alberto Martín Artajo, que, habiendo reflexionado sobre el caso, accede a la petición de la madre. Las Cortes modificaron dicha ley. Y todo quedó solucionado. Años después, los familiares de esta hermana serán los mejores amigos del convento.

En 1952 se le presenta a la madre Maravillas un caso bien extraño. Llega a las puertas de Duruelo una señora casada de cuarenta y seis años que, de común acuerdo con su marido, que ingresa a su vez en el seminario de Ávila, decide consagrarse a Dios en el Carmelo.

Unos Ejercicios Espirituales, quizá hechos de mala gana, cambiaron de pleno el rumbo de su vida, y la dirección espiritual de don José M^a García Lahiguera¹ le abrieron los horizontes maravillosos del amor divino. Siente el vacío inmenso que ahora dejan en su alma las veleidades del mundo, por las que antes se sentía atraída. Y es don Baldomero Jiménez Duque quien la encamina hacia Duruelo.

La madre Maravillas, alma grande y llena de caridad, lo ha consultado con sus hijas, y la han recibido.

¡Qué mérito el de esta hermana! ¡Y qué tacto, prudencia y caridad derrochó con ella la madre! Sabía hacerse, como diría san Pablo, «toda a todos», con tal de llevar las almas a Cristo.

Llegó su toma de hábito. Estaba radiante, feliz. Delante de amigos de antaño, había cambiado sus vanidades por el burdo sayal del Carmelo. Pero no pasaron dos días cuando una mañana, al dar la señal para levantarse, no pudo hacerlo por el dolor de espalda que la oprimía. Sus piernas no le respondían. Al echarla de menos, fueron a su celda y pudieron ver la cara de desconsuelo de la pobre novicia. Su angustia era, más que por el dolor que sentía, porque pensaba que no tendría salud para ser carmelita. Su columna, delicada, no podía soportar el peso del hábito. La madre Maravillas la tranquilizó. Aquel día permaneció descansando, mientras varias hermanas se ponían a

coser un nuevo hábito de tela mucho menos pesada, que ya vistió toda su vida.

Al mismo tiempo que la hermana hizo su profesión solemne, a su esposo se le conceden las órdenes. Siempre fue felicísima en el Carmelo. Entregó su alma a Dios en la fundación de Montemar (Torremolinos), el 22 de diciembre del año 1966.

Otras son historias bien sencillas. La joven que ahora nos ocupa hace la número veintiuno de la comunidad. Siempre, desde muy pequeña, pensó en consagrarse al Señor. Hija única, con dos hermanos varones, todos se miran en ella. Es la menor de la familia. Con diecisiete años ingresó en la comunidad de Mancera, pero se resintió su salud. Han pasado cuatro años de aquello, y durante ese tiempo ha mantenido fiel correspondencia con la madre, que derrocha cariño con ella. Ahora, a finales de 1949, el médico le ha dicho que ya se encuentra en condiciones de volver al Carmelo.

El 20 de octubre, la madre Maravillas le escribe así:

«Puede venir cuando quiera, que ya está todo preparado, y Vuestra Caridad echa el cerrojo, que ya es la veintiuna. No dudo vendrá con una determinada determinación de hacerse o mejor, dejarse hacer santa, que si no opone resistencia, sino que coopera a la gracia, el Señor lo hará; procure ofrecerle su sacrificio con el mayor amor de que sea capaz, ya que tan inmenso e infinito se lo tiene Cristo nuestro Bien. Venga dispuesta a olvidarse de sí misma desde el primer momento, para no ocuparse sino de Él solo, y en la nada del Monte Carmelo lo encontrará todo. Recuerdos a sus padres, y a su madre que la recuerdo muy especialmente y todas pedimos por ella. Las hermanas le envían un fuerte abrazo en el Corazón Divino, y sabe con cuánto cariño la esperamos».²

Y a la madre de la nueva postulante escribe la madre Maravillas, con gran caridad, pocos días después de la entrada:

«Uno estas letritas a las de su hija para decirle que el Señor, en su amorosísima Providencia, sigue completando su obra en ella, y se encuentra feliz y en su centro en esta Casa de la Virgen. De salud también está muy bien, gracias a Dios, así que, en medio del sacrificio que el Señor les ha pedido, pueden tener el consuelo de saberla muy contenta y cumpliendo la voluntad de Dios. Con mucho

recogimiento está en su celdita pobre y con mucho garbo coge la escoba para barrer. Ya saben que todas estas hermanas y lo mismo esta pobre Descalza les estamos muy unidos y que de este convento, donde tienen un pedazo de su corazón, suben siempre al cielo por Vds. oraciones y sacrificios».³

Esta novicia no echó el cerrojo. Siguieron llamando a las puertas, y hubo que abrir. El señor Obispo, el padre General, el padre Valentín, todos eran de la misma opinión, hay que admitir sobrenúmero, se hará una nueva fundación. La madre tampoco olvidaba aquello que oyó un día en su interior: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres». Se haría un nuevo palomar, en él habría un nuevo sagrario donde Cristo recibiese el amor y la compañía de sus carmelitas.

Con otra joven también ha mantenido larga correspondencia. Después de superar grandes dificultades, durante varios años, en las que la madre Maravillas le alienta y le ayuda, al fin pudo ser carmelita. En una de esas cartas le ha dicho:

«Piense que nunca está sola, que su Cristo está siempre pendiente de Vd. y con amor inmenso espera los frutos que Él codicia en su alma para poder unirla a Él. Ya sabe lo grandes que son los frutos de la bendita cruz, y ésta tenemos que confesar que es grande, pero escogida por el Señor para Vd. No se deje engañar pensando en motivos humanos. El porqué, Él lo sabe. Nosotros sólo, que tantos motivos tenemos para creer en su amor, debemos acatar con todo el corazón lo que Él y sólo Él dispone, porque puede hacer de nosotros y con nosotros lo que quiera, y nosotros también queremos que Él lo haga, ¿no es verdad que sí? Yo ahora querría que se olvidase de sí lo más posible, de su pena, de todo, para ocuparse de Él, y entonces ¡cómo cambia todo! Ahora lo que tiene que procurar es ejercitar las virtudes con todos, procurando ser muy complaciente, ocupándose también de los demás más que de sí misma y procurando dar gusto en su casa todo lo que pueda.

¿Ve qué bueno es el Señor? Pues siempre es igual de misericordioso y amoroso con el alma, cuando se oculta como cuando se muestra, pero cuando esto hace falta, también lo hace, ¿verdad?»⁴

Novicia del año 1952 era una de aquellas niñas que con la madre Maravillas y el padre Torres visitó las obras de Durue-

lo el verano de 1946, y a la que el padre, como vimos, escogió una celda escribiendo su nombre en la pared.

Para el día de la inauguración de Duruelo, se habían hecho unos recordatorios. La madre había dedicado uno a cada una de las niñas. En el de nuestra futura novicia escribió:

«A ver si vienes a conocer Duruelo ya habitado y te elige el Señor para "vivir en su casa todos los días de tu vida". Te desea tan gran felicidad, Maravillas de Jesús».

Estas niñas con su madre iban casi todos los veranos a pasar unos días en Duruelo. Esperaban con ilusión esta visita al Carmelo, donde la semilla que el Señor había echado en sus corazones iba germinando. Uno de estos veranos, el del año 1950, han acompañado a la madre y dos hermanas a ver las obras del conventito de Cabrera. A la vuelta pasaron por Alba de Tormes. Tiene entonces dieciséis años y aún hoy conserva viva la imagen de la madre Maravillas inmóvil, abstraída de todo, arrodillada ante el corazón de la santa. Es entonces la primera vez que habla a la madre de su vocación al Carmelo. Desde este momento, se inicia una correspondencia entre ambas, de la que nos parece interesante extractar párrafos de algunas cartas:

«Tu vocación se ve, gracias a Dios, muy muy clara, y por eso ya te hablo con toda confianza, que hasta que el Señor demuestra su voluntad a las almas no me atrevo a decir nada que pueda influir en cosa tan delicada y tan sólo de Dios. "Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta de sólo contentar a Dios", y no dudo que como éste es sólo tu deseo, te sentirás en él completamente feliz como lo somos todas nosotras, con un lleno y una felicidad que aumenta cada día, por acercarse más a Dios. Felicidad que nada ni nadie nos puede quitar, por estar basada en la cruz.

Comprendo que te cueste estudiar y te costará cada día más. Me parece muy bien que lo tomes como una flor que ofrecer a la Santísima Virgen en su mes. Ya no te quedará mucho, porque una vez oída la voz de Dios, ¿para qué no responder a ella cuanto antes?

Y sabes cuánto pedimos por ti. Procura ser muy fiel en todo a Quien con tanto amor de predilección te ha amado».⁵

«Mucho te va a costar el hacerlo —decírselo a su padre—, pero vale tanto la vocación, que todo se puede hacer por cumplirla, y el Señor, si se las pides, te dará fuerzas para ello. Consuela pensar que aunque ahora les hagas sufrir hablándoles así, vas a ser la causa de que, por esto mismo, tengan mayor recompensa en el cielo y aun en esta vida se acerquen más y más a Dios».⁶

«Por mucho que des tú a Dios, nunca podrás pagarle la deuda tan inmensa de amor que tienes con Él, que desde que viniste al mundo te ha rodeado de tantos medios para conocerle y amarle, y que te ha dado en tu vocación una tan gran señal de predilección, pues no cabe duda de que a la carmelita la quiere guardar para Él solo y que su apostolado sea en soledad de todo lo del mundo, ofreciéndose e inmolándose constantemente en su corazón. Dicen hace una obra tan grande de caridad, que no hay nada que se le iguale en este mundo. Claro que es, bien lo sabes, vida de cruz, porque es vida imitando a la que vivió su Hijo tan amado, como dice la Santa Madre, pero bien sabemos también que "si el Señor nos mostró el amor con tan espantables obras, ¿cómo queremos contentarle con sólo palabras?", y al entrar en el Carmelo, por su misericordia, le damos todo cuanto tenemos.

Debes procurar guardar este tesoro, primero, de los peligros del mundo, siendo muy fiel en tus ejercicios de piedad, en sacrificarle aquellas cosas que te gustan y te atraen, aunque no sean malas, sólo por ofrecérselas a Él, que en cambio de estos pequeños vencimientos te dará la fuerza necesaria para luego cosas mayores que se te pueden presentar, que mucho ha de hacer el enemigo para tratar de estorbar la santificación de un alma que tantas le puede arrebatarse».⁷

«Veo que la Santísima Virgen te ha ayudado y tendido su man maternal. Nada tienen de particular esas luchas y sentimientos. Es mucho lo que has recibido y muy grande la gracia de la vocación de carmelita y el enemigo no puede ver todo esto. No veo el momento de verte segura en la "Casa de María", para que el mundo no logre robarte nada de lo que ya no es tuyo, sino de Dios».⁸

Ya se acerca la fecha de la entrada, cuando le escribe:

«No me extraña hayas gozado cansándote por dar a conocer al Señor en esos barrios. Aquí no tendrás la compensación de ver el bien que haces, pero ésa será una moneda más para comprar almas para Jesús. No te extrañe todo cuanto experimentas, confía en el Señor, que con tan inmenso amor te llama, y en Él encontrarás todo cuanto tu corazón pueda desear, la felicidad verdadera, no esa ficción que el mundo ofrece. Yo doy gracias a Dios de que te guarde,

ayude y fortalezca en esas luchas, pero también de que las tengas, pues así le será más agradable tu sacrificio».⁹

¡Y claro que encontró la felicidad verdadera! Nadie podrá reprochar a la madre el no haber puesto en la verdad a aquellas jóvenes aspirantes. Sabían muy bien a lo que iban: buscaban el padecer por Cristo, y por eso hallaron una felicidad que nunca pudieron sospechar.

Todas estas cartas se conservan en el archivo de Duruelo. Las que en vez de correspondencia tuvieron la dicha de tratarla en el locutorio, pueden decir lo mismo. Estas son simplemente pinceladas.

MADRE Y FORMADORA

Sin duda, muchos se preguntan: ¿qué hacía la madre Maravillas para tener ese atractivo con la juventud? ¿Cómo trataba o formaba a sus novicias, algunas tan jóvenes? ¡Se habla ahora tanto de pastoral vocacional! La madre Maravillas era una convencida del amor de Dios a las almas que escoge, y no enseñaba más que lo que ella había experimentado y vivía.

¡Cómo sabía modelar esas almas enamoradas del Señor! Ella sigue de cerca la marcha de sus novicias. A veces las llama a solas, pasean por la huerta, escucha sus luchas, sus deseos, sus fervores y también sus oscuridades. Parece que con una mirada conoce hasta el fondo de sus corazones y el estado de sus almas. No echa discursos. Generalmente, con una sola palabra oportuna, endereza y devuelve la calma. Un «todo lo puedo en Aquél que me conforta» o el «ahora empiezo» de David, o simplemente aquello de «ámele mucho, que se lo debe» de san Juan de la Cruz, dan vigor y fortaleza a aquellos corazones, dejándoles más encendidos en el amor a Jesucristo y en el deseo de dar almas a su Dios.

Los domingos suele llevarlas por la tarde, si hace bueno, a la huerta. Y allí, sentadas bajo una encina, la madre les recuerda y comenta con ellas, con una unción que nunca olvidarán, estrofas del *Cántico espiritual*, o les explica el *Monte de las nadas* de san Juan de la Cruz. ¡Cómo disfrutaban las novicias en estos ratos y cómo la echan de menos si falta algún día!

Ellas le dan cuenta de su alma a menudo, de palabra o por escrito. Por las noches, antes de la hora del descanso, se ven en su puerta largos papeles escritos, que la madre lee cuando todas duermen. Si lo cree necesario, al día siguiente llama a alguna o contesta en pequeños billetes. Por ejemplo:

«Si su Rey está contento, ¿qué más puede desear? Con toda el alma dígame, "a todo digo que sí por amor a Ti"».

«Déjese, hija mía, guiar por donde quiere su Niño y siempre con alegría, que nadie la ama ni busca su bien como Él».

«Ame al Señor con toda su alma y pruébeselo con obras; verá maravillas».

«Piense, hija mía, si ofrece hoy su sacrificio con mucho amor y completa unión con la voluntad de su Señor, cuánto puede consolarle y agradecerle, y ¿qué más puede desear? "Señor, me llenáis de alegría con todo cuanto hacéis"».

No hay nada de cariños humanos. El suyo siempre fue verdadero y en Dios y para Dios; quizá fuese esto lo que más atraía en ella. Era como el puente que unía a las almas con el Señor.

A otros Carmelos escribe sobre sus novicias: de cómo son y de cómo van haciendo progresos en su entrega al Señor. Entresacamos algunos detalles tan simpáticos como éstos:

«La hermana X. una verdadera monada, tan alegre, es listísima. Yo no lo puedo remediar, pero le tengo mucho cariño».¹⁰

«Tenemos un noviciado que es para alabar a Dios. N. es un verdadero jilguerillo, pero un jilguerillo que está todo el día bien callado por amor a su Cristo, pero en las horas de recreación a mí se me ensancha el alma al oírle esa carcajada tan alegre que tiene».¹¹

«D. es de manera de ser monísima, y una cabeza muy buena».¹²

Disfruta oyéndolas en recreación y procura que salgan a la huerta a coger fruta o a quitar hierbas, cuidar las flores, y goza al verlas animadas y alegres.

Sus hijas, como muchas personas de las que trataron a la madre, han guardado hasta el más mínimo recado escrito de su mano. En estos pequeños billetes podemos ver la preocupación de la madre Maravillas por sus monjas. Elegimos sólo algunos, pues nos haríamos interminables.

Está una novicia algo enferma y no la ha dejado levantarse temprano. Antes de la oración, como es hora de silencio, da un papelito escrito a otra novicia, que dice: «Vaya al noviciado mientras las Horas, por si necesita algo la hermana X., pero si puede dormir allí un poco, mejor. Siéntese lo más cómoda que pueda y póngase la capa o una manta». Quizá ha visto que la pobre novicia se está cayendo de sueño, ¡son tan jóvenes!, y aprovecha la ocasión, encomendándole un quehacer de confianza, para que duerma un poco.

¡Cuántos detalles tiene la madre! Como a esas tres más jovencitas, casi niñas, o a aquella otra mayor de complexión más delicada, a las que al llegar la noche, después de haber ayunado como toda la comunidad, les hace ir al refectorio a tomarse una taza de leche con un huevo batido que les ha hecho preparar.

Y ¿cómo era la madre respecto a las faltas de las hermanas?

La hermana N. ha pedido a la madre permiso para todas las noches hacer una pequeña penitencia antes de entregarse al descanso. Una noche llega a la celda con más sueño y cansancio aún que de costumbre, o quizá está más fría en el amor de Dios. Lucha, duda, pero se deja vencer y no la hace. Por la mañana, siente pena y remordimiento de haber negado aquel pequeño sacrificio al Señor y deja un papel a la puerta de la celda de la madre, contándoselo todo. Poco después encuentra ella en su celda la respuesta:

«Sí, hija, tenga mucho cuidado de dar siempre al Señor cuanto Él quiere y serle muy fiel, que no merece menos Quien tanto la ama y tanto sufrió por Vuestra Caridad. ¿Le pidió su ayuda en la lucha para no caer? De todos modos ya sabe, si caemos "Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo". Desanimarse nunca, pero ahora tiene que hacerle olvidar su infidelidad con más intensidad de amor, y que lo que haya sacado de esto el enemigo sea mayor intimidad de su alma con Cristo, como Él lo desea. Al besar en reparación su crucifijo, dígame que le ama más que antes».

Esta misma hermana nos cuenta que un día entró en el noviciado con una plancha de carbón recién cogida de la cocina, de las que entonces se usaban. Encontró a otra hermana, que le pidió la caridad de que le quitase una mancha de cera que le había caído en el escapulario. La hermana, alegre y servicial, pero sin discurrir demasiado, se prestó rápida a ello y, poniendo sobre el escapulario un papel finito, para que reabsorbiese la cera, aplicó la plancha. Al instante se abrasó la tela, quedando en ella un perfecto agujero de la forma y tamaño de la plancha. Corrieron las dos a decir su «culpa» a la madre, que, al ver aquel desaguisado y su apuro, con la misma mansedumbre de siempre y con la sonrisa en los labios, sólo les dijo: «Hijas, ¡por Dios!, quemen sólo sus almas en amor de Dios».

En otra ocasión, una novicia estaba muy angustiada, dando vueltas en su interior a ciertas cosas que le habían pasado y que la madre ya sabía. Se encontraron en un tránsito, y al ir la novicia a besarle el escapulario, oyó que aquélla le decía: «Hija, está ciegucecita». La luz se hizo con estas palabras en su alma, viendo claro lo que antes le parecía oscuro, comprendiendo que todo su mal estaba en que en lugar de abrazar la voluntad de Dios se estaba dando vueltas a sí misma.

Pero había otro tipo de faltas con las que la madre era inflexible. Por ejemplo las faltas de caridad con las otras hermanas.

El padre Valentín y la madre Maravillas habían hablado muchas veces de lo importante que es para la vida de comuni-

dad la educación, esa virtud humana que regula y hace agradable el trato entre las personas. Ella la poseía exquisita, sencilla, sin la menor afectación, y la apreciaba de verdad, segura de que, aun siendo virtud humana, ayuda y prepara el camino para conseguir las sobrenaturales. Procuraba que en sus conventos se practicase y cultivase. Recordaba sin duda a san Juan de la Cruz, que tanto estimaba esta cualidad en súbditos y superiores:

«Cuando viésemos en la Orden perdida la urbanidad, parte de la policía cristiana y monástica, la lloraremos como perdida».¹³

¿Nos hemos alargado demasiado? Ha sido difícil escoger, ¡hay tanta materia! Pero si lo que queremos es hacer historia de Duruelo, nos ha parecido que este capítulo era indispensable, ya que la madre Maravillas fue quien guió sus primeros pasos dejando en él la impronta de su alma, netamente teresiana. ¡Cuántas gracias damos a Dios por ello!

NOTAS

¹ Fundador de las Oblatas de Cristo Sacerdote, fue Obispo Auxiliar y Vicario de Religiosas en Madrid, Obispo de Huelva y Arzobispo de Valencia. Falleció en Madrid el 14 de julio de 1989. Está incoado su Proceso de Beatificación.

² Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ Archivo de las Carmelitas Descalzas de Duruelo.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Carta 3191, a la M. Teresa Constanza de Jesús, p.7127.

¹¹ Carta 1890, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.4223-4224.

¹² Carta 1890, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.4223-4224.

¹³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dictámenes de espíritu*, XI-15, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.1268.



Institución Gran Duque de Alba

CAPÍTULO XI

HIJAS DE LA IGLESIA

UN CARTERO MUY VIEJITO

A L cartero de Gimialcón, desde que llegaron las carmelitas a Duruelo se le ha multiplicado su trabajo. Ahora ya merece la pena el oficio. Todos los días tiene que bajar cartas al convento, y no una ni dos, sino un buen fajo. Le gusta hablar con la hermana tornera, que se interesa por sus cosas.

No, no le cuesta subir y bajar esos cinco kilómetros que le separan de Duruelo. Pero la gente a veces se queja, porque han escrito y sus cartas no han llegado al convento. Una de estas personas que se ha quejado es la priora de Cabrera, y la madre le contesta así:

«Es que el cartero que va todos los días a Gimialcón, y es buenísima persona, es muy viejito; generalmente va su hijo, pero ahora en tiempo de recolección va él, y se conoce que las va sembrando. Nosotras, a pesar de todo, le queremos mucho, porque al pobre cuando las inundaciones se le anegó su huerto y se le perdieron todas las patatas que el pobre tenía para el año. Le hablamos de ello y nos dijo: "Mire Vd. madre, como el Señor bendito lo ha permitido, Él, que sabe que tenemos que comer, nos lo tendrá que dar por otro lado, así que nosotros muy conformes con lo que Él ha hecho". Excuso decirle que, como es natural, al día siguiente tenía en su casa las patatas, y en efecto, el Señor bendito premió así su confianza. Es una hermosura el abandono, resignación y pobreza de esta pobre gente. Esto sí que es abandono verdadero».¹

PENSANDO EN NUEVOS PALOMARCITOS

La madre Maravillas en el pequeño archivo trabaja con la hermana Dolores. Ambas despachan el correo. La madre se reserva las cartas de sus hijas.

Cada día se reciben peticiones de ingreso o de fundaciones. Les ofrecen terrenos y casas por toda la geografía de España. A veces son sacerdotes que desearían tenerlas en sus pueblos, tan necesitados de testimonio y de oración. La lista es larga. Son ya más de veinte los lugares que lo solicitan. La madre Maravillas se inclina siempre por aquellos que hayan pertenecido a la Orden, o por alguna ermita, o por sitios santificados por la presencia de algún santo. Últimamente le han ofrecido una fundación en Mave y Villarramiro, ambas en la provincia de Palencia. En los dos lugares hay una ermita, y hace poco los ha visitado. El primero lo ofrece doña Ester Trujillo, madre de una de las hermanas de Duruelo, y el segundo, con todo el terreno que deseen, está situado en una finca que los Marqueses de Esquibel tienen en Pedraza de Campos.

Pero volvamos a la lista. La encabeza El Pedroso (Cáceres). Aquí san Pedro de Alcántara, que tanto ayudó a santa Teresa, vivió en extrema pobreza. Sabemos que en la celda que habitaba no podía estar echado, porque no tenía suficiente espacio. Este lugar entusiasmaba a la madre, tanto por su pobreza como por el amor que tenía al santo franciscano.

Algún día se publicarán, sin duda alguna, los viajes que hizo la madre, buscando el sitio adecuado para las nuevas fundaciones. Sería interesante conocer todos sus pasos, las providencias del Señor para con ellas y las muchas anécdotas, llenas de simpatía, con que a la vuelta animaba las recreaciones. Después, las hermanas sacaban coplas y versos de estos episodios, que les hacían disfrutar, con esa alegría tan peculiar del Carmelo.

El Obispo de Ávila, don Santos Moro, se retira de vez en cuando a Duruelo, «a esa amable soledad, para aspirar algo del

espíritu que se respira en este santo monasterio».² Busca el silencio y la paz de aquel lugar, donde encuentra el clima más propicio para concentrarse y preparar documentos. En la estancia de 1948, quizá la más larga junto a sus carmelitas, preparó un sínodo diocesano, que convocó ese mismo año. Tiene además un sagrario solitario, en el que halla descanso en su ardua tarea de Obispo.

En el verano de 1952 también lo encontramos en Duruelo. Después de una jornada de trabajo le gusta ir al locutorio, a veces con toda la comunidad, pero la mayoría a solas con la madre, que habla con su Pastor como con un verdadero padre.

Un día, le dice que hay que ir pensando en otro palomarcico, y que quiere que sea en su diócesis. La ve muy necesitada espiritualmente, y piensa que la presencia de Carmelos será como un reclamo que atraerá las almas a Dios.

La madre le habla de sus deseos. Quisiera para fundar el lugar más pobre y apartado, donde esconderse más y más para desaparecer e imitar más a su Señor. Pues, como tantas veces dice: «Me trajo al convento principalmente un deseo de imitar la vida de Cristo, nuestro Bien».³ Le parece que Duruelo tiene demasiados encantos, y que allí no encuentra la amargura de la cruz que tanto anhela.

El señor Obispo escuchaba atentamente a la madre Maravillas, complacido de esos deseos, que también eran los suyos.

UN PUEBLO QUE LE PREOCUPA

Poco tiempo después, en otra visita, se atreve a suplicar a la madre que la proyectada fundación se haga en Arenas de San Pedro. Arenas no es precisamente un lugar de ésos, pobres y escondidos, que desea la madre Maravillas. Pero le preocupa mucho en estos momentos.

Existe una capilla protestante, y su pastor está trabajando con éxito por ganarse a la gente. Por su clima agradable, vienen de fuera numerosos veraneantes, y por este motivo hay muchos lugares de diversión. Esto influye grandemente para enfriar la fe del pueblo sencillo.

Ya en Arenas se ha iniciado un intento de fundación con una religiosa de un Carmelo de Madrid. El Obispado le ha cedido unas antiguas escuelas, dedicadas a la Virgen de Lourdes, en un buen sitio, con una huerta muy capaz. El Santísimo se ha llevado en procesión desde la parroquia, con muy buena acogida por parte del pueblo. Varias chicas lo frecuentan, con deseo de ingresar, pero pasa el tiempo y parece que aquello no tiene suficiente fundamento. No acaban de llegar las monjas que la hermana promete, y sigue ella sola.

Por eso, el Señor Obispo pide a la madre Maravillas que vaya a Arenas de san Pedro, se informe y se haga cargo de aquello.

La madre irá, cuanto antes, adonde él las llama. Desde ese momento, desaparecieron todas las listas de posibles lugares, y, puesto que se lo pedía su prelado, todos sus esfuerzos se concentran aquí. Enseguida se entusiasma; tiene un aliciente: allí está enterrado san Pedro de Alcántara.

NO PODÍAMOS SOSEGAR

Sin embargo, el quehacer de la madre Maravillas en estos años de Duruelo no se limitó sólo a las fundaciones.

Don José, el capellán del convento, que a su vez es párroco de algunos pueblecitos vecinos, ha empezado a llevar a las monjas ornamentos de las iglesias, para que los arreglen. Se han quedado espantadas. Nunca hubieran podido imaginar tal estado de suciedad y abandono. A la madre Magdalena escribe, después de hablar con don José:

«Estuvimos con él y nos contó cada cosa que, al salir de la oración, ni la hermana María ni yo podíamos sosegar; y aquella misma noche le dimos de lo nuestro una porción de cosas. Es que cuenta y no acaba de cómo están las iglesias».⁴

A su cuñada Adelaida se lo cuenta la madre así:

«Están las hermanas haciendo ornamentos para las iglesias pobres de estos pueblos, pues yo no tenía idea que pudiesen celebrar la santa misa con casullas hechas jirones, que parecen rodillas de cocina. Es tremendo; y mayor aún el amor del Señor, que todo lo sufre por estar con sus criaturas; así que hacemos lo que podemos para remediarlo un poco».⁵

Y saltó la chispa. Este fue el principio de la gran obra en favor de las iglesias pobres, que realizaron juntos el Cerro y Duruelo. Si la madre Maravillas no podía sosegar al saber el estado en que se encontraban esas iglesias, a la madre Magdalena le habían tocado la fibra más sensible de su corazón: el Santísimo Sacramento, Cristo Eucaristía. La madre lo sabe muy bien. En el Cerro, pues, se monta «un negocio». Una habitación del convento, a la que llamarán «las delicias de Jesucristo», se destina para este fin.

Y comienzan por vender los objetos de más valor que hay en aquella sacristía, para convertir su importe en sagrarios y vasos sagrados. Éstos son enviados a Duruelo, y desde allí se distribuyen. Como Duruelo no tiene más que los objetos de culto indispensables, la madre Maravillas piensa en destinar la mitad del dinero que les proporciona su trabajo para ayudar a estas iglesias. Además, algunas monjas están dedicadas exclusivamente a hacer ropa de altar. En el Cerro hacen otro tanto. Dios las bendice, pues parece que hay más encargos de labores que nunca y se venden mejor los huevos.

Los párrocos del contorno, al enterarse, acuden a la madre para contarle sus necesidades: en un pueblo, a falta de sagrario, la Eucaristía se guarda en una caja de cartón; en otro, el sagrario es de madera y los ratones han llegado a penetrar. La madre se horroriza.

También interesa en el asunto a Mancera y a Batuecas. A estas últimas les pide un copón que recuerda que tienen y que seguramente no les será necesario. Mancera también contribuye, en la medida de sus posibilidades. En fin, llama a todas las puertas de las que puede esperar algo.

Salvadiós, Blascomillán, Gimialcón, Mirueña y los demás pueblos cercanos son los primeros beneficiados. Las peticiones de los párrocos se multiplican. Ya no es sólo de la diócesis de Ávila. Hasta León llegaron las ayudas. De la custodia de Duruelo se ha quitado una cruz de brillantes, para enviarla al señor Obispo de Ávila. Era lo que ellas aportaban para el nuevo seminario, en el que tanta ilusión y cariño estaba poniendo don Santos.⁶

PARA MÍ, NADA COMO LOS SAGRARIOS

Don José, viendo el éxito de sus gestiones, les lleva también cálices y copones para arreglar. La madre escribe así al Cerro:

«Le envío el cáliz y copón, para que haga caridad de dorarlos; que Dios le pague la caridad que le hace a Él y a este su pobrecico convento. Don José está como loco con los sagrarios. Dice que si le pudiesen enviar el cáliz para San Pedro, que es la fiesta del pueblo, se lo agradecería muchísimo; pero, comprendiendo que tal vez ya no pudiera ser, si podrían dorar uno o dos cálices, más que imponentes, y enviar no sé si también dos copones, que dice están que no pueden albergar al Señor. V. R. verá que también lo de don Félix es de atender, tan santico como es. Me ha escrito una carta monísima para el día 30 y me ha ofrecido qué sé yo las cosas. El señor Obispo decía que creía mejor que se lo diésemos a él, por saber las mayores necesidades; pero a mí no sé qué me da que en estos alrededores estén tan imponentes las iglesias y no remediarlo, ya que el Señor nos ha traído aquí. No sabe el bien que está haciendo don José. Aquí están todos hechos unos santos. Nadie deja la misa, ni de confesar. El día del *Corpus Christi* hubo una procesión magna por los campos con muchísima gente; lo menos treinta personas. No se ría, que es muchísimo, ya que Cristo por una sola alma hubiese dado su sangre».⁷

«La verdad que nunca bendeciremos bastante a Dios, que le inspiró la bendita idea de deshacer aquellos sus vasos sagrados, que tan-

to están dando de sí, yo no sé si milagrosamente. Es una cosa encantadora que se puedan remediar tantas iglesias y adecentar tantas casas del Señor, quiero decir sagrarios y vasos sagrados. Bendita sea la hora en que se le ocurrió, o mejor, se lo inspiró el Señor ese "desaguisado".⁸

«Para mí, nada como los sagrarios, aunque comprendo que todo hace falta, que están los ornamentos y todo indecoroso, pero es que siquiera, siquiera en su casita que haya algo de decencia. La diócesis de Ávila ha salido muy bien parada; pero me alegro, que es la de la Santa Madre. Se han corrido las voces y no sabe cuántos sacerdotes escriben; a unos digo que ya no tenemos, a otros, que si quieren, escriban a VV. RR. ellos».⁹

«De sagrarios, es un verdadero milagro lo que está pasando. Dios le pague, madre mía, lo que nos hace gozar a todos y más será a su Jesús. Cuánto más contento estará Él con esto que con sus cálices y copones de oro y perlas. Bueno, pues si después de esto le queda aún, ayer le dije al señor Obispo, porque sé de varios; pero me pareció que él sabría de más necesidad, como esperaba alguno y no se lo habíamos dado, y le dije que V. R. nos ofrecía uno. Se puso contentísimo y emocionado, pero diciendo: "¿Será posible?" Nos dijo que es que están haciendo, con mucho trabajo, una casa de Ejercicios en Ávila, que ya está para inaugurarse, y que no tenía sagrario».¹⁰

Podríamos seguir copiando párrafos de cartas, pues son muchas. Aquí hemos escogido una pequeña muestra de esta gran obra de los primeros años de Duruelo, que deja bien de manifiesto el amor de la madre Maravillas a Cristo y a la Iglesia, y la generosidad de aquellas dos almas grandes.

LA VOZ DEL PAPA

La madre Maravillas tenía un profundo amor al Papa, al que le gustaba llamar, como Santa Catalina, «el dulce Cristo en la tierra». Bastaba que éste hiciera la más mínima indicación, para que obedeciera inmediatamente.

Un día llegó a Duruelo la noticia de que Su Santidad Pío XII iba a hablar a las monjas de clausura de todo el mundo por Radio Vaticana.

¿Radio? No había más que la de Pascual, el demandadero. Era un aparato muy primitivo que les había montado el padre Eufrasio, experto en estas cuestiones. La madre se la pidió prestada, con la ilusión de poder oír al Papa. ¡Pensar que el Papa quiere hablarnos! Pero ¡qué horror! Ruidos, interferencias... Al fin se logró fijar la onda.

Providencialmente, había en el locutorio unas niñas que habían venido a visitar a su hermana, aún novicia. Tenían una radio pequeña de pilas, casi de juguete, y se la ofrecieron a la madre. La comunidad se agolpó alrededor de los dos aparatos; unas, por el placer de oír siquiera la voz del Papa, y las que sabían algo de francés, además con la ilusión de entender, al menos, algunas palabras. La madre Maravillas, que dominaba este idioma, pudo después traducir lo que, con gran esfuerzo, había logrado oír, pues en este desierto y con la calidad de aquellos aparatos fue difícil sintonizar con el Vaticano.

Posteriormente, la madre pudo hacerse con el texto escrito. Todas deseaban conocer íntegramente el mensaje de Su Santidad a los monasterios de clausura.

LA SPONSA CHRISTI

El 21 de noviembre de 1950, Su Santidad Pío XII promulga la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*. Su corazón paternal quiere remediar la situación tan precaria que se vive en muchos monasterios de clausura.

De diversas órdenes religiosas llegan, con frecuencia, a la Congregación de Religiosos, peticiones de ayuda. La miseria de algunos monasterios de órdenes antiguas, la escasez de vocaciones en ellos y el poco número de religiosas, en su mayor parte ancianas o enfermas, son problemas muy graves, de difícil solución.

Pero el Carmelo, en general, al menos en España, no se encuentra por estos años en esta situación extrema. Casi en todos los conventos, el número de plazas que puso santa Teresa, veintiuna, está completo; viven de su trabajo, que no suele faltar. Ciertamente hay excepciones, pero son raras.

La idea y el fin que tuvo el Papa al promulgar esta Constitución era renovar aquello que necesitaba renovación, procurar el bien espiritual y material de aquellas órdenes que lo solicitaban, organizar el trabajo de las monjas, de manera que pudiera servir para su sustento. Todo ello, de acuerdo con la naturaleza de las órdenes.

En Duruelo, la madre Maravillas está hondamente preocupada. Todas se dan cuenta de ello. Con sus hijas lee y estudia cuanto les llega referente a esta Constitución Apostólica. ¡Qué bien recordamos aquellos tiempos! Especialmente, los domingos se alargaba el tiempo de los capítulos, y en ellos se trataba de este tema tan importante para la vida del Carmelo. A las novicias las reunía también la madre, para explicárselo detenidamente. Pero sobre todo, se oraba mucho.

Las informaciones que llegaban eran de que se trataba de un mandato del santo padre, y la madre, que lo consideraba buenísimo para otras órdenes, sabía que para el Carmelo esto llevaría consigo la pérdida de los valores que su santa madre Teresa les había dejado en herencia. Pero decía: «Si es el Papa el que lo manda, no hay más que acatarlo».

Incluso las novicias y postulantes, que eran entonces diez, sufrían intensamente cuando ella les hacía proposiciones de Federaciones con noviciados comunes, visitadores, o les hablaba de un posible apostolado con los seglares. Temían con ello ver desaparecer la vida que tan a fondo había llenado los ideales de su vocación en el Carmelo: vida de soledad, de silencio, de apartamiento del mundo para vivir únicamente para Dios, en un ambiente de íntima unión y caridad.

A la madre se la veía sufrir serenamente. Escribe en junio de 1953, a la priora del Cerro:

«Cuantísimo la estoy recordando y sufriendo con V.R., pero mire, madre mía, si Cristo lo permite, Él sacará bien de todos los males. Hay que clamar a Él y pedirle que no permita que suceda ningún mal a la Orden de su Madre, pase lo que pase. Aunque tan hondísimo se nos meta en el corazón, nada ni nadie nos puede apartar de Él».¹¹

La luz se hizo cuando en el Cerro de los Ángeles, la madre Magdalena acudió al confesor de la comunidad, un padre carmelita, para decirle la repugnancia que sentía hacia ese mandato de Su Santidad. El padre le ensanchó el alma al contestarle que el Papa en la *Sponsa Christi* no mandaba nada, puesto que esta Constitución remitía la decisión a la votación de la comunidad, y lo que se somete a votación no obliga. Se trataba, más bien, de solucionar los problemas de aquellas órdenes que lo habían solicitado.

De haber habido teléfono, la madre Magdalena hubiera marcado inmediatamente el número de Duruelo, pero no lo había. El correo era lento y poco seguro. De hecho muchas cartas se perdían. Providencialmente, su hermana, la madre Margarita M^a del Divino Corazón, priora del convento de «Las Vírgenes», de Guadalajara, estaba en el Cerro, de paso, para vigilar las obras de su nueva fundación, en san Ildefonso, La Granja, provincia de Segovia. Esa misma tarde la madre Margarita con su compañera emprendían el camino hacia Duruelo, donde llegaron cuando la comunidad estaba cenando en el refectorio.

Fue grande la sorpresa. Hablaron y reflexionaron juntas sobre lo que aquel padre confesor había dicho, y después de dormir esa noche allí, siguieron su camino.

La madre Maravillas empezó a ver las cosas de distinta manera, pero no quiso decidir nada sin orar mucho y «tomar el parecer de letrados». Consultó con religiosos de fuera y dentro de la Orden. Tuvo varias citas a solas con el padre Carmelita

Pedro Tomás de la Sagrada Familia, delegado por la Congregación de Religiosos para este asunto. Incluso, llamó también a un insigne teólogo jesuita, padre José Antonio de Aldama, para consultarle y que diera a la vez un retiro a la comunidad. Lo había conocido siendo rector del teologado de la Compañía en Granada. A la sazón se encontraba en Salamanca. Como anécdota diremos que después de la primera plática, el padre pasó al locutorio con la madre Maravillas, y de allí ya no salió. Los otros momentos destinados a escuchar la palabra del padre, tuvieron que dedicarlos las hermanas en retiro a solas con el Señor.

Por estas fechas empezaron a llegar muchas cartas a Duruelo de otros Carmelos, pidiendo consejo y orientación a la madre Maravillas. Era grande el ascendiente que ella tenía entre los conventos de España, por su conocida virtud. También los demás monasterios opinaban que el Carmelo, gracias a Dios, no se encontraba en la situación de los conventos de clausura que describía la *Sponsa Christi*. Casi todos los Carmelos, en esta época, como hemos visto, estaban florecientes de vocaciones. Incluso en algunos lugares, las aspirantes tenían que esperar a que hubiera alguna plaza libre.

En agosto de 1953, el padre Pedro Tomás, delegado para la Provincia de san Elías de Castilla, convocó tres Asambleas para someter a votación un documento que él había elaborado. Se trataba de la aplicación al Carmelo de la *Sponsa Christi*. Por ser tan numerosos los conventos de esta Provincia, el padre hizo tres grupos. En el tercero, que se reunió el día 28 de agosto, estaba el conventito de Duruelo, con los otros fundados por la madre Maravillas, más nueve Carmelos de la misma Provincia. Se reunieron en San José de Ávila.

Al comenzar la primera sesión, el padre les indicó cómo habían de colocarse por orden de antigüedad. La madre se dirigió al último puesto, ya que a Duruelo, por su fecha de fundación, era el lugar que le correspondía. Pero el padre quiso que

ocupase el segundo puesto, después de san José. Ella, sencillamente, con toda naturalidad, aceptó situarse a su lado.

Como ya hemos visto, el padre Pedro Tomás se había entrevistado anteriormente varias veces con la madre, para tratar de este delicado asunto de las Federaciones, y parecía estar totalmente de acuerdo con ella. El pasado mes de julio había mandado al convento de Duruelo un proyecto para que lo sometieran a votación, y todas lo hicieron afirmativamente. Para la madre fue una gran sorpresa y un gran sufrimiento comprobar que el padre hablaba en la Asamblea de muy distinta manera a como lo había hecho con ella.

La madre Maravillas intervino varias veces, con tanto acierto como humildad. La primera vez, nada más leerse el acta de las asambleas anteriores, dijo con sencillez que aquello no era lo que había votado su comunidad, y por lo tanto, sin consultar con ella no podía firmar el documento en nombre de las hermanas a quienes representaba. El resto de los Carmelos dijeron lo mismo.

Pocos meses después, el día 4 de octubre de este año 1953, la madre Maravillas, por medio del embajador de España ante la Santa Sede, Fernando Castiella, se entrevistó en el Cerro de los Ángeles con el padre Arcadio Larraona, buen conocedor de la *Sponsa Christi*. Con toda humildad le expuso los peligros que ella veía en la implantación de las Federaciones para las Carmelitas Descalzas. El padre, tras oírla atentamente, reconoció sus razones, y le volvió a confirmar que la Constitución no era obligatoria.

Por su parte, el General de la Orden, padre Silverio de Santa Teresa, además de pasar largas temporadas en Duruelo, mantenía correspondencia muy frecuente con la madre, teniéndola al tanto de todos estos sucesos y animándola a conservar intacta la herencia teresiana.

Dos años duró todavía esta cuestión. En ellos la madre sigue procurando el bien de su Orden y trabaja cuanto puede

para que el Carmelo conserve sus leyes y tradiciones, cosa que desean y piden la mayor parte de los Carmelos españoles. ¡Cuánto trabajó, oró y se sacrificó la madre Maravillas en su vida, para mantener incólume el tesoro recibido de su santa madre y para entregar la antorcha encendida a la nueva generación!

¡Cuán intensamente se vivieron estos acontecimientos en Duruelo! ¡Con qué fervor se rezaba todos los días la antífona del Oficio divino del día de santa Teresa: «Mira desde el cielo, ven y visita esta viña que aquí tu diestra plantó».

NOTAS

- ¹ Carta 1057, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1707.
- ² Carta de don Santos Moro Briz a la M. Maravillas. Archivo de las Carmelitas Descalzas de La Aldehuela.
- ³ Carta 5367, a don Santos Moro Briz, p.10670.
- ⁴ Carta 3109, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.6853.
- ⁵ Carta 5570, a doña Adelaida Fernández Hontoria, p.10911.
- ⁶ Cfr. BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE, *Don Santos Moro Briz*, Institución Gran Duque de Alba, Colección Telar de Yepes, 1992, p.106.
- ⁷ Carta 1348, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.2395.
- ⁸ Carta 1679, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.3447.
- ⁹ Carta 1702, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.3524-3525.
- ¹⁰ Carta 1705, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.3536.
- ¹¹ *Si tú le dejas. Vida de la M. Maravillas de Jesús*, Madrid 1976, p.366.

CAPÍTULO XII

LA NUEVA FUNDACIÓN

RETOMAMOS el hilo de la historia del palomarcito de Duruelo en el año 1953. Este año entraron siete postulantes, con lo que el número de novicias llegó a catorce, y el de la comunidad a treinta y dos. Casi todas las celdas se dividieron con cortinas, a pesar de no ser nada grandes. Se habitaron otros lugares del convento, para poder guardar el recogimiento, pero en medio de aquella incomodidad y pobreza que disfrutábamos, el ambiente era de gran alegría y generosidad, a pesar de la separación que se aproximaba.

HIJA, DIOS NO LE PIDE ESO

La madre Maravillas gozaba de excelente salud. Se había recuperado totalmente de aquella subida de tensión sufrida en vísperas del viaje a los Estados Unidos. Continuaba, como siempre, sus vigiliass nocturnas, en las que apenas concedía tres horas al sueño, y éstas sentada en el suelo. Así lo venía haciendo desde aquellas noches del Cerro de los Ángeles en el tiempo de la República, en el año 1931, cuando vigilaba el Monumento del Corazón de Jesús.

Ella, quitándole importancia, decía que no necesitaba dormir más, que era cosa de familia. Su padre solía retirarse a la biblioteca hasta altas horas de la noche para, en el silencio, cuando todos dormían, entregarse a la lectura.

Poco antes de su muerte, una hermana de La Aldehuela se admiraba de esto y de su mortificación, y le dijo con cierta pena que ella no podría dar a Dios tanto. La madre le contestó: «Hija, a Vuestra Caridad Dios no le pide eso».

Las hermanas de Duruelo querían conseguir que durmiese algo más, o al menos que se echase en su tarima. Aprovechando una de las visitas del padre Silverio, la hermana Dolores le pidió que se lo mandase a la madre, que a él sí le haría caso. El padre habló de ello, pero comprendiendo que era algo que el Señor le pedía, su contestación a las hermanas fue la siguiente: «Dejen a la madre que siga su camino; ella tiene luz de Dios».

Las noches de los crudos inviernos de Duruelo, las pasaba envuelta en una manta y, sentada en el suelo, se acurrucaba en un rincón, apoyando la cabeza en la tarima. En la Navidad de 1953 cayó con una fuerte gripe, que según diagnosticó don Valeriano Almeida, médico de Blascomillán, había degenerado en pulmonía. La fiebre era alta y tuvo que entregarse al cuidado de las hermanas. Quedó varios días recluida en su celda, pero siguió sin acostarse, durmiendo de la misma manera. Y aseguraba estar «comodísima».

Su fuerte naturaleza respondió enseguida a las medicinas del médico y al cuidado de las enfermeras, especialmente al de la hermana Dolores, que tan bien la conocía. De manera que a los pocos días, no queriendo ensombrecer la alegría de las novicias, que celebraban su fiesta, a media tarde se presentó de sorpresa en el noviciado, con la consiguiente alegría y alboroto de las hermanas jóvenes.

¡Qué impresionado estaba don Valeriano de lo que allí veía! Entraba en el convento como quien entra en un santua-

rio, y por nada cedería su puesto. ¡Hasta se dolía si se enteraba que don Julián, el médico de Mancera, que tanto quería también a las carmelitas, se acercaba por Duruelo!

TENÍA GRANDES DESEOS

Esta fue la segunda pulmonía que pasó la madre Maravillas en Duruelo. Las dos las pasó de la misma manera. Quizá fue en una de ellas cuando escribió lo que llamamos su «testamento», y que encontraron sus hijas después de marcharse, en su carpeta del archivo. Dice así

«Hijas mías amadísimas: Por si el Señor quisiera llamarme a Sí en cualquier momento, quiero hacerles unos ruegos, con todo el corazón. Primero, que me perdonen todo lo mucho que tienen que perdonarme, por amor de Cristo nuestro Bien, no tomando en nada ejemplo de lo que, por desgracia, han visto en mí, que no soy sino una mala monja.

Segundo, que me encomienden al Señor, que muy mucho lo necesitare, y que procuren vivir como merece el amor de nuestro Dios, con esa humildad y caridad que a Él tanto le complacen, olvidadas del todo de sí.

Y tercero, que si quieren darme gusto y cumplir mis deseos, no falten a la verdad al hablar de mí, como por ejemplo en la carta de edificación. De ser verdadera lo sería, es bien cierto, de desedificación, pero por lo menos que sea corta. Que digan que tenía grandes deseos».¹

AL AMPARO DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Como ya vimos, desde finales del año 1952 se empezaron las gestiones para la fundación que quería el señor Obispo en Arenas de san Pedro.

El 28 de noviembre de 1952 escribe a doña Catalina Urquijo:

«Es un sitio precioso, de lo más a propósito para un Carmelo en pobreza, pueblo donde está el cuerpo de san Pedro de Alcántara,

quien me figuro será, como era tan amigo de nuestra Santa Madre, quien ha querido llevar allí a sus hijas».²

Y el 14 de enero de 1953, a la misma:

«El señor Obispo, que es buenísimo, tenía gran interés. Tendremos que ir para ver qué habrá que hacer allí, pues sólo tiene la iglesita y unos cuantos cuartos. El señor Obispo nos lo da con una huertecita pequeña que tiene al lado. Como allí no podremos tener gallinas, veremos el modo de ganarnos la vida. No creo falten medios, pues es un pueblo grande y (esto es lo peor) tiene colonia veraniega».³

Y el 4 de febrero le vuelve a escribir:

«Hay bastantes dificultades en esta fundación y desagradables, pero espero el Señor lo allanará todo.

Tendremos que procurar aislarnos, pues después de estas hermosas soledades nos va a costar».⁴

El 11 de mayo de 1953 escribe así a la madre Mercedes del Sagrado Corazón, priora del convento de Cabrera:

«De Arenas, todo nos entusiasmaba. Hasta una mujerina se nos ofreció para hacernos los encargos de balde, y de hecho, el día que pasamos allí la noche nos fue a comprar pan y se empeñó en darnos leche, que no hubo modo de pagarle. La primera vez se lo admitimos, pero al día siguiente no la queríamos de ninguna manera, y ella, empeñada, decía: "Aunque sólo sea para Vd., que es ya ancianita"; y, quieras que no, la tuvimos que tomar.

Bueno, pues estando tan encantadas con aquello y dispuestas a pasar hasta por la sierra mecánica que había cerca, y que metía bastante ruido, nos enteramos que había por delante una pista de baile y un "picú". Nosotras, ni idea de lo que eso era, aunque nos figuramos sería algo así como gramófono. Pues es un "pick up", o sea, un aparato que recoge la radio y lo eleva como los altavoces, y eso funcionaba en verano desde el anochecer hasta altas horas de la madrugada.

Como nos gustaba tantísimo aquello tan pobrecito, pues estábamos hechas un verdadero lío de lo que deberíamos hacer, si aguantarnos con todo o buscar otro sitio. Aquí nos había hecho la hermana Isabel unos planos monísimos, sólo haciendo las celdas que faltaban adosadas a una tapia que había hecha, formando como un patio, y a un agua; en fin, ideal. Toda aquella tarde estuvimos viendo sitios, sin decidimos por nada. Había uno que llamábamos "la tentación", porque eran unas vistas de sueño, pero pedían por ello,

y la casa era poco aprovechable, cuatrocientas mil pesetas; y claro, no lo queríamos de ningún modo. Estábamos tristísimas, porque no sabíamos qué hacer en absoluto, y ya decidimos ir en verano unos días, para ver qué ruido era».⁵

LUZ EN LAS TINIEBLAS

Así las cosas, al día siguiente fueron a comulgar a san Pedro de Alcántara, para que el santo les diese luz. El sitio era ideal. La iglesia estaba cerrada, y sentadas en la escalinata rezaron el Oficio divino, entre los cantos de los pájaros.

Sigue contando la madre:

«Oímos la misa y comulgamos. Yo estaba con una impresión como nunca nada me lo había hecho, y pensando en aquellos hombres que si allí no vivían sólo para Dios, ¿qué hacían allí? Y pareciéndome que nada hace tanto bien al alma como la soledad, pensé que por muy pobre que fuese "Lourdes",⁶ no podía hacer el efecto que esto. Me decidí, en cuanto a mí, sin duda alguna, a hacer el convento en soledad en donde fuese, pero de ningún modo en aquella barahúnda; y al salir, a todas nos había pasado exactamente lo mismo. Salimos locas de contentas de haber tenido luz tan directa del bendito santo, que así nos había ayudado. Pero seguimos viendo cosas, y nada era a propósito».⁷

De vuelta hacia Duruelo pasan por Ávila y hablan con el señor Obispo. La madre Maravillas le ha dicho que «Lourdes», por estar en el centro de Arenas, no es a propósito para hacer un Carmelo. Él, que comprende perfectamente las razones de la madre, le dice que dará por bueno todo lo que ella haga.

El 22 de agosto de este mismo año vuelven a Arenas, acompañadas de Manolo M. Mulas, para seguir buscando terreno. Después de ver varios lugares, que no resultaron, al final de la mañana, mientras Manolo va al pueblo, ellas se sientan a comer en un pinar precioso, desde donde se divisaba toda la Sierra de Gredos y el pueblo a lo lejos. Cuando Manolo volvió le dijeron cuánto les gustaría ese terreno de enfrente para hacer el convento.

Manolo baja enseguida al pueblo en busca del propietario. El dueño le dice que dentro de una hora tenía citado a un comprador, con el que ya había hecho todos los trámites para la venta, y no estaba pendiente más que de la firma. Manolo le explica, le convence y al final le deja una señal. Con esto el terreno quedó comprado. Era el día 22 de agosto, entonces la fiesta del Inmaculado Corazón de María. Pocas horas después habría sido demasiado tarde.

TODO BIEN ARREGLADO

Ante la ya inminente partida de Duruelo, la madre Maravillas se preocupa de dejar todo bien arreglado para evitar después dificultades o problemas a la comunidad de Duruelo. Uno de ellos es buscar un nuevo capellán.

El señor Obispo de Ávila, muy a su pesar, no tiene en este momento ningún sacerdote disponible. La madre acude entonces al señor Obispo de Salamanca, don Francisco Barbado. Le pide a don Daniel, un joven sacerdote de su diócesis, recién ordenado. Sus padres tienen como arrendatarios una casa en Duruelo. De esta manera, podrá vivir con su familia y estar atendido. El señor Obispo se lo cede y la madre le escribe agradeciéndoselo. La carta es del 8 de marzo de 1953:

«No se nos oculta el sacrificio que tiene que hacer V.E. para darnos el capellán, y crea, señor Obispo, que si no hubiera sido tan importante para esta Casa de la Virgen, no me hubiera determinado a pedirselo, aun siendo tan padre nuestro.

Aquí puede hacer mucho bien y tiene mucho campo donde trabajar, pues aparte de que el señor Obispo de Ávila, a quien dije iba a pedir a V.E. esta inmensa caridad, le encargará de la parroquia del vecino pueblo de Blascomillán, que lleva años sin sacerdote y está muy necesitado, hay también Bercimuelle, la alquería de donde se trajo el Santísimo el día de la inauguración, y las dos casas de labor de Duruelo con mucha gente, hasta ahora totalmente abandonada. Sus padres son muy buenos con nosotras, y esto les unirá al con-

vento para ayudarnos en todo. Providencias que tiene el Señor con estos palomarcitos, valiéndose de nuestro amadísimo "Pastorcico". Que Dios se lo pague todo».⁸

HACIENDO LISTAS

Mientras, en Duruelo todas trabajan con afán en preparar la nueva fundación. Se hacen los jergones de paja para las tarimas, se cosen sábanas, hábitos, se rematan detalles. Duruelo quisiera volcarse, en su pobreza, para que en el conventico de Arenas no falte de nada.

Con la alegría de siempre, se van haciendo «listas» y cábalas de las posibles hermanas que han de ir al nuevo palomarcico. Unas las hacen las madres en el archivo, y otras, más divertidas aunque no descaminadas, las hacen las hermanas en recreación. La madre comenta que es curioso, que cuando ellas cambian algún nombre de su lista, en recreación surge la misma idea.

Aunque a la madre le cueste tanto dejar este santo lugar y separarse de sus hijas, no lo demuestra al exterior. En medio de su pena tiene un gran consuelo. Le emociona el ver cómo en sus hijas no hay más deseo que el hacer la voluntad de Dios, por mucho sacrificio que les suponga. Éste es muy grande, tanto para las que se van como para las que se quedan, pero ¡ven tanto olvido propio en su madre, que sólo desean darle gusto a Él!

Y los días van pasando.

Alguien pudiera imaginar a la madre Maravillas desde su mesa de trabajo «destinando» a una para aquí, a otra para allá, con la autoridad de mando superior que decide la vida de sus súbditos. Nada más lejos de la realidad. Las que hemos vivido fundaciones sabemos cómo pensaba, cómo consultaba y cómo oraba.

Se conservan billetes o cartas de este tenor:

«Veo preferiría quedarse en Mancera; no tengo inconveniente ninguno en ello. No creo tenga inconveniente ninguno el señor Obispo en este cambio, y yo lo único que quiero es lo que sea mejor para su alma, que no tenemos más que una vida, que se pasa velozmente, e importa dársela por completo a Quien nos dio la suya, correspondiendo a su amor».⁹

O bien, esta otra:

«"Bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche", y bien sé yo que esta mi hija, sólo quiere lo que su Jesús quiera de ella, pero da la casualidad que esta vez Él y Vuestra Caridad y yo parece que estamos de acuerdo en lo de Duruelo. Conque a dormir en paz y en gracia de Dios. De lo demás ya hablaremos, pero ensanche ese corazón hasta el vértice, pase lo que pase, caiga o no caiga. Amén».¹⁰

Los últimos meses de su estancia en Duruelo, la madre, intencionadamente, ha procurado ir menos por el noviciado y lo ha dejado más en manos de la hermana Magdalena. Ve, con alegría, lo bien que lo hace y lo contentas que están las novicias con ella.

En la lista de posibles novicias para la nueva fundación la madre ha pensado en cuatro. Las va llamando una a una, para indagar sus preferencias. Así nos lo cuenta una de ellas:

«Me vino a buscar un día la hermana Dolores y me llevó al archivo, donde estaba nuestra madre escribiendo. Parecía que se trataba de algo grave. Esta me miró a los ojos y me dijo, con una seriedad que a mí me impresionó: "Le voy a preguntar una cosa a la que, por obediencia me tiene que contestar la verdad, con toda sencillez". Y recalco especialmente esto de "la verdad". Yo le contesté que así lo haría. "A ver, —me dijo ella—, diga de verdad qué prefiere: si quedarse en Duruelo, donde seguramente será priora la hermana Magdalena, o venirse a Arenas". Me dio un vuelco el corazón, de alegría, y casi antes de que acabara de hablar, le dije: "¡Nuestra madre, con V.R. al fin del mundo!" Tan espontáneo fue, que la hermana Dolores, que lo había presenciado, se refa, diciendo: "¿Lo ve, madre, lo ve?" Mientras, ella repetía con sorpresa: "Pero, ¿dice la verdad, hija?"

Estaba convencida de que a las novicias, que queríamos tanto a la hermana Magdalena, nos costaría mucho ir con ella».

Otra novicia contestó de manera similar. Pero una, que prefirió quedarse en Duruelo, fue sustituida para ir a la fundación por otra de las jóvenes profesas.

Llegó el mes de diciembre. Para el día 3 estaba anunciada la elección de priora en Duruelo. Unos días antes, la madre Maravillas reunió a las profesas que iban a ir con ella a Arenas. Les dijo, entre otras cosas, que si querían ir a Arenas tenía que ser sólo con una condición, y que si no se comprometían a cumplirla lo dijeran, porque podían cambiarse con otras hermanas. La condición era que le prometieran que no la elegirían allí priora. Que lo pensarán bien, pues estaban aún a tiempo. Tan en serio lo decía, que ninguna se atrevió a llevarle la contraria, por miedo a que la madre la dejase en Duruelo. Pero pensaban que después Dios diría...

El día 3 se celebró la elección, en la que sólo participaron las diez profesas que quedaban en Duruelo. Salió elegida en la primera votación, por nueve de los diez votos, la hermana Magdalena de Jesús. No se pudo proceder a su confirmación inmediatamente, porque necesitaba dispensa de edad.

La madre Maravillas estaba radiante. Pensaba quedarse rezando en el coro durante la elección, pero fue requerida por los que la presidían. Al terminar y entrar en el coro la comunidad cantando el *Te Deum*, condujo ella misma a la hermana Magdalena al sitio de la priora y se apresuró en ser la primera en prestarle obediencia. Por su parte, la recién elegida estaba hecha un mar de lágrimas.

Para el día 5 de diciembre estaba fijada la salida. Las fundadoras partieron en varios coches, camino del Cerro de los Ángeles. Eran: la madre Maravillas de Jesús y las hermanas María de San José, M^a Jesús de San Ignacio, Isabel de Jesús, Dolores de Jesús, Teresa M^a de los Dolores, M^a Josefa del Corazón de Jesús, M^a Teresa del Sagrado Corazón, Josefa M^a de Jesús y Virginia de Santa María. Las hermanas Catalina M^a de San Juan de la Cruz, M^a Magdalena de Cristo y Rosario del Corazón de Jesús habían salido unos días antes.

La última en salir fue la madre. La despedida fue muy dura para todas. La madre Magdalena, abrazada a aquella madre tan querida entre sollozos, no sabía desprenderse de ella. Todas llorábamos. No lo olvidaremos nunca. La nueva priora de Duruelo le pidió: «Nuestra madre, bendíganos, bendíganos». La madre Maravillas dio su bendición y salió hacia la puerta, diciendo: «Hijas, que sean buenas».

Una vez cerrada la puerta reglar, las que nos quedábamos entramos en el coro, y las que acababan de salir lo hicieron en la pequeña iglesita. Juntas, entre lágrimas, cantamos el «Tomad, Señor, y recibid». Era el último adiós a aquellas hermanas que tan dentro llevaba la madre en el corazón, y la última oración juntas ante aquel sagrario de nuestros amores.

RUMBO AL ECUADOR

No queremos dejar de consignar aquí, aunque sólo sea de pasada, cómo este año de 1954 le piden a la madre Maravillas tres monjas para ayudar al Carmelo de San José, de la ciudad de Cuenca, en el Ecuador.

La madre había pensado que la madre Inés del Niño Jesús, priora a la sazón de Mancera, podría ser la indicada para aquella misión muy delicada. Sabía la madre lo mucho que le costaba a la madre Inés, pues desde que empezó a hablarse de este tema, ésta sentía cierta «repugnancia». Por eso, la madre Maravillas no sabía cómo decírselo.

La ocasión se presentó en una de las salidas que hizo la madre para vigilar las obras de Arenas. Paró en el Carmelo de Mancera y habló por fin a la madre Inés. Ésta, después de escucharla, mirándola con sus ojos transparentes, sólo le dijo, con la sencillez y claridad que la caracterizaba: «¿Cuándo nos vamos?», sin tener en cuenta que aún no hacía tres años que había sufrido una operación muy seria, ni cuánto había tarda-

do en recuperarse. Y nunca más volvió a hablar de lo que aquello le costaba.

El día 8 de diciembre, la madre Inés, con las hermanas M^a Josefa del Corazón de Jesús, de la comunidad de Mancera, y la hermana M^a Josefa del Corazón de Jesús, de la comunidad de Cabrera, se reunían en el Cerro, camino del Ecuador, con las que iban a la fundación de Arenas.

Era año mariano y, aunque las obras de Arenas no se habían terminado del todo, la madre Maravillas quiso que se inaugurase el 8 de diciembre el Carmelo de la Inmaculada y san José. Aquella noche, se cantó la *Salve* solemne por primera vez en el nuevo palomar de Arenas de san Pedro.

Y las tres enviadas a América emprendían su vuelo, rumbo al Ecuador.

Y DURUELO SIGUIÓ SU CAMINO

El 21 de enero de 1955, la madre Maravillas escribía desde Arenas de San Pedro a la priora del Cerro de los Ángeles:

«En Duruelo están que es para bendecir a Dios, y eso es lo único que importa; así que estoy contentísima y muy tranquila con aquello».¹¹

Y Duruelo siguió su camino hacia Dios, con el recuerdo vivo de aquel frailecico que, por senderos de renunciadas y amores divinos, «fue tan alto, tan alto, que le dio a la caza alcance»,¹² llegando a las más altas cumbres de la santidad.

Las monjas habíamos visto en la madre Maravillas practicar al vivo la doctrina sanjuanista con la sencillez que su santa madre Teresa había implantado en sus primitivos palomarcicos.

Por eso, podemos decir que también quedó vivo en estas tierras el recuerdo de la madre Maravillas de Jesús, fundadora de los Carmelos de Mancera y Duruelo, tan unidos entre sí.

Las vocaciones siguieron llamando a sus puertas. Desde este apartado rincón, en pocos años, salieron, además de la madre Magdalena de Jesús, que fue a ayudar a los monasterios de El Escorial y La Encarnación, de Ávila, doce hermanas más para las nuevas fundaciones que realizó la madre Maravillas en estos años.

Fruto sazonado y maduro de este Carmelo fue la madre M^a Carmen de Jesús, joven priora de grandes virtudes y cualidades humanas, que vivió una entrega maravillosa, verdaderamente heroica, sobre todo en la terrible y dolorosa enfermedad con la que Cristo quiso asociarla a su cruz.

Nació la madre M^a Carmen en Córdoba el 15 de diciembre de 1935 en el seno de una familia profundamente cristiana. La quinta de los seis hijos que tuvieron don Carlos Ponce de León y doña María Álvarez. De niña se distinguió por su candor e inocencia que le hacía ser especialmente querida por todos. Había heredado de su madre la viveza y alegría andaluza, y de su padre la rectitud y firmeza en sus decisiones. Este conjunto de cualidades, unido a su encanto físico y a la gracia natural con que Dios la había dotado, daban un atractivo especial a su persona.

Llevaba una vida alegre y feliz, al mismo tiempo que alternaba con sus amistades, trabajaba en la Acción Católica y visitaba los barrios más necesitados de la ciudad, ayudando a los pobres bajo la dirección de las Damas Catequistas.

Dos de sus hermanas mayores habían ingresado muy jóvenes en un instituto religioso, pero Carmen no pensaba que aquél era su camino. Ultimaba ya los preparativos de su próxima boda, cuando por primera vez, pensó si no le pediría Dios que se entregase a Él por entero en la vida religiosa, renunciando a sus proyectos, por otra parte santos y buenos, de formar una familia tan cristiana como la suya. Oró mucho suplicando al Señor la luz que necesitaba, se sacrificó, y al fin oyó claramente en el fondo de su alma aquél «Sígueme» que

oyeron de labios de Cristo los apóstoles en Galilea. Serena y firme, ya no dudó más, dando un «sí» generoso a aquella llamada de amor, y como los pescadores del lago, dejándolo todo, le siguió.

Sin tener decidido dónde, quiso hacer una visita a nuestro convento, en el que se encontraba una prima, a la que nunca había visitado. Este paso por Duruelo le dio una paz inmensa al haber encontrado al fin su lugar.

Ingresó en este Carmelo el día 15 de marzo de 1958. De carácter abierto y muy alegre, se sintió totalmente feliz desde el primer momento. Puso todo su afán en la práctica de las virtudes, y desde el comienzo se dio, con gran generosidad, a Cristo por la Iglesia y las almas.

Poco después de profesar la madre Priora la hizo su ayudante en el noviciado. Más que con palabras, era con su ejemplo, alegría y fervor con lo que enseñaba a sus novicias. Dotada de grandes cualidades, además de una preciosa voz, tenía especial facilidad para la música, y sin haber estudiado, tocaba diversos instrumentos, e incluso componía canciones que ella misma armonizaba.

Muy querida de todas las hermanas, que apreciaban sus virtudes, fue elegida por unanimidad priora en septiembre de 1973. Contaba solamente treinta y siete años de edad, y permaneció en el cargo hasta su muerte, acaecida como ya hemos dicho, después de una penosísima enfermedad que le fue privando de todo, hasta dejarla completamente paralítica, hecha una pura llaga.

Se fue a gozar del Señor el día 3 de marzo de 1983 a los cuarenta y siete años y veinticinco de vida religiosa, dejando este Carmelo embalsamado con el perfume de sus virtudes y amorosa entrega al amor de Jesucristo, en su Iglesia.

Cuantos la trataron quedaron impregnados del aroma de sus virtudes, y son muchas las personas que se encomiendan a su intercesión.

NOTAS

- ¹ Carta 4915, a la Comunidad de Duruelo, p.10077.
- ² Carta 6096, a doña Catalina Urquijo de Oriol, pp.11612-11613.
- ³ Carta 6099, a la misma, pp.11616-11617.
- ⁴ Carta 6101, a la misma, pp.11620,11621.
- ⁵ Carta 1123, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, pp.1859-1860.
- ⁶ «Lourdes»: así denominaban en Arenas el edificio que el señor Obispo ofrecía para la fundación.
- ⁷ Carta 1123, a la M. Mercedes del Sagrado Corazón, p.1860.
- ⁸ Carta 5345, a don Francisco Barbado Viejo, p.10639.
- ⁹ Carta 4680, a una hermana de Mancera, p.9787.
- ¹⁰ Billeto 1619, p.12734.
- ¹¹ Carta 1991, a la M. Magdalena de la Eucaristía, p.4566.
- ¹² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, poesía 6, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.1246.

CAPÍTULO XIII

RECORDANDO LAS CRÓNICAS DE DURUELO

AL quedar abandonado, en la primera mitad del siglo XIX, el antiguo convento de los frailes fue habitado por varias familias de labradores, que habían ido transformando su interior, según los usos y necesidades de cada una. Al fin, sólo la fachada exterior, aunque bastante deteriorada, no sufrió ningún cambio. Y de la iglesia que construyeron posteriormente los frailes en el terreno cedido por el Rey Felipe IV, quedaron los cimientos, casi imperceptibles.

Había pasado un siglo largo desde que en 1836 los Carmelitas Descalzos tuvieron que abandonar forzosamente aquel eremitorio, relicario de tantos santos, hasta que las hijas de santa Teresa volvieron a habitarlo en 1947. El recuerdo de san Juan de la Cruz, aunque siempre latente en este «lugarito», se reavivó con su llegada.

Con esta presencia de las Carmelitas Descalzas se despertaron los recuerdos y añoranzas de antaño, y este palomarcico volvió a aglutinar a sus hermanos de hábito, en torno a su santo padre.

De entre las fechas memorables vividas en nuestro Carmelo no podemos dejar de mencionar las que nos parecen que tuvieron mayor importancia. Nuestras crónicas registran días

grandes de alegría y regocijo, de devoción, de entusiasmo exterior y recogimiento interior.

UN DÍA CON SABOR ESPECIAL

Hubo una fecha clave. El 28 de noviembre, aniversario del inicio de la Reforma de los Descalzos. Desde el año 1949, durante más de veinte años, el silencio habitual de este retirado Carmelo se vio interrumpido por la presencia de los jóvenes estudiantes carmelitas, que este día venían a recordar el feliz acontecimiento. Cada año se turnaban las comunidades de Ávila, Alba y Salamanca.

La fiesta consistía en una misa solemne, cantada con sus voces juveniles, y una comida en el campo. A las tres el rezo de Vísperas, unidos las de dentro y los de fuera, en un mismo deseo de entrega al Señor. Por la tarde, un rato en el locutorio, donde pasábamos el tiempo cantando y recitando versos. Los estudiantes representaban alguna escena relativa al Carmelo, que con satisfacción, sin duda, verían nuestros santos padres desde el cielo. La bendición con el Santísimo ponía fin a esta jornada.

La madre Maravillas contó así esta primera celebración:

«Duruelo, 28 de noviembre de 1949.

...Hoy ha sido un día grande. Han llegado de sorpresa todos los padres de Salamanca. Les dije que pasaran al locutorio. A los padres les ha sorprendido mucho, porque era Adviento, y yo contesté: "Pues aunque les choque, yo, si han venido, no puedo dejar de recibirlos".

Voy al locutorio, y me dicen los padres: "Madre, es que venimos a celebrar misa de tres y a cantar nosotros, para que VV. RR. disfruten". Fuimos enseguida y cantaron preciosamente, y con un fervor que impresionaba. Se trajeron los pobres su comida, para que se la hiciese Wences.¹ Hicimos que nos la pasasen, y era un puñadito de arroz, pero así, un puñadito, y una latita de bonito de esas individuales, para tomarla en el arroz, y luego merluza, que le dijeron les

pusiera sin huevo. Lo metimos todo y les hicimos una buena paella y su merluza rebozada y unas tortillas que, sin que lo oyese el padre prior, nos pidió el padre Bernardo, y que como se conoce que no prueban los huevos, les debió saber a gloria. Les hicieron además un plato de dulce, y dicen quedó muy bien.

Estuvieron contentísimos, y después de comer entraron en el locutorio, donde estuvimos todo el tiempo cantando, y ellos devotísimos, con los ojos cerrados, oyendo. Me dieron "fervorín": "El alma enamorada" y "Oh, amor, amor, deleite mío".

Enseguida fuimos a la iglesia a la función, también muy solemne, en la que predicó el padre Claudio muy bien, y cantaron de nuevo; el padre Tarsicio, de un fervor que lo pegaba. Lo que disfruté... Nosotras también muchísimo, y pensando en el santo padre en este día. Él pidió ser despreciado, y cómo le honra el Señor. Ha tenido un sabor especial todo en este día».²

Años más tarde, como a veces el día 28 de noviembre era un día desapacible de frío y lluvia, hicimos una sala o comedor grande, donde los padres pudieran cobijarse. A partir de esta primera fecha de 1949, las monjas ya no estábamos desprevénidas, y preparábamos a nuestros hermanos una buena comida, para celebrar la fiesta como ésta merecía.

EL CUARTO CENTENARIO

En el año de 1968 se celebra el cuarto centenario de la Reforma de los frailes carmelitas. Han pasado cuatrocientos años desde la fundación de aquel «portalico de Belén», en el «lugarito» de Duruelo. En 1568 había nacido en la Iglesia la Descalcez carmelitana, frailes contemplativos que hermocean el vetusto árbol del Carmelo con nuevo vigor.

Este año de 1968 fue declarado año jubilar. Duruelo había sido designado como uno de los lugares para ganar la indulgencia plenaria concedida por el Papa. Dentro de este año, el 19 de octubre fue una fecha memorable. Se celebró una gran fiesta en Duruelo, para honrar a san Juan de la Cruz, con numerosa asistencia de público. Entre la concurrencia destaca-

ban las capas blancas de los Descalzos de Ávila y Salamanca y las de las hermanas Carmelitas Misioneras. El padre Juan Bosco de Jesús abrió el acto leyendo la patente por la que fray Juan Bautista Rubeo en 1568, concedía la licencia para la nueva fundación de contemplativos, y seguidamente se leyó, en la celebración, el acta fundacional de los primeros Descalzos.

Los poetas españoles habían elegido el paraje de Duruelo para tributar su admiración a este hombre «celestial y divino».

Hubo un gran despliegue de radio, televisión y reporteros. Ondeaban las banderas españolas. Canciones, poesías... Al terminar, todos se marcharon sin duda con más amor y veneración al santico de fray Juan.

Las carmelitas volvimos a encontrarnos en nuestra soledad habitual, y Duruelo volvió al silencio y recogimiento que aquí saboreó San Juan de la Cruz. Ése es su encanto especial que, sin duda, lleva a Dios, dejando el alma en amores inflamada.

El día 27 de noviembre de 1968 el padre General, Miguel Ángel de San José, con seis padres Carmelitas más, vino por la mañana temprano a nuestro Carmelo para celebrar en la capilla la santa misa. Las antiguas crónicas de la Orden nos dicen que fueron seis precisamente los frailes que estuvieron en aquella primera inauguración en 1568. El padre General nos exhortó a pedir y sacrificarnos por la Orden, pidiendo al Señor que suscitase santos como aquellos primitivos Descalzos, y animándonos a ser verdaderas hijas de santa Teresa de Jesús. Fue un día de grandes emociones y agradecimiento al Señor.

Al día siguiente, día 28, en Segovia se clausuraba con toda solemnidad el cuarto centenario de la fundación de los Carmelitas Descalzos. Nosotras también lo celebramos con gran regocijo, unidas a la comunidad de padres Carmelitas de Alba de Tormes y a todos los colegiales menores, más de cien, que vinieron a Duruelo para esta ocasión.

Este mismo día recibimos desde la ciudad del Vaticano, un telegrama de nuestros jóvenes estudiantes carmelitas de Roma. Con ellos, sentíamos en Duruelo la presencia de toda la Orden. El texto decía así:

«Colegio Internacional Teresianum Roma. Únese espiritualmente madres Carmelitas guardadores Cuna orden Duruelo. Conmemoración cuarto centenario fundación padres 28 noviembre. Bendiciendo Señor y Reina del Carmelo. Recordando nuestros santos padres. Prometiendo fidelidad ideales primitivos celebraremos fecha centenaria con profesión solemne cuatro colegiales. Afectuosamente padre Simeón padre Tomás rector».

Para conmemorar este memorable centenario, el 2 de octubre de 1965 habíamos inaugurado una capillita, que se construyó en el sitio de la primitiva casa de don Rafael Mexía, convertida en primer convento de Descalzos. Los gastos corrieron a cuenta de las Carmelitas Descalzas de La Aldehuela por deseo de la madre Maravillas, que era priora de este Carmelo.

Don Manuel Martín Mulas, que dirigió las obras, no quiso cobrar nada de su trabajo, por devoción a san Juan de la Cruz.

Desde entonces ¡cuántas veces se ha celebrado en esta capillita la santa misa y cuántos peregrinos la han visitado! Allí, tras las huellas del santo, oran ellos en respetuoso silencio.

OTRAS CELEBRACIONES

El año 1962 se celebró el cuarto centenario de la Reforma que hizo santa Teresa del Carmelo femenino, que se inició el 24 de agosto de 1562, con la fundación del monasterio de san José de Ávila. Este mismo año llegó a nuestro convento la reliquia del brazo de la santa madre, que estaba recorriendo los Carmelos españoles.

Día de gran gozo fue el día 27 de septiembre de 1970, en el que santa Teresa de Jesús fue declarada por Su Santidad Pablo VI Doctora de la Iglesia.

El día 9 de noviembre de 1980, a las cinco de la tarde, tuvo lugar una solenne eucaristía de acción de gracias, concelebrada por veintidós sacerdotes, y presidida por el padre Gaudencio del Niño Jesús, O.C.D. En ella se leyó el Decreto de Apertura del Proceso de Beatificación y Canonización de nuestra venerada madre, Maravillas de Jesús. Ceremonia que, a pesar del frío intenso que hacía en Duruelo, convocó a muchas personas.

El 14 de diciembre de 1991 se clausuraba en Segovia el cuarto centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. La capilla de Duruelo, al igual que en 1968, había sido designada para poder ganar el jubileo. Durante todo el año llegaron a esta soledad peregrinos, venidos de los más variados lugares, para honrar con su devoción al santo.

LA VIRGEN MUEVE LOS CORAZONES

Duruelo se convirtió en dos ocasiones en santuario mariano. Aquí se hermanaron la devoción a la Virgen y la alegría popular. Todos los pueblos vecinos se reunieron en nuestra iglesia, vibrando de amor a la Señora, Reina y Madre del Carmelo. Por algo el Carmelo es todo de María y le profesa un amor y una devoción muy especial.

En septiembre de 1951, la Virgen peregrina de Fátima, que estaba recorriendo los pueblos de alrededor, llegó hasta nosotras, atrayendo a las gentes del contorno, que se congregaron en la iglesita del convento. Veamos cómo lo cuenta la madre Maravillas:

«Nos ofrecieron si queríamos pasase aquí la noche la Santísima Virgen de Fátima, que recorre estos pueblos. Venía la Virgen y

había que obsequiarla. Pusimos la iglesia de flores hasta allá para adornar a la Virgen, cuando la pusiesen sobre la mesa. Fuimos a la huerta y cogimos toda flor o hierba que por allí había, para deshojarlas, que se las tirasen las niñas de Pascual, con sus preciosísimos trajes de Primera Comunión, a la Señora. Tenía anunciada su llegada a las nueve y media de la noche, y poco antes empezaron a llegar gentes de estos alrededores, que daba muchísima devoción. Por fin, a las once llegó la Virgen con un canónigo que la acompañaba estos días (se lo van repartiendo por devoción unos y otros y quedan rendidos; el chófer, que decían también era una promesa, y dos guardias que también la escoltan). Dimos cabitos de vela para la gente, y hacía precioso la llegada, todo iluminado. Al entrar empezaron los cantos de las hermanas, y acto seguido, habló el canónigo emocionadísimo, diciendo que había ido a muchos pueblos, donde multitudes recibían a la Señora con indescriptible entusiasmo, pero que nada, nada le había impresionado y llegado al corazón como esta venida a esta santa soledad. Pero que al llegar y sentir ese no sé qué de esta soledad, entre encinas, de un Carmelo rodeado de gente humilde, había comprendido por qué la Señora lo había escogido para quedarse con nosotros.

A las dos hubo hora santa. Hasta esa hora rezamos el rosario, uno en cada una de las horas, con cantiquito. La hora santa fue con las doce estrellas. Yo no sabía lo que era, después de cada estrella un canto; resultó devotísimo.

Bastantes confesiones, y a las nueve y media, la misa de enfermos».³

Durante la noche, una ancianita protagonizó un suceso que emocionó a la madre Maravillas y al resto de las monjas. Así nos lo cuenta:

«Cuando ya se iban a marchar, se levanta una voz, diciendo: "Por caridad, déjenme decir un verso a la Santísima Virgen", y con voz vibrante vemos a una viejecita encorvadita, con pañuelo a la cabeza, que empieza un verso, yo hubiese querido ser taquígrafa. No saben qué preciosidad, qué emoción, todos llorando. Empezó diciendo que a ella le habían enseñado sus padres a amar a la Virgen; que le decían que en las penas de la vida Ella era el consuelo; en fin, larguísimo, y acababa poniéndose de rodillas y pidiendo perdón por todos los que ofenden a su Hijo. Fue una preciosidad, tan verdadero y tan sentido».

Y termina, diciendo:

«Fue verdaderamente devotísimo, y no cabe duda que mueve los

corazones, porque es rarísimo tanta gente venir hasta aquí, tanta gente comulgar y tanta gente pasarse la noche en la iglesia».⁴

El año 1954, centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, fue declarado año mariano por Su Santidad Pío XII. Duruelo fue de nuevo escenario de una manifestación de amor a la Virgen Santísima. Hubo una magna concentración. El día 30 de mayo, acudieron gentes de toda esta región para honrar a la Señora, después de haber celebrado diversas vigiliass marianas en sus respectivas iglesias parroquiales.

Los peregrinos, llenos de fe y entusiasmo, portaban en andas la imagen de la Santísima Virgen más venerada en cada uno de sus pueblos. Los más lejanos la llevaban en sus carros, adornados con sus mejores galas para esta ocasión. Otros venían a pie. Los mozos de Mancera, después de pasar la noche en vela en la iglesia de las carmelitas de allí, al amanecer escoltaron a caballo a su Virgen, hasta Duruelo.

También nosotras en nuestro Carmelo participamos con gran alegría en los preparativos de esta concentración. Así lo contó la madre Maravillas:

«Esto está que arde. Se va a poner un altar delante de la puerta de la iglesia, que está armando Juan. Han traído el que fue del Monumento de Mancera, y con rollos que ha puesto a nuestra disposición el señor Moisés, se va a poner un fondo al altar, detrás un armario, delante el expositor, encima la Virgen de la iglesia, alta, muy alta, para que todo el mundo la vea.

Los micrófonos y altavoces, distribuidos por ahí. Ha venido don Seve, para dirigir a las multitudes, y el padre José Enrique; y las monjas, nada, a oír y disfrutar».⁵

Y poco después de la celebración, escribe a la madre Magdalena:

«La fiesta en realidad estuvo admirablemente. Dijo el canónigo que vino a predicar porque él quiso, para honrar a la Virgen, que es admirable cómo responden los pueblos, pero que éste tenía un sello de fervor especial; en efecto, vinieron más de cinco mil, y para las comuniones sacaron mil trescientas formas, y han quedado pocas, que para estos pueblos es muchísimo.

Se vinieron andando desde lejísimos, algunos pueblos están a veintidós kilómetros, trayendo su Virgen en andas, algunas grandísimas. La de Mancera fue un fervor especial; la traían los jóvenes, y escoltada por cuatro de a caballo. ¡Qué me dicen! Creo que ha sido el pueblo más edificante. Por algo tiene allí la Virgen una casa suya. Nuestras mancerinas regaban el coro con las lágrimas, a más y mejor.

La misa fue al aire libre. Delante de la iglesia pusimos un altar, y en él nuestra Virgen tan preciosa».⁶

LA FUENTE DE LOS FRAILES

Francisco de Yepes, hijo de Catalina Álvarez y hermano mayor de san Juan de la Cruz, nos dejó escritos en sus deliciosas «Relaciones» los recuerdos de los primeros años de la fundación de Duruelo. Francisco con su mujer, Ana Izquierdo, y su madre, Catalina, se pusieron al servicio de los frailes de Duruelo. Por eso fue testigo directo de la vida que hicieron en aquel rincón, tanto su santo hermano como los primitivos Descalzos. Incluso protagonizó con san Juan de la Cruz algún episodio de esta época. Él mismo nos lo cuenta:

«El padre fray Juan se iba a predicar por los lugares muy de mañana, y su hermano y muchos labradores le venían a buscar para que los confesase. Una vez, una noche llamó a su hermano y le dijo que tomase un poco de pan y queso, y que, en acabando de predicar, se saliese luego, porque si aguardaba le darían muy bien de comer y le harían mucha honra; que en el camino estaba una fuentecica y que allí se sentarían a comer y a beber un poco de agua.

Y esotro día, en acabando de predicar, se salió muy apriesa, y su hermano tras él, y muy apriesa llegaron a la fuente. Y estando allí llegó un hombre, diciendo que estaba aguardando el cura para comer. Y él le dijo que perdonase, que en aquella fuentecica comerían y beberían. Y por más que le importunó, nunca quiso ir allá. Que, cuando mucho, si quería enviar un bocado para él y para su hermano, que lo recibiría. Y así, se volvió, y de allí a un rato trajo un poco de comer, y comieron y bebieron, y luego se fueron al monasterio, huyendo de toda honra».⁷

La mencionada fuentecica se encuentra en el camino que baja de Blascomillán a Duruelo, a unos quinientos metros del

primitivo convento de Descalzos. Hasta nuestros días ha subsistido esta «fuente de los frailes», que es como se la conoce en la actualidad.

Este es el nombre que, sin duda, se le dio desde los primeros tiempos de la fundación. El mapa de 1787 que se hizo de estas tierras, como ya vimos al principio de nuestra historia, la denomina así.

Aunque la fuente siguió, siglo tras siglo, manando el agua pura y cristalina, hoy estaba casi perdida en el olvido. Con el correr de los siglos, el lugar donde estaba situada, antes tan acogedor, se había convertido en un sitio oculto por las hierbas. Los tractores con que se labran las tierras habían roto las piedras y éstas habían sido remendadas con cemento. La fuente estaba en una situación lamentable. Sólo quedaba en buen estado el caño de agua, que servía para llenar una charca vecina donde bebían los ganados.

No, seguramente hoy san Juan de la Cruz y su hermano Francisco no se hubieran sentado allí a tomar su módica refección.

El año 1993, en que se cumplían los cuatrocientos veinticinco años de la fundación de Duruelo, un joven sacerdote sugirió la idea, para conmemorar dicho acontecimiento, de arreglar la fuente del camino. Se podía, además, hacer en ella un monumento al santo. No se pensó más. ¡Manos a la obra!

El ayuntamiento de Blascomillán acogió con entusiasmo el proyecto. No fue, ciertamente, lo más fácil buscar los medios económicos para sufragar los gastos. Pero hubo generosas colaboraciones, empezando por el propio ayuntamiento y siguiendo por los dueños de las fincas de alrededor, tan vinculados a nuestro Carmelo. Además, los señores de la finca de Bercimuelle mandaron hacer por su cuenta una preciosa imagen de bronce de san Juan de la Cruz.

El día 28 de noviembre, después de haber bendecido la fuente con la imagen del santo, tuvo lugar una celebración de la

Eucaristía en la capilla del convento, presidida por el señor Obispo de Ávila, don Antonio Cañizares, y concelebrada por el Sr. Vicario de Religiosas, el Sr. Vicario de Pastoral y nueve sacerdotes, entre ellos el joven sacerdote de quien partió la iniciativa de la fuente, y además, los que desde su fundación fueron capellanes del convento, abnegados párrocos de los pueblos vecinos, que nos han atendido siempre con toda solicitud.

A pesar del mal tiempo, asistieron muchos amigos de Duruelo y gentes de Blascomillán.

El peregrino que se acerca a Duruelo puede encontrar en este lugar descanso y refrigerio, como lo hallara tantas veces Juan de la Cruz.

NOTAS

- ¹ Era la demandadera de Duruelo.
- ² Carta 1665, a la M. Magdalena de la Eucaristía, pp.3391-33392.
- ³ Carta 1780, a la misma, pp.3834-3836
- ⁴ *Ibid.*
- ⁵ Carta 1961, a la misma, pp.4470,4471.
- ⁶ Carta 1962, a la misma, pp.4474-4475.
- ⁷ FRANCISCO DE YEPES, *Escritos espirituales*, 2ª Relación, Editorial de Espiritualidad, 1990, pp.77-78.

EPÍLOGO

ESTA es la historia de Duruelo, aquel «lugarcillo» que dejaron embalsamado del perfume de sus virtudes generaciones de carmelitas, hijos e hijas de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

En el siglo XX parecía estar llamado a caer definitivamente en el olvido, por el destino que al antiguo convento se le había dado a partir de la «desamortización» de 1836. Cuando apenas había memoria de sus antiguos moradores, vuelve una hija de Teresa de Jesús, la madre Maravillas, a recorrer los caminos polvorientos, perdidos por los montecillos de encinas que conducen a Duruelo.

Gracias a la madre, hoy la Reina del Carmelo vuelve a tener su «trono» en este humilde rincón. Y las Carmelitas Descalzas saborean las delicias de la soledad y el silencio que aquí su santo padre vivió.

En el sagrario, único en todo el contorno, Cristo Eucaristía preside su iglesia. Junto a Él pueden cantar aquello de:

«Que bien sé yo la fonte que mana y corre.
¡Aunque es de noche!
Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida.
¡Aunque es de noche!».¹

Verdadera fuente es Jesús sacramentado para el alma que busca saciar su sed.

No sería extraño que Juan de la Cruz, en la cárcel de Toledo recordase aquellos largos caminos de vueltas y revueltas, en los que «abriendo el pico al aire del Espíritu», se había dejado llenar de Él. Y quién sabe si, al oír el rumor del cercano río Tajo, cuyo caudal corría encajonado entre las rocas, no recordase también aquella fontecica donde se sentaba a tomar un poco de descanso y refrigerio. Y quizás, fundidos en uno solo, estos recuerdos hicieron brotar de su alma enamorada esos maravillosos versos a la Verdadera Fuente:

«Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche...
Aquesta viva Fuente, que deseo,
en este Pan de vida yo la veo.
¡Aunque es de noche!»²

NOTAS

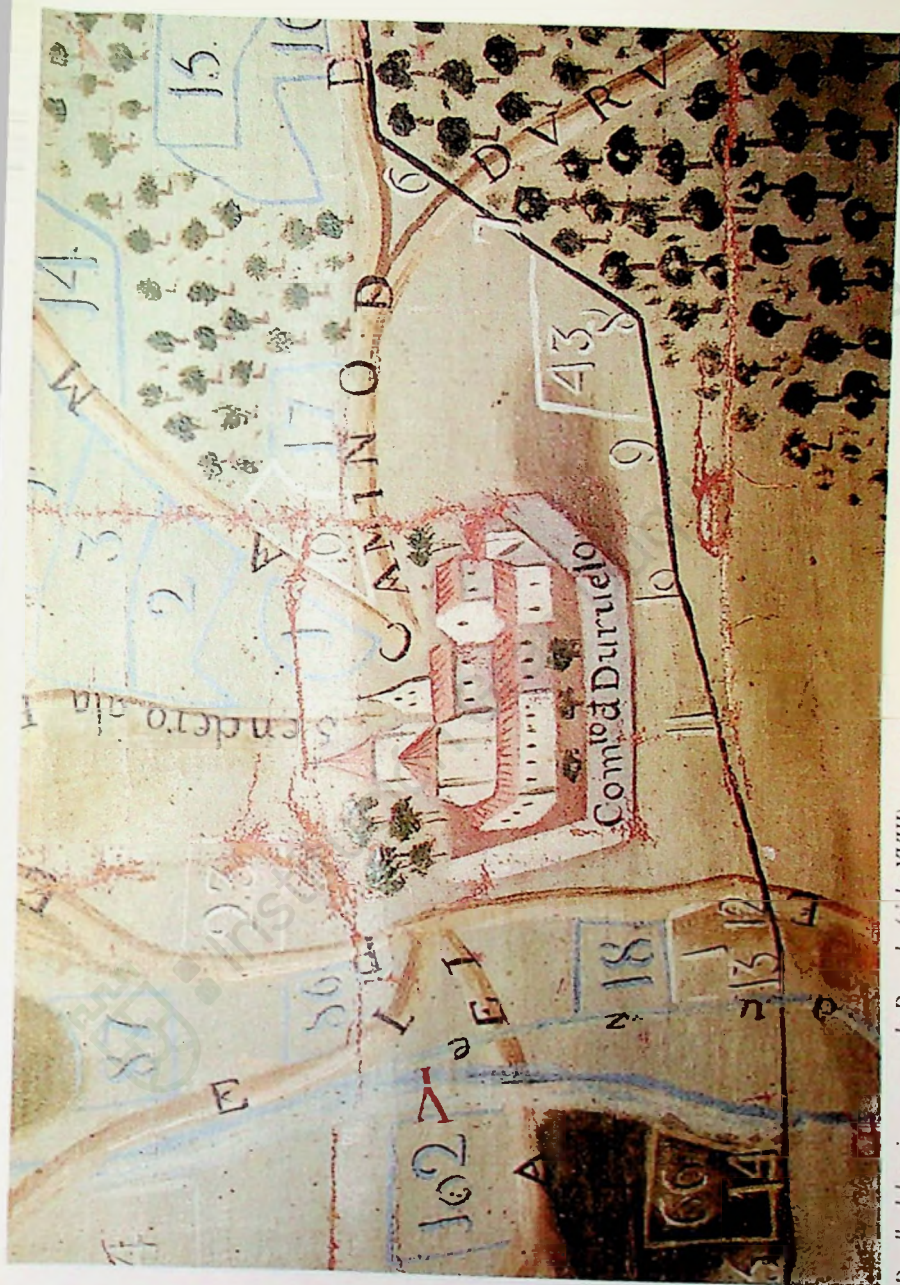
¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, poesía 8, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1946, p.1248.

² *Ibid.*

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Institución Gran Duque de Alba



Detalle del antiguo mapa de Duruelo (siglo XVIII)



La fuente de los fruiles



El Sagrario



Convento desde el Norte



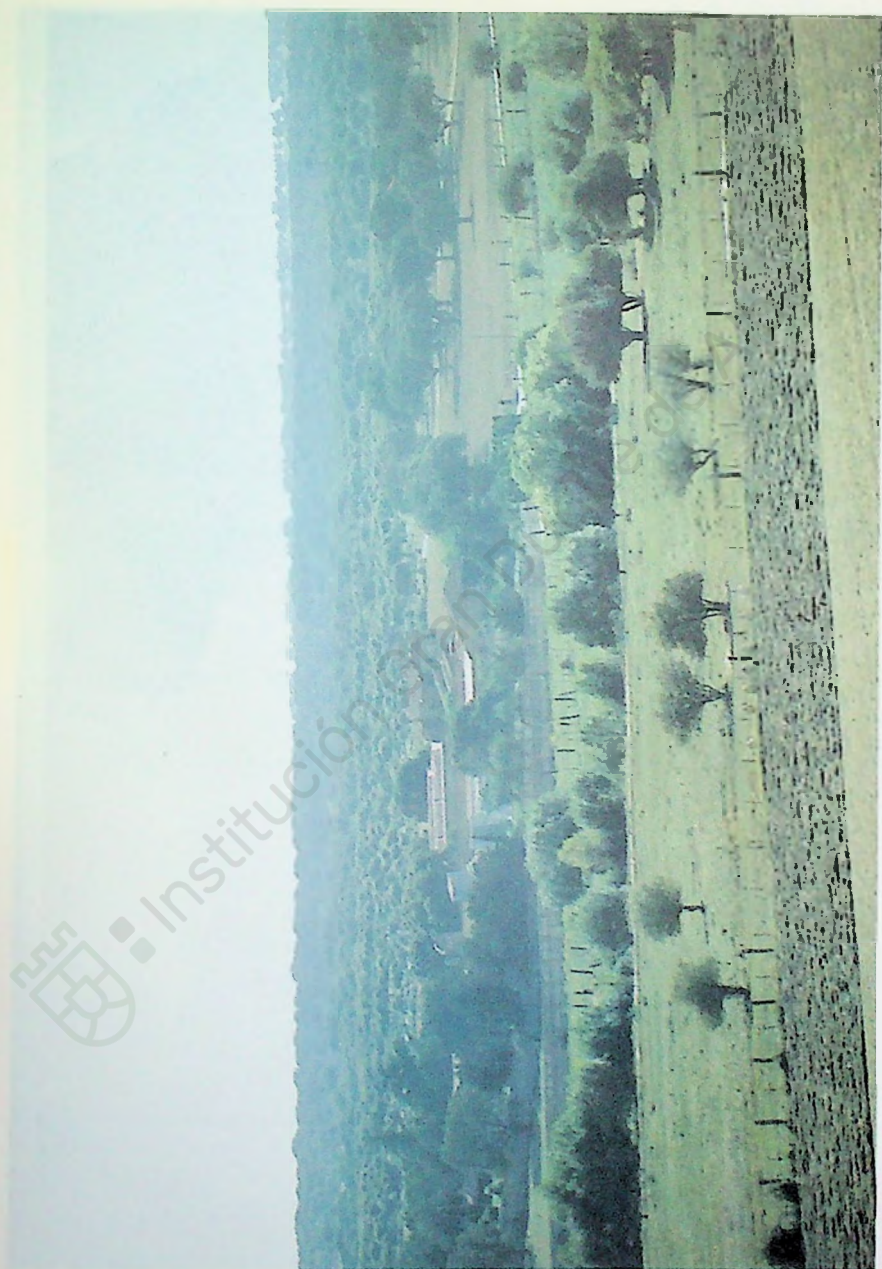
Una clave de arco con el escudo de la Orden



Jardín y huerta



Celda prióral habitada por la M. Maravillas



El paisaje de Duruelo

ÍNDICE

	<u>Página</u>
PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I. «CARMELITAS CONTEMPLATIVOS» ...	15
CAPÍTULO II. PORTALITO DE BELÉN	27
CAPÍTULO III. DURUELO	33
CAPÍTULO IV. EL MONTE DEL PLEITO	45
CAPÍTULO V. ÚLTIMOS AÑOS DE LOS FRAILES EN DURUELO	57
CAPÍTULO VI. DIOS LLEVA LAS RIENDAS	67
La madre no fue profeta	67
Les voy a dar una noticia	69
La primera visita	71
Iría contenta a Mancera	73
Un verdadero explosivo	74
Aunque cueste sangre del corazón	78
CAPÍTULO VII. HACIA DURUELO	83
Un hombre grande	83
Viento en popa	85
Conmovedora escena	87
El camino, imposible	88
Bendita cruz	89
Señal de predilección	91
Ayer fue una emoción	93
Tengo una pereza	94

	Página
CAPÍTULO VIII. ¡AL FIN, BELÉN!	99
Una procesión memorable	100
Los últimos retoques	102
El Señor ha estado grande	104
Duruelo está hecho un cielo	108
CAPÍTULO IX. LOS PRIMEROS AÑOS	113
Esto es demasiado deleitoso	113
El Señor bendice estas casas	114
Los dos conventicos nos arreglamos	115
«Doña Luisa de la Cerda»	117
La hermana Josefina está espantada	118
El frío es de risa	119
Duruelo, si le vieran, les habría de gustar	120
Te llevaré a la soledad	121
La que me voy soy yo	123
Lluvia de rosas	127
CAPÍTULO X. EL PALOMAR POR DENTRO	131
Venga con una determinada determinación	132
Madre y formadora	138
CAPÍTULO XI. HIJAS DE LA IGLESIA	145
Un cartero muy viejito	145
Pensando en nuevos palomarcitos	146
Un pueblo que le preocupa	147
No podíamos sosegar	148
Para mí, nada como los sagrarios	150
La voz del Papa	151
La <i>Sponsa Christi</i>	152
CAPÍTULO XII. LA NUEVA FUNDACIÓN	159
Hija, Dios no le pide eso	159
Tenía grandes descos	161
Al amparo de san Pedro de Alcántara	161
Luz en las tinieblas	163
Todo bien arreglado	164
Haciendo listas	165
Rumbo al Ecuador	168
Y Duruelo siguió su camino	169

	<u>Página</u>
CAPÍTULO XIII. RECORDANDO LAS CRÓNICAS DE	
DURUELO	173
Un día con sabor especial	174
El cuarto centenario	175
Otras celebraciones	177
La Virgen mueve los corazones	178
La fuente de los frailes	181
EPÍLOGO	185

 Institución Gran Duque de Alba

SERIE MINOR

1. Carmelitas Descalzas de Durelo (Ávila):
EL LUGARCILLO DE DURUELO.



Inst. C
271.7